

— 2 —

# TRES MESES DE VACACIONES

POR

Mme. Nanine Sauvestro

---

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL ESPAÑOL POR NICOLA-  
SA MONTT DE MARAMBIO I DEDICADA A MI HIJITA

**TERESA BEATRIZ.**



SERENA, NOVIEMBRE 20 DE 1895

Imp. de «El Coquimbo».-Colon 55

SERENA.

1895.

THE PRESS OF WASHINGTON

1888

THE PRESS OF WASHINGTON

1888

- 2 -  
**TRES MESES DE VACACIONES**

**POR**

**Mme. Nanine Sauvestre**

---

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL ESPAÑOL POR NICOLA-  
SA MONTT DE MARAMBIO I DEDICADA A MI HIJITA

**TERESA BEATRIZ.**



*SERENA, NOVIEMBRE 20 DE 1895.*

**Imp. de «El Coquimbo».-Colon 55**

**SERENA.**

---

**1895.**



---

# TRES MESES DE VACACIONES

POR

**Mme. Nanine Sauvestre.**

---

A MIS HIJAS.

*Acostumbradas desde vuestro nacimiento a franquear la distancia que separaba nuestras habitaciones, os habeis preguntado todo este tiempo, ¿por qué esta puerta, siempre abierta a nuestros deseos i confidencias, se ha cerrado de repente? Este libro, servirá, lo espero, de respuesta a vuestro contrariado corazon; veréis que en esta hora en que me creis mas separada de vosotras, vuestro pensamiento me ocupa mas aún. Ha una parte de nosotras mismas que no encuentra una fácil manifestacion en la vida práctica. Esta parte os la debo i os la vuelvo en el pequeño volúmen que os envío hoy.*

*He procurado que sea el complemento de las lecciones de cada día i mis esfuerzos serán recompensados si os aprovechais de las lecciones que encierra.*

LA AUTORA.



---

## TRES MESES DE VACACIONES.

No sé, si entre los viajeros que para visitar los baños recorren el camino de Angers a Nantes, algunos habrán observado una poblacioncita situada sobre la orilla derecha del *Maine* a poca distancia de la union de este rio con el *Loira*.

En verdad que nada llama la atencion en este humilde lugar. El objeto de cada viajero que parte de Angers, es llegar pronto a ese *Loira* eternamente cantado, pues todos han oido ensalzar sus verdes riberas, sus mimbrres en flor, sus alegres islas en que los barqueros finjen perderse; todos se apresuran admirar esas blancas i coquetas aldeas en donde se oye el rumor de los remos, el canto de los pescadores o el sonido de una campana, que resuena como grata armonía escuchada a la distancia.

Apenas se pone el pié en el vapor, cuando se dirijen ávidas miradas en lontananza, para apercibir la cinta de oro que las riberas, con su lecho de arena, marcan al rededor del pais.

Cuán tristes se ven entónces, esas inanimadas aldeas bañadas por el *Maine*, esas riberas sombrías embarazadas por grandes matorrals que despiden húmedas exhalaciones! ¿Qué podria llamar la atencion de las humildes casas que la rodean? No son tan tristes como las mismas riberas? Toda alegría, movimiento i riqueza se dirige al *Loira*, i se diria que la misma poblacion participa de estas cualidades; pues miétras la una es brillante, alegre i resuelta; la otra aparece lánguida i silenciosa.

El mismo vapor parece no ocuparse de esos caseríos que encuentra ántes de llegar al gran rio. La primera

escala la hace habitualmente en la *Punta*, graciosa aldea que se avanza con audacia hácia el Loira, orgullosa de verse bañada por sus aguas i que léjos de amparar sus casas, parece querer abandonar a sus ondas.

Es ahí el primer desembarco, i si por casualidad el vapor se detiene en *Bouchemaine*, solo bajará a tierra algun humilde propietario de la ribera porque la curiosidad no ha llevado jamás ahí a ningun turista.

I sin embargo, este lugar tiene tambien sus encantos para los que le habitan.

Si sus chozas en su mayor parte son mal construidas i de triste aspecto, si el campo que las separa de la ribera es cenagoso; si el grito de los patos que recorren ese lugar en busca de alimento, parece monótono; si sus orillas quemán las plantas de los habitantes alados, hai, sin embargo, ahí sus hermosos cuadros i sus riquezas.

Tras esos incultos lugares que las inundaciones de cada invierno, hacen mas oscuros i decrépitos, se estienen fértiles campos cubiertos de trigos i de viñas. A su derecha i oculto a la mirada del viajero por una calle de sauces se prolonga un estenso valle bastante profundo para que los paseantes puedan llegar hasta el fin.

Nada puede darnos una idea cabal de la frescura i del silencio de este valle, atravesado en toda su lonjitud por un riachuelo donde crecen grandes juncos, abrigado a ámbos lados por colinas plantadas de viñas i terminado en un bosquecito donde no se encuentra ninguna senda.

Todos los que buscan la soledad para meditar tranquilamente, se dirijen con preferencia a ese lugar que los habitantes de *Bouchemaine* designan con el nombre del Retiro.

Al extremo del pueblo se encuentra el curato, pintoresco edificio que uno no se imagina al primer aspecto del pueblo. Un poco mas abajo i separada del curato por una calle, se encuentra una casa campestre, simple en apariencia i con su entrada principal hácia el camino.

Algunas ventanas caen a un jardin, pequeño pero muy bien arreglado i que descende hasta el fondo del valle

por una calle de sauces. Dos azoteas, una en alto i otra bajo el jardin, permiten ver el camino, los alrededores, las barcas de los pescadores, único tráfico de la ribera.

Cerca de la habitacion principal hai una galería cuyas ventanas caen tambien al camino.

Esta parte de la casa forma una segunda entrada, de la que no está separada sino por un pabellon de viñas i jazmines que, comunicando con la azotea superior, puede servir de gran salon de verano.

Al principiar nuestro relato, los bancos colocados en el pabellon estaban ocupados por personas menesterosas que tenia los ojos fijos sobre la puerta.

A juzgar por la expresion de sus miradas i sus conversaciones, esta puerta no se abria sino para dar salida por ella a los consuelos i los recursos. No era una reunion de hipócritas, de esos que están prontos a pagar con mentida adulacion la limosna que se les tira por vanidad. Cada uno iba, venia i hablaba libremente. Las madres no llamaban a sus hijos por temor de que una flor arrancada o una yerba pisoteada les atrajera un reproche; los ancianos no temian ocupar el mejor lugar, seguros de que los dueños de casa no lo tendrían a mal. Nada, en fin, daba a conocer que era una casa donde se prohibe la entrada al indijente por temor de que sus harapos manchen las lujosas tapicerías. Al contrario, en esta casa reinaba la comodidad i la elegancia, la caridad del corazon hacia que todos gozaran en tan agradable morada.

No venían ahí solamente a buscar socorro de dinero, pues sabian de antemano que la simpatía del bienhechor consuela mas males que los mismos dones.

Tenian la seguridad de recibir buenos consejos para iluminar su ignorancia, esta segunda pobreza de los pobres. Sabian que, aunque los recursos materiales fuesen limitados, esperaban que los del corazon serian poderosos para calmar toda clase de sufrimientos.

Contra la costumbre ordinaria, la hora de recepcion entre los habitantes de esta casa i sus pobres visitantes

habia pisado hacia largo tiempo, i la inquietud principi6 a pintarse en la expresion de cada semblante, pues el placer no habia jam6s detenido a Madme. Gamond en sus buenas obras: solo un contratiempo podia hacerla retardar.

A ellos, a quienes tantos consuelos habia prodigado, les tocaba compadecerla.

«Dios mio! qu6 habr6 sucedido?» se decian, «estar6 enferma la se~ora...? tendr6 algun nuevo pesar?»

Nadie recordaba haberla visto los dias precedentes i formaban por 6sto mil desagradables conjeturas. Al fin, la puerta se abri6, i cada uno se llen6 de placer, viendo salir a una se~ora a~un j6ven, pero p6lida i delicada, lo que demostraba que los sufrimientos la perseguian desde largo tiempo.

Madme. Gamond se adelant6 r6pidamente h6cia los que la esperaban, con esa gracia encantadora que da el verdadero afecto.

—«Escusadme, mis buenos amigos, les dije, de haberme hecho esperar tan largo tiempo; pero mi vieja Francisca ha sufrido anteayer un nuevo ataque de par6lisis tan grave, que a~un no me atrevo a confiarla a ajenos cuidados.

La emoci6n algo contenida que acompa~n6 a estas palabras, no pas6 desapercibida a las buenas jentes que rodeaban a Madme. Gamond.

Cada uno la compadecia i le propusieron retirarse a fin de dejarla libre.

—N6, a~nadi6 ella, en este momento mi pobre enferma duerme i no le soi 6til. Adem6s, sus enfermedades han llegado a ser tan s6rias, que no debo pensar en cuidarla sola.

Es necesario que otros me reemplacen a su lado, i pues debo acostumbrarme a estas peque~nas separaciones, quiero hacer el ensayo cerca de vosotros. I cortando esta conversacion, que era para los que la escuchaban como para ella una causa de tristeza, Mdme. Gamond, sac6 de un canasto que llevaba al brazo, algunos pares

de medias de lana del país.

—Hé aquí, dijo, el trabajo de Francisca, ántes de esta malhadada recaída. Un labrador me debía algunas libras de lana, i vean Vds. como ella, a su edad, ha podido hilarla i tejerla.

Avanzando entónces hácia un anciano que se habia levantado a su llegada i que se apoyaba en la espalda de un muchacho. ¡Cómo, Edmundo, le dijo, estais ahí parado en el rincón mas húmedo del emparrado! Qué no quiere Vd. sanar de ese vil reumatismo? I apoyando una mano del anciano en su brazo, que se esforzaba por mantener firme, lo condujo al frente de un granado cubierto de flores que el sol inundaba con sus rayos i haciendo señas a una niña para que acercara un banco rústico que se encontraba cerca, sentó al anciano añadiendo: «Vea Vd., Edmundo, los mejores remedios no son los de la farmacia, i algunos rayos de sol del buen Dios, hacen mas bien que muchas drogas.

—«Es la pura verdad lo que dice la señora, replicó el anciano, pero desgraciadamente el sol no brilla siempre, sin contar que nuestra habitacion está al lado Norte.»

«Por eso es, que he encargado a Angers unos zuecos forrados, que el correo los debe traer mañana, i aquí tiene Vd. entre tanto, dos buenos pares de medias i unos zapatos.»

—Gracias, mil veces, mi santa señora, dijo el anciano enternecido: que el cielo os recompense algún dia, en vuestro hijo, todas vuestras bondades para con los pobres.

Mdme. Gamond, sentada al lado del viejo enfermo, escuchaba sus agradecimientos con dulzura i no pretendia excusarse con una falsa modestia, pues era una de esas almas que comprenden que el pobre no puede pagar esa deuda de gratitud mas que con palabras i que seria dero, quitarles esta satisfaccion.

Ella no temia escuchar alabanzas vergonzosas, pues tales palabras son hijas de la vanidad i sus acciones arrancaban de verdaderos actos del corazón.

Miéntas ella daba aun algunos consejos al anciano,

acerca de su salud, una niñita soltan lo la mano de su madre, habia ido a sentarse a sus piés. Despues de haber jugado durante algun tiempo con los cordones del delantal de Mme. Gamond i que ella le dejaba con complacencia, su mirada se habia detenido sobre el parron, de donde no quitaba su vista. Mme. Gamond no tardó en comprender que la niña estaba fascinada a la vista de dos hermosos racimos de uva moscatel que colgaban casi al frente de su cabeza.

Llamando entónces al muchacho que acompañaba al viejo Edmundo, le dijo: «Sube por esa escalera, toma esos dos racimos, uno será para tí i el otro para Maria Anita que los contempla con tanta envidia.»

El muchacho no se hizo repetir la órden, pero ántes de probar el racimo que le pertenecia, se lo presentó al anciano, diciéndole: «Tome, abuelo, de seguro que a Vd. tambien le han de gustar las uvas.

—Hé ahí uno de vuestros méritos, mi buena señora, dijo el anciano Edmundo, es hacer mejores a todos los que se os acercan.

—«Continúa, hijo mio, añadió Mme. Gamond acariciando con la mano los cabellos de Antonio. Veo que los libros de mi hijo no te son inútiles i puesto que tan bien sabes aprovechar de sus lecciones, hé aquí un volúmen que te regalo, encontrarás en él la historia de un niño de quince años que con solo su trabajo mantenía a su abuelito viejo i enfermo como el tuyo.»

Mezclándose en seguida en los diferentes grupos de niños, de ancianos i de niñas que se encontraban reunidos en ese recinto, preguntaba a la una si su abuela habia recibido todos los dias la taza de caldo que le enviaba; a la otra, si su nieta estaba mejor del sarampion, i concluyendo por distribuir los vestidos que llevaba en su canasto, daba a éste un buen consejo i prometia a otro una próxima visita.

Ninguno, en fin, se veia olvidado, pues, nadie mejor que ella conocia las necesidades de sus humildes visitas, i que ninguno de ellos ostentaba una falsa miseria.

Concluía la señora su distribución, cuando una nueva persona atravesaba el patio que con lucía de la quinta al pabellón. Su traje de riguroso luto, aunque de una estremada pobreza, anunciaba que su estado era de duelo. ¡Duelo! esa espresion que nos recuerda nuestros pesares, i que los pobres no pueden muchas veces manifestar!

Al verla, Mme Gamond pareció turbada, su semblante se puso aún mas pálido i dejando rápidamente a las personas con quienes conversaba, se adelantó a la enlutada tomándole la mano.

—¿Cómo está, mi querida Berta? Imposible me fué ir a verla ayer, apesar de mi promesa.

—Muy mal, señora, contestó la campesina, sacudiendo la cabeza. ¡Que quiere Vd.! Mi pobre Pedro se llevó todo con él. Alegría i valor.

Nada era para mí el trabajo cuando él vivía; pero ahora, hai momentos en que mis brazos i mi corazón rehusan ayudarme, sobre todo, cuando pienso en la gran tarea que jamás podré llevar a cabo.....

—Vd. solo nó, es verdad, mi pobre amiga, pero cree Vd. que Dios no vela por las viudas como por las personas felices? Los recursos no faltarán i espero que entre los dos con mi hermano, podremos poner pronto en pié a toda su familia.

—Sí, Vd. i el señor Cura me demuestran cada dia que los buenos corazones no faltan en el mundo, pero no es solo el bienestar lo que hemos perdido con mi pobre marido, la salud tambien nos falta. Mi madre está peor cada dia i pronto, talvez, tendré que llorar dos seres queridos.

—Es preciso no mirar solo el lado triste, mi buena Berta, dijo Mme. Gamond esforzándose por contener las lágrimas que se desprendian de sus ojos. No tiene Vd. aún, dos buenos hijos que la quieren con toda su alma, que son fuertes, robustos, i que solo desean ganar para socorrerla? Mire, Vd., añadió, mostrándole con el dedo un barco de pescadores que se divisa en el Sena. Mire como su hijo mayor se esfuerza por trabajar; José, es

tambien un buen muchacho, su patron e tá mni contento con él i en pocos años más, su trabajo le dará lo suficiente para darles comodidades. Un dia llegará en que sns hijos darán mas consuelo a sus pesares que el que Vd. se imagina al presente. Yo, que se lo digo, lo sé por mi triste esperiencia, que cuando Dios nos ha llevado nuestro principal sosten, nuestra mas cara afeccion, hace que el amor por nuestros hijos, sea el mas firme i seguro consuelo. Piense en su familia, mi pobre amiga, ámela aún mas que ántes, i créame, que la viuda verdaderamente desgraciada es la que no tiene hijos.

—Es verdad, señora, pero tengo mi corazon tan lleno de amargura, que no espero encontrar en la vida, alegría ni reposo. He perdido la confianza en la salud de los míos, los robustos mueren como los demas. Mi marido, que era un hombre tan lleno de vida, concluyó en pocos dias!... Ahora, mi hijo menor que es tan débil i mi madre tan anciana, no puedo esperar conservarlos largo tiempo i esta idea me horroriza!

—Los dos no necesitan mas que cuidados, i se los prodigaremos. Lo que Vd. no pueda hacer trataré de hacerlo yo: cuando su madre mejore un poco, me la traen todos dias, la sentarem s cerca de la ventana de Francisca donde se entretendrá en hilar i conversar con su amiga, lo que será para ámbas una agradable distraccion i Vd. quedará libre para ir a trabajar como ántes. Mi hermano se llevará a su lado a Santiaguino, i pronto tendrá Vd. en él un hombre tan vigoroso como sus hermanos. Tenga valor, mi querida Berta; no le pido que se consuele, pues yo sé bien que hai pesares que no se mitigan, pero que al ménos su corazon se tranquilice para los seres que le quedan.

Prométame tener mas confianza en la bondad de Dios. La pobre viuda tomó la mano de Mme. Gamond i la llevó a sus labios, la miró con los ojos bañados en lágrimas, quiso espresar su reconocimiento i solo pudo decir: Ud. es un anjel de Dios i yó tendré confianza en El pnesto que Ud. lo quiere.»

Mme. Gamond sacó de la cueva del emparra lo unas botellas de vino añejo, que dió al anciano Edmundo i a la vinda, recomendándole darle en seguida a la enferma i se despidió de sus pobres visitantes.

Estaba inquieta por el estado de Francisca i se fué a su cuarto, miéntras que Berta con su pañuelo en los ojos, pero con su corazón mas aliviado, atravesaba el pequeño huerto para volver al lado de su madre. Apenas Mme. Gamond hubo cerrado tras ella la puerta exterior del edificio, las bendiciones acostumbradas circulaban entre los pobres jentes. Se mostraban unos a otros lo que habian recibido i se repetian las palabras de consuelo que les dirijiera la buena señora.

El anciano enfermo llamaba a todas las mujeres a su lado para que vieran sus medias tan bien tejidas.

Una jóven madre doblaba i desdoblaba sin cesar las piezas de un ajuar que Mme. Gamond le habia regalado para su primer hijo, haciendo admirar a todos esas costuras tan prolijas. La pequeña Maria Anita, con su cara aun manchada con el jugo del racimo de uvas, gritaba que en ninguna parte habia uvas mas ricas que donde la señora.

Antonio radiante de alegría de poseer un libro, contaba las pájinas i repetia que tenia para leer toda su vida. I todos estos beneficios se nos hacen con tanta jenerosidad, añálian, que era de creer que somos nosotros los que hacemos servicio en recibir. Hai otros que dan en el pueblo, i bien! se diria con razon que solo ella sabe dar.

Eso es natural, solo ella se preocupa de lo que falta a cada uno, pues se da el trabajo de ir a nuestras pobres habitaciones, i no desdeña sentarse en un cajon donde no hai una silla.

Es verdad, ella sabe nuestras miserias como nosotros mismos i tenemos la seguridad, ademas, de que no hacemos una tontería cuando le pedimos un consejo.

Caramba! lástima grande es, que tan digna señora no sea tan feliz como lo merece!

Parece siempre tan triste!

Desde que vive en Bonchemaine no ha dejado el Intó i tiene un aspecto tan delicado que uno no se atreve a preguntarle cómo se siente. Pobre señora!

Parece que es el corazón el que tiene enfermo. No han advertido Uds. cuando vino la viuda Berta Béchu, que se puso más pálida, i cómo temblaba su voz al hablarla? Ella, que es tan buena para todos, lo es más aún para las viudas. Es que no puede consolarse de la muerte del difunto señor.

Francisca me ha dicho que era la perla de los hombres i que no había en el mundo un matrimonio más igual.

El pobre señor murió a los 36 años i todos creyeron que la señora lo seguía; pero el Sr. Cura le habló tanto de Dios i de su hijo, que al fin tomó un poco de valor, i como él no podía ir a verla todos los días a Nantes, pensó que sería mejor traerla a su lado i la decidió a venirse i comprar esta casita. Hace esto seis años i yo creo que se encuentra tan triste como el primer día.

Soló en las vacaciones se reanima un poco cuando el caballero Federico está a su lado.

Es un gran sacrificio para los ricos verse obligados a mandar sus hijos a los colejos soportando tan larga ausencia. Si esta pobre señora tuviera siempre su hijo a su lado, tendría al menos un gran consuelo.

En fin, gracias a Dios, ha llegado esta época i el Sr. Federico está aquí desde hace algunos días; i el Sr. Cura ha traído de Nantes a la Sta. Enriqueta su sobrina; esta jóven es muy viva, i dará a la casa animación i alegría.

Charlando de este modo, las mujeres, los ancianos i los niños seguían el camino de sus pobres cabañas i pronto no se oyó al rededor de la viña i de los jazmines, más que el canto de los pájaros, que parecían venir de preferencia donde jamás habían espantado sus alegres bandadas, i los granos que recojian con profusión les demostraban que ellos también eran bien recibidos en esta casa hospitalaria.

---

## Capítulo Segundo.

---

Después de haber visitado a su enferma i haberse cerciorado que nada le faltaba, Mme. Gamond entró a su dormitorio. Las lágrimas que habia retenido a la vista de Berta Béchu la oprimian. Necesitaba algunos instantes de soledad para retemplar sus fuerzas llamando en su socorro la proteccion divina. Todo lo que Francisca habia contado de ella, era verdad. Casada con un oficial de los mas distinguidos de la marina francesa, vivió diez años a su lado gozando de su bondad sin límites i orgullosa de verlo rodeado de aprecio i pública admiracion. Durante ese tiempo solo habia podido dar gracias a Dios i rogar por los demas, pues, para ella nada deseaba, tenia cuanto podia apetecer en la vida para ser feliz; pero de repente, la noche estendió su lúgubre manto a esta radiante existencia.

Herido en una de las expediciones marítimas, Mr. de Gamond murió, dejando a su mujer atacada de uno de esos dolores de los que jamás se llega a sanar. Pero, así como ella decia a Berta, el deber habia ocupado el lugar de la felicidad, i se habia unido con todas las fuerzas de su alma al hijo que el Cielo le habia dado en sus bellos dias, como para retenerla en el mundo.

Ademas, su hermano, Mr. Voizal, cura de Bonche-mainne i verdadero ministro cristiano, le habia hecho comprender poco a poco, que los desgraciados tienen tambien sus tareas, i que sobre todo en su cumplimiento se debe buscar un alivio a los dolores.

Dedicó todos sus esfuerzos a la educacion de su hijo i a las obras de caridad a las que siempre habia sido inclinado su natural tierno i compasivo.

Instalada cerca de su hermano i guiada por él, lo

ayudaba con sus recursos, en todo lo que él emprendía por el bien de sus ovejas, i entre los dos habian realizado, desde hacian seis años tanto bien como es posible hacer a humanas criaturas. Así compartió su tiempo durante tres años entre los cuidados prodigados a su hijo i los que suministraba a sus pobres protegidos; así encontraba algun reposo, pero el momento de una segunda separacion no debia tardar. Mr. Gamond habia deseado que su hijo siguiera su carrera. El camino estaba abierto, i con tanta gloria, que Federico no tenia mas que seguirlo.

El tambien tenia una decidida vocacion por la marina. Aunque toda la felicidad de la pobre madre se cifraba en la presencia de su hijo, creia una bajeza no sobreponeerse a su dolor, no cumplir los deseos del que habia perdido trabajando por la felicidad de su hijo. Esto era para esa alma verdaderamente cristiana su sola regla de conducta. Cuando Federico cumplió doce años fué enviado a Angers, a estudiar matemáticas en un colejio particular. El niño al partir no ignoraba cuantas lágrimas le costaba a su madre esta separacion, pero ella, siempre ayudada por su hermano, pudo en la hora de la partida ahogar sus sollozos i aparecer resignada. Esta separacion reagravó el primer dolor de Mme. Gamond i tuvo que recurrir a toda la fuerza de su alma i sobre todo a Dios. Sin el buen Cura talvez hubiera sucumbido; pero esta vez tambien la dirijió al verdadero camino donde se completan las alegrías, donde se amortiguan las amarguras: el camino de la abnegacion, redoblando sus cuidados para los desgraciados. No habia una miseria que se le escapase, i si su fortuna no le permitia socorrer a todos, al ménos, sabia encontrar consoladoras palabras. Cuando se despedia de algun indijente, siempre habia conseguido alejar de su corazon ese descontento con la suerte que dobla los sentimientos i los hacia experimentar una verdadera satisfaccion de verse sinceramente compadecidos.

Al entrar a su dormitorio se arrodilló ante un retrato

de su marido. Este retrato de pié, representaba a Mr. Gamond con su traje de capitán de navío, era obra de uno de los mejores pintores i todo lo que habia distinguido el orijinal se encontraba ahí reproducido. Era a la vez un marino lleno de intelijencia i de valor, cuyos servicios ilustraron a su país, i el hombre sencillo, tierno e induljente al cual Mme. Gamond habia debido diez años de felicidad. Al lado de este retrato se encontraba una tela de ménos méritos, pero bella tambien, representaba a Federico en la época que se separó de su madre. A continuacion de estas dos queridas imágenes estaba un crucifijo i un grabado de la santísima Virgen.

Todo estaba ahí reunido para Mme. Gamond, sus recuerdos i sus esperanzas. Largo tiempo permaneció arrodillada dejando correr sus lágrimas en silencio. Hacia tres dias que los cuidados a Francisca le habian absorbido todo su tiempo, sin dejarle un momento para la oracion, necesidad imperiosa de las almas tristes.

Los ruegos de Mme. Gamond no eran vanos, pues solo los corazones estériles tienen miedo a la soledad i no obtienen ningun consuelo de sus conversaciones con Dios. Ella sabia por esperiencia que solo cerca de El se desahoga el alma de la efusion infinita del dolor que no tiene comparacion con ninguna confianza humana. Despues de haber rezado i llorado largo tiempo, la pobre aflijida sintió aliviado su corazon i renacer su valor. El sonido de dos voces juveniles que se acercaban a la ventana, acabó por volverla en sí de su larga meditacion.

Unió por última vez sus manos con fervor, i avanzó hácia la ventana para llamar a su hijo i a su sobrina.

Pero a medida que sus voces se aproximaban Mme. Gamond creyó apercibir que no era la alegre conversacion habitual de los niños reunidos, sino una discusion, i una discusion de las mas vivas. El dolor de Mme. Gamond, al separarse de Federico por su instruccion, no era tan grande por el vacío que dejaba a su lado como por la imposibilidad en que quedaba de velar por el desarro-

lo moral de su hijo. Los principios mas puros del deber que habia tratado de inculcarle, los preciosos hábitos de buen vivir i aún de abnegacion en los cuales lo habia criado, resistian dificilmente al pié de guerra en que se encuentran los colejos que no tratan de desarrollar el espíritu de simpatías i sí el de defensa con todos sus inconvenientes. Cuando llegaba cada fin de año i Federico volvia a su casa, la escelente madre empleaba la vijilancia mas tierna a fin de estudiar las modificaciones que se hubieran operado léjos de ella en esta tierna naturaleza, i en reparar el mal tanto como fuera posible por activa prudencia en tan corto espacio de tiempo. Entretanto Federico acababa de terminar sus primeros estudios i volvia a su casa despues de dar sus exámenes de marino. Mme. Gamoud abrigaba la esperanza de conservarlo a su lado un poco mas tiempo que los años anteriores i poder velar por él como ántes no habia sido posible hacerlo.

Enriqueta poco menor que su primo, participaba como él del cariño de Mme. Gamoud de la que era muy querida por que le recordaba una hermana tiernamente amada. El mas ardiente deseo de Mme. Gamoud era tener a Enriqueta a su lado, ser ella misma su institutriz; pero el padre de la niña, comerciante de Nantes, no pudo resolverse a esta separacion i la tenia a su lado, enviándola como esterna a un colejo de los mas renombrados de la ciudad. La niña al volver a su hogar, apénas veia a su padre, pues las atenciones de su comercio lo llamaban continuamente. Criada entre la insuficiente enseñanza del colejo i las funestas máximas de la servidumbre, no tardó, a pesar de su buen natural, en recojer los tristes frutos de semejante educacion. Cada año se prometia su padre velar mas por ella, i cada año la estension de sus negocios iba dejando a su hija en el mas completo aislamiento.

Solo en las vacaciones consentia Mr. Dubrenil en mandar a Enriqueta a casa de Mme. Gamoud. Solo ella era capaz por su tierna intelijencia, de cal-

enlar tan graves inconvenientes i de reanimar en el corazon de su sobrina los buenos sentimientos que una mala educacion trataba de sofocar. Todos los años se daba el trabajo de hacer a su sobrina el mismo exámen que hacia a su hijo.

Siempre la misma tarea de tomar posesion de esos dos tiernos espíritus, juzgar su desarrollo i tratar de corregir los defectos contraídos en malas compañías.

No perdía ocasion de manifestarles el mas completo abandono, a fin de aprovechar las ocasiones favorables que la casualidad le proporcionara para conocerlos mas a fondo. Oculta por la cortina de enredaderas que cubria su ventana, ella podia oír todo sin temor de ser vista.

Se detuvo inmóvil escuchando atentamente el pequeño combate que se trababa bajo su ventana. Los dos niños habian llegado al terrado que rodeaba la casa, i continuaban paseándose en un espacio de terreno que permitia a Mme. Gamond no perder una palabra de su conversacion.

—Yo se lo repito, Federico, esclama Enriqueta con un tono mui agrio, absteniéndose de tutearlo como lo hacia habitualmente, que no saldré jamás con Vd. si se propone no cambiar de traje.

—Qué es lo que tiene mi traje? decia Federico.

—Salir a pasearse con blusa de tela gris!

—Pero está limpia mi blusa, me la he puesto solo hoi.

—Sí, i Vd. ha pasado toda la mañana cavando la tierra con el azadon i regando su jardin. Fíjese en su calzado.

—I bien, qué?... ha recibido un poco de agna.

—El agua sobre la tierra hace ordinariamente el barro, respondió la niña con tono seco.

—Eso es mui profundo, Enriqueta. Diablos! no sabia que fuera tan entendida en física.

—I yo no lo creía tan mal educado.

—Definitivamente qué quiere Vd.? veamos, respondió Federico con impaciencia, que me calce unas botas bien

lustradas i un traje negro para tener el honor de ser vuestro caballero de compañía? Es verdad, prima, que no puedo devolverle los reproches que Vd. me hace, pues todos sus trajes son primorosos. Por eso la jente de la aldea, grita cuando os divisan. «¡Ai Dios! la linda señorita! se parece a las figuritas de cera que se ven en la feria de Angers.»

—Prefiero parecer figura de cera i no un palafrenero, dijo Enriqueta ágricamente.

—Sin embargo, prima, los palafreneros no labran la tierra.

—Justamente; deberia haber dicho un campesino... Lindo aprendizaje para un futuro oficial! Presumo que quiere Vd. imitar a Cincinnatus i saber tirar como él el arado con la espada.

—Cómo! historia tambien!... exclamó Federico con tono burlon; pero Vd. es universal, prima mia! Pero ya que es tan instruida, la aconsejo trate de imitar a las damas romanas... i aprenda a hilar...

El gesto que acompañó a estas palabras indicó a Enriqueta la salida. La jóven tomó un aire digno. «Así, está decidido, dijo ella, Vd. no quiere venir conmigo a recibir a las señoritas Villiers i Berneuil que deben comer aquí».

Federico se rió a carcajadas.

—Señoritas! exclamó, colejalillas que se creen personas de importancia por que toman tantos aires!...

—Oh! no diga Vd. nada contra ellas, señor, interrumpió Enriqueta con viveza; las tres son perfectamente bien educadas.

—Perfectamente, en efecto, se os asemejan en todo, es una justicia que Vd. hace de sus maestras de colegio, ellas fabrican esa educacion como se fabrican los panales sin cambiar modelo.

—Bien, iré sola a recibir a esas señoritas.

—Hareis mui bien, será para mí una carga ménos.

—Una carga!...

—Vd. cree talvez, que es un placer para mí acompa-

ñar a Vd?... Señorita, puesto que los guantes blancos son de rigor, me retiro, tenga Vd. la bondad de buscar otro caballero que la acompañe.

—Muy bien, Federico, ni político con los extraños ni complaciente con los suyos, hé ahí un carácter bastante amable.

—Seré amable cuando tenga todo el tiempo que yo quiera, pero como solo tengo dos meses de los doce del año, para divertirme, quiero aprovecharlos en darme gusto i no dárselos a los demas. Si esas señoritas como Vd. las llama, quieren venir a subir a caballo o a jugar el ejercicio, Vd. les dirá que serán bien recibidas.

—Bien, primo, se conoce que Vd. no tiene ninguna manera de sociedad.

—Perdone Vd, yo sé bien lo que me conviene. Además, si no quieren, lo dejan; i como Mme. Villiers trae a sus sobrinos i Mme. Berneuil a su hijo, éstos se divertirán conmigo sin tanto bombo, i Vds. las señoritas irán a jugar al vuela vuela palomita, que es una entretencion muy apropósito i muy recreativa. Estas últimas palabras llegaron apénas a los oídos de Mme. Gamond, pues Federico al pronunciarlas se avalanzó a la parte baja del jardin de donde habia tomado posesion para instalar sus juegos; i Enriqueta se dirigió hácia una pequeña escalera para salir a sus habitaciones. Esta conversacion confirmó a Mme Gamond en las observaciones que habia hecho desde la llegada de los niños.

Enriqueta se volvía vana i coqueta, viendo la vida solo en las formas i no estimando de cada cosa mas que las apariencias. En cuanto a Federico era como todos los muchachos de su edad que han pasado por las bancas de la escuela, fanfarron i egoísta, i que prefiere mas bien luchar contra su propia naturaleza que contra el ridículo. La dulzura, la amabilidad i buenas maneras que habia llevado de casa de su madre, llegaron a ser para sus condiscípulos un objeto de burlas i un motivo de opresion; i él hizo cuanto pudo para olvidar estas brillantes cualidades. Vale mas, decian los colejiales, ser de

los apaleadores i no del gremio de los apaleados, i se acostumbró al fin poco a poco a ese tono grosero i burlon de los colejiales.

Federico i su prima tenian razon al hacerse sus cargos recíprocamente i dos caractéres tan opuestos en sus defectos, debian necesariamente chocar a cada instante. Las minuciosas exigencias de Enriqueta irritaban a Federico que conocia instintivamente que a pesar de sus errores, su prima tenia sobre él cierta ventaja en el mundo i por eso exajeraba sus defectos i trataba de vengarse publicando sus menores ridiculeces.

Esto podia ser con el tiempo funesto para ámbos. La chocante grosería de Federico exajeraba las pretensiones de la niña desarrollando el espíritu de crítica de su primo. Así advertida, Mme. Gamond pensó en ponerse a la obra sériamente, reclamando los consejos de su hermano para combatir al enemigo que se mostraba a cara descubierta.

Reflexionaba ann en lo que tenia que hacer, cuando vinieron a avisarle que sus invitadas habian llegado.



---

## Capítulo Tercero.

---

Mme. Gamond encontró a sus visitas reunidas en el salon i a Enriqueta haciéndoles los honores con una pretencion tal que era para la risa.

Era una reunion de confianza, que se componia solo de dos familias que habitaban «La Punta» durante las vacaciones i con las cuales Mme. Gamond tenia relacion de amistad hacia largos años.

Habia encontrado en Mme. Berneuil i en Mme. Villiers dos mujeres sencillas, buenas i amables como ella i las trataba con intimidad.

Esta confianza se habia aumentado a causa de que Enriqueta i las hijas de estas señoras se educaran en un mismo colejio en Nantes. Despues de los primeros saludos las tres señoras se sentaron a un extremo del salon para conversar tranquilamente dejando el campo libre a sus hijos. Pero luego se formaron dos grupos entre ellos. Los jóvenes desconcertados por los grandes cumplidos que se hacian las niñas se habian aproximado unos a otros, i parados en línea recta, torcian sus sombreros, se miraban la punta de los piés i abotonaban i desabotonaban las vueltas de sus trajes. En cuanto a las señoritas, sostenian un fuego granado de cumplimientos de una parte i de escusas por la otra.

— «Qué precioso vestido tiene Vd! decia Enriqueta a la señorita Fanny, la hija mayor de Mme. Berneuil; no hai nada comparable a lo gracioso de su corte i al acierto de los matices!

— Yo debo volverle su elojio, Enriqueta, respondió la señorita Fanny, pero solo puedo decirle que tengo hasta vergüenza de la sencillez de mi traje; i si he venido así como vecina, es que contaba con su induljencia.

—Fanny quiere hacerse la modesta, replicó la señora Laura Villiers, ella sabe muy bien que en el colegio la tomamos por modelo i que ella i Enriqueta son las reinas de la moda.

—Ese es un elogio que quiere Vd. hacerme, Laura, añadió Enriqueta haciendo melindres; Vd. sabe bien que a mí me gusta la sencillez, i no conozco mas que a mi primo que pueda atacarme por ese lado, pues para él es suficiente tener las manos limpias i los cabellos alisados para parecerle coqueta.

—A propósito, dijo una de las niñas, i dónde está el señor Federico?

Enriqueta bajó la voz i se puso a hacer sin duda algunas confidencias poco caritativas, por los jestos que se revelaba en la fisonomía del auditorio.

Continuaban hablando a media voz en un grupo, mientras en el otro bostezaban silenciosamente, cuando se oyó en el vestíbulo un palmoteo, un chasquido de látigo acompañado de silbidos, luego una voz que se puso a gritar:

—«Enriqueta, apúrate, veo allá abajo en el camino una nube rosa i azul, i apercibo la fragancia del ámbar; deben ser tus amigas!

Al mismo instante la puerta se abrió i Federico apareció en el dintel.

Algunas de las niñas se mordieron los labios, otras mas francas no pudieron contener una carcajada, que trataban inútilmente de ocultar con sus pañuelos de batista.

A pesar del aturdimiento de Federico, parecia muy confundido cuando se encontró en medio del salón, donde esperaba encontrar sola a Enriqueta.

Si hubiese podido dudar de lo ridículo de su figura, los cuchicheos i las miradas significativas de las amigas de su prima, habrían sido suficientes para advertírsele. Estaba embarrado, sus cabellos en desorden, vestido con una blusa cuyos botones habían sido arrancados, no teniendo al cuello mas que una corbata que le había ser-

vido para alargar su columpio. Tenia en una mano un látigo i en la otra una pelota.

Titubeó un momento, no sabia qué partido tomar, si retroceder o avanzar. Una mirada de su madre lo llamó a su lado; aunque conocia i amaba a las dos señoras, las saludó con un tono sério, casi insolente.

—I a Vd., amigo mio, dijo Mme. Villiers, no hai necesidad de preguntarle qué es de su vida. Lo veo en plena posesion de su libertad i en los ejercicios de colejial en vacaciones.

—Sí, añadió Mme. Bernenil, al frac de uniforme ha sustituido la blusa, i creo que Federico tenia mas apuro en sacarse el primer traje que el segundo.

Federico comprendió que en el foudo era una crítica la que se le hacia, i aunque fué con buenas palabras, esto acabó de desconcertarlo.

Aproximóse entónces a los jóvenes, para recobrar un poco de calma i se decidió a saludar cuanto ántes al grupo de las maliciosas niñas, comprendiendo perfectamente que él era el objeto de los secretos que se decian en ese lado. Al mismo tiempo Ana, la más joven hermana de Fanny, que principiaba a aburrirse por no poder imitar el aire grave de sus hermanas mayores, lo saludó con agrado.

Federico i sus compañeros, se aproximaron entónces al pequeño cuerpo de infantería, que pronto se puso a la defensiva. Recojian sus trajes por temor de que Federico los manchase con sus piés embarrados. Quitaban los sombreros de las sillas desocupadas, para tenerlos sobre sus rodillas, garantizándolos de todo accidente. En fin respondieron al saludo de Federico haciendo muecas de desden, lo que acabó por molestarlo.

Su madre lo sacó de apuros, proponiendo dar un paseo por el bosque, e invitándolo a que arreglase su ropa para poder acompañar a las invitadas, en tanto que ella daba una vuelta al lado de la enferma. Federico obedeció, pero cuando estuvo de vuelta, la alegre bandada habia desaparecido, acompañada por las señoras Bernenil i Vi-

liers. Se dirigió entónces al lugar de la cita, donde encontró organizada una partida de barra en la que tomó parte. Pero aún ahí las burlas de Enriqueta lo persiguieron, diciéndole que arruinaba los trajes de esas señoritas, que tiraba los cordeles con mucha fuerza con lo que estropeaba los encajes de las mangas de las niñas. Caramba! el muchacho había perdido la paciencia!

El tiempo, que había estado en calma todo el día, se puso lluvioso, i cada cual tomó el camino de la casa. El traje complicado de Enriqueta i sus modales afectados, le quitaban la agilidad i la presencia de ánimo. Los arbustos le impedían el paso, no sabía evitar las espinas, tenía todos los espantos de mal gusto que emplean ciertas grandes señoras i se atemorizaba a la vista de una rana. Federico tuvo el maligno placer de dejarla espuesta a todos esos obstáculos.

Esa misma mañana, a pesar de su afectada grosería, la habría ayudado con seguridad, pero irritado con su conducta, la dejó manchar la banda de seda que llevaba a la cintura, mojar su sombrero cuyas cintas verdes no tardaron en desteñirse manchando la paja i enlodar su fino calzado gris perla en el barro del camino.

En fin, cuando la vió llegar a la barrera, que él sabía que era incapaz de saltar sola, fácilmente, la saludó profundamente diciéndole:

—«No te apures, Enriqueta, advertiré a la cocinera que retarde la comida para darte lugar de llegar a tiempo.»

I tomó la delantera a todo correr, Enriqueta no llegó a la casa sino despues de un largo rato i tan mojada, que se vió obligada a mudarse un traje completo.

Como aún no era la hora de comer i la lluvia continuaba, resolvieron entretenerse en algun juego. El de los versos interrumpidos fué propuesto i aceptado. Todos se sentaron al rededor de una mesa redonda, no sin recibir una recomendacion de Enriqueta de tener cuidado con los manchones de tinta que podian caérsele a su primo, i cada uno a su turno escribió una estrofa. Una vez con-

cluida la escritura de los versos, el jóven Berneuil que habia dado el tema, fué encargado de leerlos; pero cuando llegó a la quinta estrofa, no sabia cómo medirla para poder leer correctamente.

—Oh! famoso, exclamó Federico que se encontraba a su lado i leia con él, un verso de trece sílabas; i es letra femenina.

Miraba a su prima al decir est , pero felizmente para ella, Ernesto Berneuil continuaba leyendo. Todo marchaba bien hasta el fin de la partida en que fué interrumpido por uno de sus camaradas, que les hizo fijarse que habia cuatro ritmas masculinas seguidas.

—Es verdad, repitieron los jóvenes.

—Decididamente, es preciso que mi familia no aspire a contar con un poeta, pues ni yo, ni mi prima tenemos disposiciones para la versificación.

La turbacion de Enriqueta, que se habia hecho notar a la primera observacion, no hizo mas que aumentar. Los cuchicheos que habian tenido lugar a la llegada de Federico principiaron a dejarse oír, pero esta vez no era él el que los motivaba.

Las burlas circulaban aún entre los concurrentes, cuando vinieron a advertir que la comida estaba en la mesa.

Federico, que tomaba el desquite con su prima, no se ocupó mas de ella, i ésta humillada por encontrarse vencida, no se atrevió a hacer una justa crítica de la manera poco conveniente como Federico se sentaba a la mesa.

Momentos despues de la comida se separaron, a fin de aprovechar a la vuelta, algunos rayos de luna que principiaban a lucir. Los dos niños pasaron solos el resto de la tarde.

---



---

## Capítulo Cuarto.

---

Enriqueta i su primo sentados cerca de las ventanas del salon miraban con insistencia la una hácia el campo i el otro hácia el camino real. Aunque sufrían privándose de conversar, estaban decididos a no hablarse en toda la tarde.

Mme. Gamond despues de haber ido a dar su vuelta a la pieza de la enferma, vino a reñírseles en el salon.

Los acontecimientos del dia no habian pasado desapercibidos para ella, pero conocia que el momento de darles una leccion no era oportuno, hasta que la pasion se calmara para dar lugar a la razon,

Las correcciones son como los granos del labrador, solo jermiran despues de haberse entregado a la tierra que debe estar preparada. Miró a los dos niños con tristeza, espiando el instante en que podia tentar entre ellos una reconciliacion, cuando repentinamente gritó Federico:

—«Mi tío viene! Oh! que felicidad! lo veo a la entrada del camino».

Mme. Gamond se levantó precipitadamente para cerciorarse de que su hijo no se engañaba i así que reconoció a su hermano voló a su encuentro.

Habiendo el cura apresurado la marcha de su caballo, llegó al mismo tiempo que ella.

—Buenas tardes, mi querida Maria; buenas tardes, mis amigos, dijo tomando la mano de su hermana i abrazando a los niños; creo que no os quejaréis de mí; aqui me tenéis de vuelta ántes del tiempo prometido.

—Sí, te esperábamos mañana, pero sin duda has concluido tus negocios, dijo Mme. Gamond mirándole con cierta inquietud.

—Todos, i para concluirlos te aseguro que no he perdido un solo instante.

—Oh! tanto mejor! dijeron a la vez la madre i los dos niños. pues todo falta cuanto Vd. está ausente.

—Hasta los sermones, no es verdad? respondió sonriendo Mr. Voizal; se quejan de mi acaso, mis feligreses?

—Vnuestros feligreses son como todos nosotros, se ponen tristes cuando no estais aquí. Pero en en fin, cómo ha ido en el asunto que te llevaba donde el prefecto?

—Tan bien como no lo esperaba, hermana mia. Bourdeil queda libre del servicio militar i ántes de un mes se habrá entregado al trabajo.

—No lo dudaba, contestó Mme. Gamond, cómo pueden rehusar algo de tí que eres tan bueno, tan respetado... a tí que solo sabes pedir para los demas.

—Esa es una razon mas para ser rechazado, mi querida Maria, dijo alegremente el cura, pues si yo pidiese para mí tarde o temprano lo conseguiria, en tanto que para los demas no se acaba nunca de pedir.

—Pero si todo lo que tú pides es tan justo!

—La cuestion no es esa para los que tienen que acceder. Ellos desean que se les solicite lo ménos posible, i yo creo que sin mi sotana, continuamente seria mal recibido. En fin, el pobre hombre no partirá i asunto concluido.

Durante este diálogo habian llegado al salon.

Mr. Voizal rogó a Federico dejara su maleta en una silla; éste la habia tomado del caballo tan pronto como su tío se hubo bajado, i la tenia en la mano mirándola con una curiosidad casi infantil.

—Federico, dijo el cura, mira siempre mi maleta con mucha curiosidad, así como los niños miran el canasto de provisiones esperando encontrar un dulce en el fondo.

—Parte de esa falta es suya, querido tío, respondió Federico, yo lo veo ocupado en complacer a los demás, i siempre que llega pienso que nos puede dar una agradable sorpresa, ya sea al uno o ya sea al otro.

—La sorpresa de hoy será de no traeros nada, será

para otra ocasion. Veamos, sin embargo, si viene algo por casualidad.

Sacudió los bolsillos para buscar la llave en tanto que sus sobrinos se colocaban a su lado, dejando ver en sus ojos, todo su reconocimiento. Como la maleta estaba tan bien cerrada i la llave no parecia, aprovecharemos este tiempo para hacer el retrato de este tio tan bien recibido que parecia llevar con él la felicidad.

Mr. Voizal, algunos años mayor que su hermana, era alto i delgado. Sus espaldas un poco levantadas, anunciaban a la vez el hábito del trabajo i la delicadeza de su constitucion. Sus cabellos castaños que encanecian a influencia del tiempo, rodeaban su cuello con algunos rizos, que daban a su fisonomía una venerable dulzura i una expresion un tanto femenina.

A primera vista, solo se notaba en él esa simpatia que atrae en los seres débiles; pero poco a poco llegaba a descubrirse en él, una segunda naturaleza que triunfaba de la primera. Sus grandes ojos azules, tenían una enerjia profunda, en tanto que su frente alta i despejada, anunciaba una voluntad firme i activa, siempre en lucha con el cuerpo i acostumbrada a vencerle en los obstáculos que le oponia. Dios habia ya recompensado los esfuerzos de esta alma valerosa i la fisonomía de Mr. Voizal, habia adquirido en las continuas escursiones que hacia en todos los pueblos i campos para socorrer i consolar a sus feligreses, un color moreno i sonrosado que indica salud; i en su sonrisa se hallaba impresa esa serenidad de una doble victoria.

Todos se sometian fácilmente i con entera confianza a una autoridad que sabia ejercer en sí mismo i que tiene su fuente en todo lo que mana de lo Alto. Su presencia era un beneficio para todos, i al respeto que inspiraba se unia esa tranquilidad i bienestar que da la union con las almas fuertes. Se comprenderá facilmente el motivo por que lo aclamaban de todas partes a su llegada a casa de su hermana.

Despues de haber demorado maliciosamente para

abrir la maleta sacó un elegante album de música que lo pasó a su sobrina.

—Oh! gracias, gracias, exclamó ésta, cuán bueno es Vd. querido tío!

—Bueno!... no te apures en juzgarme, no sea que muy pronto te convenzas de que, aunque parezca que pienso en los otros, en realidad miro primero mis propios intereses.

—Cómo es esto, tío? no es un placer para mí poseer un album tan lindo?

—Sí, pero yo soi de esas personas que presentan las dos manos a la vez, una para dar i otra para recibir. Tú sabes que tu tia i yo tenemos muchos pobres que vestir i cuento para esto, con tu ayuda i la de tus amigas.

—Aceptado, tío, trabajaré todos los días para complacerlo, respondió Enriqueta de un modo tan espontáneo que no le era habitual.

—Muy bien, mi querida niña, agradezco tus buenas disposiciones.

El cura sacó entonces una caja de herborista i un martillo de jeólogo que pasó a su sobrino.

—Oh! qué felicidad! exclamó éste; pero cómo ha sabido Vd. tío mio, que tanto deseaba estos objetos? A nadie se lo habia dicho.

—No es muy difícil adivinarlo, respondió Mr. Voizal, cada día recojes plantas en tu red de mariposas; la que no te puede durar en ese destino, i cuando quieres estudiar la calidad jeológica de un terreno quiebras las hojas de tu navaja.

—Es verdad, he perdido dos en cinco días, i sin este lindísimo martillo, estaba arruinado ántes de las vacaciones.

—Aún tienes mas que agradecerme, Federico, repuso el cura con tono burlón, pues debes saber hasta dónde ha ido mi prevision para contigo, cuando te muestre tus autores latinos que has dejado olvidados en Angers. Te los traigo, a fin de que durante tu estadía en ésta, podamos ámbos repasarlos un poco.

Federico hizo un jesto que no demostraba disgusto.

—Ah! Ah! tio! he abí lo que Vd. llama comerciar. Pero no importa, sin caja i sin martinete, habria estudiado latin en estas vacaciones, pues me agradan mis autores cuando es Vd. el que me los esplica.

—Es verdad, dijo Mme. Gamond que hasta entónces habia permanecido silenciosa, pero complacida observando esta pequeña escena. Sí, Federico prefiere siempre el trabajo contigo a las diversiones con los demas, pues impregnas con tu bondad a todo el que se te acerca.

Luego, tomando el brazo de su hermano i atrayéndolo a un lado del salon:

—Ven, pues, le dijo, yo tambien quiero gozar con tu llegada. Me parece que hace tanto tiempo que estás léjos de nosotros! Bien, sabes, hermano, que no tengo mas fuerzas que por tí i cuando no estás, todos los sufrimientos de mi corazon caen como plomo sobre mí!

—No hables así, Maria, respondió el cura, nuestra fuerza viene de nosotros mismos i sobre todo de Dios. Los hombres pueden hablar en su nombre; pero ninguno puede triunfar con un corazon herido si ese mismo corazon no hace grandes esfuerzos. Ten fuerza de voluntad, querida Maria, aunque yo no esté aquí, pues Dios está siempre.

—Tienes razon, amigo mio, continuó Mme. Gamond, no sé aprovecharme de tus saludables consejos; pero esta ausencia me ha sido doblemente triste, tus advertencias me son tan necesarias, para mis niños sobre todo, a su regreso a casa; ademas mi pobre Francisca ha tenido una recaida la misma mañana que te fuiste i no sabia qué hacer, pues tengo ménos confianza en las órdenes del médico que en las tuyas; tu bondad me hace verte tan hábil!

—En verdad, querida Maria, dijo Mr. Voizal, con una gracia encantadora, tratando de participar su alegría al triste corazon de su hermana, que tú harias de mí, si yo lo consintiese, un hombre universal? Cura, maestro de

escuela, médico, etc , etc. Felizmente, tengo en la facultad mas confianza que tú; desde hace largo tiempo preveia esta recaida de Francisca, i quise aprovechar mi viaje a Angers para consultarlo. He visto varios médicos de esos en que tú tienes plena confianza. Sus opiniones han sido unánimes i traigo por escrito la consulta, la que espero te tranquilizará. Con precauciones alejaremos las recaidas de mas en mas.

Mme. Gamond tomó el papel que le pasaba el cura, lo leyó detenidamente i apretando la mano de su hermano, le dijo:

—Cómo quieres que no te miremos como una providencia? No tiene cada uno una parte en tus cuidados i en tu prevision?

—Escepto tú, mi querida Maria, a la que aún no he dado ninguna prueba de recuerdos. Merezco mas bien tus reproches i no tus elogios.

Mme. Gamond se sonrió dulcemente.

—Te acuerdas, Maria, repuso el cura, de una casa vieja que habia en Angers, cuya entrada principal daba a la plaza de San Laureano, con una salida hácia la calle de las Lilas?

—La casa de Mme. Villanueva, en la que he sido educada? Oh, si, la recuerdo. No puedo olvidar aún el sentimiento que me causó en mi último viaje a Angers, cuando encontré en su lugar una gran casa nueva.

—Con la que fuiste muy injusta, teniendo yo que defender el buen gusto de su arquitectura, hacerte apreciar esas grandes ventanas que caian sobre balcones, sostenidas por elegantes marcos; pero tú siempre lamentabas la pérdida de sus ventanitas con marcos de plomo, no pudiendo tampoco perdonar a las magnolias que adornaban el patio, que hayan reemplazado a las cepas de viña del colejio.

—No te burles de mí, por la preferencia que concedo a un modesto recuerdo que tanto amo i no a la hermosa casa en la cual nada me interesa. Quien mas que tú, amigo mio, tiene en la religion sus mas caras antigüeda-

des? No puedo decirte cuántas veces despues de este viaje, he lamentado no tener un dibujo de esta casa como cuando yo la habitaba.

—Eh! Dios mio, todos somos lo mismo, no sentimos las cosas mas vivamente sino cuando las hemos perdido. Felizmente, mi querida hermana, otros han compartido tu admiracion, i despues de haber hojeado todos los grabados angevinos, he llegado a descubrir un diseño precioso que ahora traigo.

I abriendo nuevamente su maleta, para sacar el dibujo de la casa con sus ventanas de plomo, ¿lo encuentras bien, Maria? añadió.

Si mi memoria no me engaña, esa es la ventana del salon i ésta la del dormitorio que tú ocupabas.

Mme. Gamond no podia separar su sojos de este cuadro que le traia a la memoria un mundo de recuerdos, i no pudo manifestar a su hermano, sino despues de largo rato toda la efusion de su agradecimiento.

Mme. Gamond parecia como estasiada en la contemplacion del diseño que tenia en sus manos, esponiéndolo a los diferentes efectos de luz como si temiese que se le escapara algun detalle.

El cura, sentado frente a ella, la contemplaba con una mirada dulce i serena, en tanto que los dos niños, de pié detras de su sillón, examinaban el cuadro por sobre la espalda de la señora.

—No puedo decirte, hermano mio, continuó la señora, todas las emociones que me hace experimentar este simple bosquejo. Uno de los mas gratos recuerdos de mi juventud, es sin duda alguna, el del tiempo que he pasado en el colejio. Ocho años de mi vida han trascurrido ahí, sin valor ninguno a vista de muchos, pues ellos no fueron señaladas con ningun acto de los que el mundo llama importantes; pero que para mí fueron llenos de interés i de encantos. Desde el dia en que dije adios a mi vida de colejiala, se ha duplicado mi edad, i sin embargo, esas vivas i continuas impresiones no se han separado de mi memoria. Aún me parece oír los gritos de júbilo de mis

compañeras, i distinguir la voz de nuestra maestra, mezclando sus amonestaciones a nuestros bulliciosos pasatiempos. Nada he conocido mas alegre que esta antigua casa. Ningun prado me ha parecido mas hermoso i mas fresco que el del bosque de tilos que principiaba desde el jardín; ninguna luz mas radiante, que la que venia por la mañana introduciéndose por entre las cortinas como para advertirnos que la hora del trabajo habia llegado. No puedo persuadirme que el sol no era ahí mas brillante que afuera, el canto de los pájaros mas alegre i mas verde el follaje de los árboles.

—Por que fué ahí, replicó el cura, donde tú has principiado a comprender la vida.

—Cuán excelente era Mme. Villanneva! cuántas buenas i sábias lecciones hemos recibido de ella! Cómo se esforzaba para inspirarnos el desprendimiento silencioso i continuo que debe poseer toda mujer útil para encontrar su mas cara satisfaccion en el cumplimiento de su deber. Dedicaba toda su atencion a conocer nuestros defectos para correjirlos. Sabia que un colejio, es como un cuadro que representa el mundo mirado por el extremo de un antejo de larga vista. Ahí se encuentran las pasiones que parecen insignificantes i que un día deben revelarse con toda su gravedad. Así pensaba nuestra maestra i en su sabia prevision, nada omitia para combatir nuestros malos instintos i fortificar nuestras buenas disposiciones. Sabia aprovechar la ocasion precisa i los instantes en que el remordimiento sigue a la falta. Me admiraban sus prudentes disposiciones, sobre todo, en una ocasion en que cualquiera otra habria demostrado ménos presencia de espíritu. Es una historia, continuó Mme. Gamond dando a su hermano una significativa mirada, en que mas de uno puede aprovechar su ejemplo.

—Una historia que contiene una leccion? repuso Mr. Voizal, que comprendia la intencion de su hermana, debes contármela puesto que mi deber es instruir i espero no me la negarás.

— Con mucho gusto, añadió Mme. Gamond, pues tú sabes que hablar del pasado es para mí un gran placer.

A estas palabras, el cura se acomodó en su asiento. Enriqueta i su primo trajeron cada uno una silla i se sentaron a ámbos lados de Mme. Gamond i ésta no hizo esperar su relato.





---

## Capítulo Quinto.

---

Entre mis compañeras de clases, principió Mme. Gamond se encontraba una inglesa, hija de un baron cuyos negocios lo habian llamado a Francia, donde concluyó por establecerse.

Difícil habria sido al ojo mas perspicaz, descubrir en Arabella Croft, (este era el nombre de mi compañera) la mitad del talento i hermosura que ella se suponía; i sin embargo, todos convenian en que era linda é inteligente. Arabella tenia diez i seis años, su educacion estaba casi terminada, i las horas del dia las empleaba en estudiar distintos aires i actitudes. La pobre niña no comprendía que, con todas esas pretenciones, bien podia ser tomada en la clase de dibujo por una cabeza de la Vanidad. La expresion: *eres tan orgullosa como Arabella Croft*, era en el colejio una especie de proverbio.

Tal defecto, no podia manifestarse sin herir la susceptibilidad de las demas. Dos de sus compañeras, a quienes élla habia despreciado particularmente, resolvieron vengarse, aprovechando la primera ocasion que se les ofreciera, la que no tardó en presentarse.

Aproximábase la fiesta anual de la ciudad i los regocijos públicos fueron anunciados. Nuestra buena maestra, que no nos rehusaba jamás distraccion inocente, decidió que iríamos todas reunidas. Desde que tuvimos esta noticia, Arabella llegaba a soñar en los medios de eclipsar a sus compañeras. Estudiaba nuevas actitudes, preparaba los mas elegantes atavíos, sintiéndose orgullosa de antemano del efecto que iba a producir. Pero sus enemigas habian notado sus preparativos i determinaron humillarla así como ella las habia humillado tantas veces.

El gran día llegó i Arabella partió con sus compañeras, con todo el brillo de su elegancia.

Un precioso sombrero daba sombra a su rostro, un traje de muselina, cortado a la última moda, rodeaba su talle de pliegues aéreos, un calzado claro de un trabajo delicado diseñaba un pié primorosamente calzado i de notable pequenez.

Con ménos pretenciones de aparecer bella, Arabella habria estado encantadora; pero la vanidad le quitaba la mayor parte de su belleza: no sabia que la elegancia verdaderamente graciosa es la mas natural. Sin embargo, su lujo desmedido no tardó en atraerse todas las miradas; ella se apercibió de esto i su corazón se llenó de alegría.

Largo rato caminó atrayéndose la atención de todos, como una reina que entra triunfante en sus dominios, ocnpada únicamente del efecto que causaba.

Por fin se apercibió de que el jentío la habia separado de su directora. Solo dos de sus compañeras, las mismas que habian resuelto castigar su orgullo, la seguian a una pequeña distancia, riéndose de ella.

En este momento un mercader mui gordo que pasaba con su mujer, se detuvo, i dijo mirando el vestido de Arabella:

— Hé aquí una preciosa muselina!

— I un sombrero que ha debido costar una gruesa suma! dijo la mujer.

Arabella levantó la cabeza como un caballo de raza que se siente acariciado.

— «Mira! exclamó de repente el marido, ella tiene rota la media en la planta del pié.»

Miss Croft se enrojeció hasta la frente: sus elegantes medias de seda, tenian en efecto, un gran portillo en la planta del pié; pero cómo un transeunte habia podido adivinarlo!...

Apresuró el paso para escapar a nuevas observaciones, pero de pronto muchas voces repitieron a su alrededor:

— «Ella tiene rota la media en la planta del pié!»

Arabella estupefacta i confusa, quiso huir; las burlas la seguian i la rodeaban. Sintió turbársele la vista, se detuvo desesperada i miró a su alrededor; sus compañeras estaban léjos, se esforzó por rennirselas; pero las burlas llegaron a ser cada instante mas repetidas. Arabella vió entónces con espanto, que queriendo evitar el populacho, se habia separado del paseo que frecuentaba el mundo elegante i que se hallaba rodeada de obreros, de mujeres del pueblo i de vagabundos en guerrilla.

—Mirad, mirad, esclamaba una anciana, ésta lleva sombrero, ésta se hace la elegante i tiene rotas las medias en la planta del pié!

—Señorita, quiere Vd. comprar una aguja? preguntó una mercenaria, con gran desfachatez.

—Una aguja! respondió otra, eso queda bueno para nosotras!... Esas señoritas no saben coser. Pasan todo el dia mirándose al espejo, i guardan las medias rotas, cómo eso no se ve!

Todo esto lo decian a un mismo tiempo i en medio de grandes carcajadas.

Arabella, fuera de sí, viendo que el jentío aumentaba, se abrió paso i se precipitó en una tienda.

La comerciante, que todo habia visto desde su mostrador, le dijo entónces, cuál era la causa de esas burlas i le quitó un papel que tenia prendido en la espalda, en el que se leian estas palabras: *Ella tiene rotas las medias en la planta del pié.*

Arabella reconoció la letra de una de las dos niñas que la seguian cuando ella se extravió entre la multitud i comprendió la jugada que se le habia hecho.

Sin embargo, los gritos interrumpidos por un instante, principiaron de nuevo: miss Croft espantada miró por la vidriera de la tienda, i distinguió a las dos colegialas que tan cruelmente se habian vengado de ella; espuestas a su turno, a las burlas. Colocadas a poca distancia de Arabella, no tardaron en asustarse de los resultados de su astucia, i quisieron huir; pero su víctima habia desaparecido, la buscaban, i apercibiendo dos ni-

ñas turba las que trataban de escaparse, no faltó quien dijera:

—«Hélas ahí!» i todos los ojos se volvieron a ese lado.

—Es la rubia la que tenia la escritura, exclamaba uno.

—Nó, era la morena!

I los pillos, encantados de encontrar nueva ocasion para insultar, repetian en coro:

—«Las dos! las dos! tienen las medias rotas en la planta del pié!»

Las dos se encontraban en la misma situacion que Arabella un rato ántes; i su humillacion se habria prolongado largo tiempo, si nuestra directora, que las buscaba con inquietud, no las hubiese encontrado al fin. Se apresuró a hacerlas entrar a la misma tienda en que se habia refugiado Arabella.

Pocas palabras bastaron para ponerla al corriente de lo que pasaba. Arabella i sus dos compañeras, paradas ante ella, con la cabeza baja i derramando abundantes lágrimas.

Hizo aproximarse a las dos últimas.

—Vds. han sido castigadas de su falta por su misma falta, dijo ella; dad gracias a Dios de haberos dado una leccion tan clara. Ahora comprenderéis, que cuando no se tiene piedad para con el prójimo, no debemos esperar la tengan con nosotros. Vds. han sido castigadas porque han querido humillar i han sido humilladas; Vds. han querido vengarse i han probado que la venganza es bastante amarga! Recordad siempre que sucede así con todas las malas pasiones i que siempre se sufre mas satisfaciendo una venganza que resistiendo a ella! I Vd. Arabella Croft, continuó no olvide que la mitad de esta falta es suya, pues sus desdenes son los que han inspirado esta mala accion. Vd. conocerá mas tarde, que es raro que un vicio no enjendre otros a su alrededor. Vd. ha sido orgullosa con sus compañeras i han sentido nacer el rencor en sus corazones; Vd. ha sido dura i ellas se

han mostrado vengativas!

I mirando a las tres inmóviles de vergüenza i de dolor:

—«No os pido, les dijo, que os deis la mano en este momento, pues no debo apresurar una reconciliacion a vuestro arrepentimiento. No se repara una falta con un esfuerzo del corazon, es preciso reflexionar maduramente, i espiar el pasado por el porvenir. Tenéis mucho que perdonaros recíprocamente, pero tenéis sobre todo, mucho que hacer os perdonar de Dios i de los que os aman.»

A la mañana siguiente, las tres niñas vinieron tomadas de la mano a buscar a su maestra; las tres lloraban. Ella las abrazó con una tierna sonrisa; recordándoles las palabras de Jesucristo, les dijo:

—«Id, i no pequéis mas».

Los dos niños habian escuchado la relacion de Mme. Gamond con sumo interés, i no tardaron en mostrarse conmovidos.

Disimuladamente se habian dado sus miradas, el uno a la otra, luego sus sillas se habian aproximado i casi se tocaban cuando la madre de Federico repitió las palabras de su institutriz a las tres culpables.

Entónces se tendieron las manos recíprocamente, en tanto que con los ojos humedecidos por las lágrimas se dirijian mútuas escusas i se brindaban un sincero perdon.

Mme. Gamond no podia ver esta escena que pasaba tras de su espalda, pero la expresion de la fisionomia de su hermano, le decia que la historia producía ya sus buenos resultados.

Durante el resto de la noche, los niños gozaron de la alegría que sigue siempre a una reconciliacion.

Sin pensar, Enriqueta, en la humedad que podia manchar su traje, propuso a su primo ir a la mañana siguiente a buscar flores para su coleccion, i ést, que en su calidad de futuro marino, manifestaba siempre un profundo desprecio por el piano, prometió a la niña estudiar la segunda parte de un trozo de música que a ella le

gustaba mucho, pero que por no tener con quien acompañarse no lo habia tocado a su tia.

En fin, des le que estaban reunidos en Bouchemaine, ninguno de ellos habia hecho en obsequio del otro tantos sacrificios, i sin embargo, nunca se habian sentido mas felices.

Hacia el término de la velada, i ántes de retirarse, el cura preguntó a la niños si no tenian nada que escribir en su memorial. A esta pregunta, los dos subieron a sus habitaciones.

Este memorial era un cuadernito que habian recibido de su tio, a su llegada, para escribir en él su conducta i sus observaciones.

Pensaba Mr. Voizal, que acostumbrándose a tener una cuenta rigurosa de la vida, consigo mismo, era un medio seguro de mejorarse, i que no conocemos el precio de nuestras acciones sino después que ya han pasado, i solo examinándolas detenidamente podremos sacar de ellas sanas lecciones.

Sabia tambien, que el pensamiento de tener que apuntar una falta, para perpetuar así su recuerdo, era lo suficiente para detenernos muchas veces en el momento de cometerla. Por otra parte, estaba persuadido, de que estudiando cualquier acontecimiento, por insignificante que parezca, siempre aprovecharemos de él alguna leccion.

Enriqueta i su primo no tardaron en bajar, trayendo en la mano su memorial, en el que habian contado con sinceridad las faltas del dia.

Los dos se habian aplicado para sí las palabras de Mme. Villanueva.

Concluidos los acontecimientos del dia, Federico escribió:

«Siempre se sufre mas abandonándose a sus malas pasiones que resistiendo a ellas».

Luego, examinando el cuaderno de su prima ántes que ésta se lo pasase a su tia, leyó estas frases:

«El orgullo de uno, atrae la dureza del otro.»

«El que quiere humillar se prepara la humillacion,»

Habiendo notado una falta de ortografía en la última línea, se aproximó a Enriqueta i se la hizo notar con el dedo i con la mirada; ésta se apresuró a corregirla.

Esta afectuosa advertencia, aunque dada con precaución, no se le escapó al cura, que acercándose a su hermana le dijo:

—«Hé ahí el mejor comentario de tu historia.»

Mme. Gamond recorrió los dos cuadernos.

—«Puesto que tan bien me han comprendido, les dijo, añadid a vuestras reflexiones:

«Es preciso ser indulgente para que lo sean con nosotros.»

Al despedirse la familia, Mr. Voizal recordó a su hermana, que tenía que hacer un viajecito a Bablay, a casa de un amigo, que llevaría a Enriqueta i Federico i que el viaje se efectuaría en pocos días más.





---

## Capítulo Sesto.

---

La corta ausencia de Mr. Voizal le habia dejado gran recargo de trabajo en sus ocupaciones, i durante algunos dias sus sobrinos no lo vieron sino algunos instantes, en la noche o en las visitas que solia hacer a sus feligreses i les permitia acompañarlo.

El excelente tio, sin embargo, no ignoraba el buen resultado de sus propios consejos i de la historia de Arabella Croft.

Desde su llegada, Enriqueta habia trabajado con mucho celo para los pobres i cada noche le entregaba con gran placer algunas piezas de ropa que habia concluido en el dia. Su modo de ser con Federico, se habia modificado sencillamente. Lo ayudaba a cuidar su jardin, sin quejarse del sol ni de las espinas de los árboles. Además, pasaba todos los dias una hora al lado de Francisca, leyendo en alta voz para distraerla, conversando con ella alegremente, i escuchando sin manifestar impaciencia las historias que la buena anciana le contaba por la décima vez.

Gran número de estas acciones probaban a Mme. Gamond i a Mr. Voizal que por el momento, al ménos, ella habia dado tregua a sus exigencias i a su vanidad.

Por su parte, Federico se mostraba mas atento con su prima, ménos despreciativo para los melindres que aún se le escapaban. Ya no trataba como en los primeros dias de su llegada en emplear en ella la jerga del colejo. Cuando la acompañaba en sus paseos por el campo, tenia cuidado de ponerse una blusa limpia i el calzado lustrado. Sacrificaba a menudo sus bulliciosos juegos para tomar parte en los suyos, i habiendo notado que

tenia afición por el estudio de las flores, le arregló una caja para su coleccion.

Sin embargo, a pesar de sus mútuas concesiones, i de los grandes esfuerzos que ámbos hacian sobre sí mismos, i que sus parientes tenian en cuenta, les faltaba mucho para triunfar de todos sus defectos.

La costumbre es un auxiliar poderoso para nuestras faltas, la primera victoria las pone en fuga; pero es preciso velar i combatir por largo tiempo.

Además, como ya lo hemos dicho, los primeros defectos que se habian notado, no eran los únicos que tenian que corregir; pero la clara intelijencia de sus sabios directores, veia aparecer otros de vez en cuando.

Várias veces se habia tratado del viaje en proyecto de que se habló la primera noche de la llegada de Mr. Voizal.

Se trataba de pasar algunos dias en casa de Mr. Mauroy, antiguo hermano de armas de Mr. Gamond i que despues de retirarse del servicio habia fijado su residencia en Rablay en una hacienda donde él mismo trabajaba. El cura, en su último viaje a Angers, se encontró con el viejo marino i le prometió ir pronto a inaugurar una capilla que habia hecho construir.

Ser admitidos en esta escursion de su tio era una verdadera felicidad para los dos niños; pero Mme. Gamond para anmentar este placer, prometió acompañarlos hasta el Puente de Cé, a fin de visitar al mismo tiempo a un arrendatario que vivia en esa comarca.

El dia fijado para el viaje llegó al fin i desde temprano, no se veía en la pequeña quinta de Bonchemaine, mas que alegres idas i venidas.

Despues de haberse vestido Enriqueta con una sencillez que no podia esperarse de ella, preparaba un canasto de diversos objetos i provisiones, esforzándose en resolver el problema de hacer caber mucho en poco lugar.

Federico entretanto, con su caja de coleccionista a la espalda, su red para mariposas i su martillo de jeólogo.

en la mano, no dejaba de mirar un momento, si distinguía al otro lado de la ribera, el carruaje que a causa del viaje de su madre, los conduciría hasta el puente de Cé; pero por buena que fuese su vista, no podía llegar hasta donde alcanzaban sus deseos, i por mas que recurria a un antejo de larga vista, pronto lo dejaba, impacienciado por la tardanza.

Enriqueta interrumpia de tiempo en tiempo su imposible tarea para ir a reunirse con su primo a la ventana para tomar datos astronómicos del futuro marino; pues ella se asustaba si veía volar muy bajo a una golondrina, los gritos de los pájaros de la ribera tenían para ella una significacion profética, la vela blanca que se diseñaba en el horizonte le parecia una nube i la mas ligera onda del agua le presajaba una tempestad.

Federico creyó distinguir por fin el deseado vehículo, llamó a su madre i a su prima i voló a buscar a su tío para advertirle que todo estaba pronto. Mientras llegaba su hermano, Mme. Gamond vino a ayudar a su sobrina, que solo pudo hacer caber la mitad de lo que tenía preparado. Una vez reunidos los viajeros, bajaron al muelle a tomar el bote que debía pasarlos al otro lado de la ribera, i los niños saltaron a él con júbilo. Federico tomó uno de los remos, a fin de apresurar las maniobras, i pronto tuvieron al otro lado en posesion del deseado vehículo.

La mañana era magnífica: el sol que, apenas asomaba en el horizonte, enviaba sus rayos oblicuamente a través de las cortinas de álamos que bordaban el camino.

Los pajaritos, regocijados con la esperanza de un lindo día, se columpiaban con locura en las ramas de los árboles i saludaban a nuestros viajeros con sus mas dulces canciones.

Algunos se bañaban en el rocío de que la pradera estaba inundada, i sacudiendo la yerba que los sostenía, hacían saltar mil gotas cual diamantes.

Otros, acostumbrados a gozar el dominio de un camino donde no pasaría mas de un coche en ca la semana, se

paseaban a su antojo, hasta el momento en que, espantados a la aproximación de los caballos, volaban un poco mas léjos, esperando volver pronto al mismo lugar.

El coche los alcanzaba pronto i ellos volvian a volar para ser alcanzados de nuevo.

No tardó mucho tiempo en llegar el vehículo al medio del prado que se estiende entre Bonchemaine i la Punta. Cortaron diagonalmente la especie de cabo que se encontraba comprendido entre el Maine i el Loira, i en cuya estremidad se unen las agnas.

No perdian aún de vista nuestros viajeros las orillas sombrías de la ribera, cuando el candaloso rio se presentó a ellos con todo el esplendor de su belleza.

—Qué vista tan encantadora! exclamó Mme. Gamond, jamás paso por aquí sin que mi mirada recorra con placer i detenidamente desde nuestras negras costas hasta las floridas riberas del Loira.

Después de haber admirado las barcas del puerto que descienden por el rio ostentando con orgullo sus anchas velas blancas, hago el contraste con la modesta que se aparta a lo largo de nuestra orilla i donde la pequeña vela gris se distingue apenas, entre esa inmensidad de rocas.

—I, a veces no te imaginas, Maria, replicó el cura, ver el rio cubierto de esa flota romana que bajo las órdenes de Julio César hizo construir aquí, partiendo después contra los Venetas? No distingues al mismo César, mandando sus naves, con las cuales aniquiló meses mas tarde la liga armórica que se habia sublevado contra su poder supremo?

—Los romanos! Julio César!... repitió Enriqueta admirada, de oír recordar los mas grandes nombres de su historia a propósito de una tierra hollada por los primeros vencedores.

—Sí, ciertamente, los romanos, mi querida niña, añadió Mr. Voizal. Crees tú que nuestro pobre Anjon es tan atrasado, que solo él no ha tenido el honor de ser conquistado por Roma? Nosotros tambien tenemos por qué

vanagloriamos de nuestro rincón de tierra, os lo aseguro, porque es muy antiguo, i su historia llega hasta ántes de las conquistas romanas. Catorce o quince siglos ántes de nuestra era cristiana, habia sido invadido i poblado por los Scythes, esa raza indomable venida del Asia, i que bajo el nombre de Galos se establecieron al occidente de Europa. Mas tarde, cuando Roma estendió su soberanía en todo el mundo, nuestra provincia conocida entónces bajo el nombre de «Pais de los Andes», tuvo la suerte de toda la Galia, es decir que vió el poder de los druidas, ministros de un culto misterioso i cruel, reemplazado por una dominación esclarecida, i todos, vencidos i tributarios, fueron llamados a aprovechar de la civilizaci6n de los victoriosos. Federico ha visto, en los «Comentarios de César», cómo el primer emperador romano, que fué a la vez gran plumario i hábil guerrero hablaba de Anjou, de los caminos que trazó i de los campamentos que construyeron sus ejércitos.

—Tambien le he oido decir, tío, repuso el jóven, que el plano que atravesamos en este momento, se nombra el «Campo de César», por que fué aquí, donde este jeneral vino a reunirse a la lejion que mandaba Cassius, para conducirla él mismo, contra la América insurrecta, como Vd. decia a mamá hace un momento.

—Tu tío te ha contado tambien, que por las exploraciones hechas en este terreno, está probada la existencia de grandes caminos romanos, que atravesando el campo se dirijian a Angers, añadió M<sup>re</sup>. Guenod.

—Oh! sí! yo me acuerdo, dijo Federico, de haber visto en el gabinete de mi tío, una medalla con la efigie del emperador Vespasiano, i una hachita gruesa que me ha dicho provenian de estas escavaciones.

—Vd. nos las mostrará a nuestro regreso, no es verdad, tío? repuso Enriqueta.

—Con mucho gusto, mi querida niña; pero si tienes tanta curiosidad por ver los vestijios de esa época, fijate en ese labrador que apila las piedras que ha sacado de

su campo. Ese es cimiento romano, bajo del que a veces se encuentran urnas cinerarias, algunas intactas, o medallas acuñadas, como os lo decia hace poco tu primo con la efígie de diferentes emperadores romanos.

Enriqueta i Federico les rgaron se aproximasen al lugar que designaba su tio, i ámbos mui orgullosos por lo que acababan de saber, se apoderaron cada uno de un ladrillo prometiendo guardarlo con mucho cuidado. Estaban al llegar a Puente de Cé, que era la primera estacion de nuestros viajeros, cuando Enriqueta apercibió el puente que en este lugar atraviesa el Loira; i quedó admirada de su antigüedad.

—«He oido contar, dijo Federico, que este puente fué principiado por Julio César, i que por ser éste su origen lleva el nombre: «Puente de Cé», abreviacion de César.

—Así lo creen muchos, en efecto, añadió el cura, pero esta opinion está contradicha por algunos historiadores; de lo que resulta una completa incertidumbre sobre la época de ese trabajo, que se remonta, segun voz jeneral a una época mui lejana.

El cura se habia separado del camino a fin de mostrar a los niños un lugar por donde se creia habia existido una via trabajada por los romanos, i se encontró algo perplejo para dar con la «Encina Verde», granja de Mme. Gamond en la que debian detenerse.

El conocia perfectamente los campos en que se encontraba, como que pertenecia a la comarca, pero la granja, en poder de un antiguo arrendatario, estaba rodeada de un inmenso muro abierto solo al frente de la habitacion.

Al llegar ahí nuestros viajeros no supieron qué lado tomar para llegar a la puerta.

Federico hacia sus reflexiones sobre la inutilidad de este cercado, cuando apercibió un pastor de unos quince años, que buscaba el muro para dar sombra a su ganado. Pronto reconocieron en él a José Béchu, el hijo de la viuda de que tratamos al principio de esta historia, i que Mme. Gamond habia colocado en casa de su arrendatario.

—No podíamos haber tenido mas feliz encuentro, dijo élla al que su hijo l'amaba el pastorcito, sabré por él mismo cómo se encuentra en casa del anciano Jerónimo i le llevaré noticias tuyas a su madre.»

Se dirijieron hácia donde estaba el muchacho, que al ver a sus protectores, se llenó de gozo. José Béchu merecia todo el interés que le acordaba Mme. Gamond.

Era una de esas buenas naturalezas, siempre contenta de las jentes i de las cosas; jeneroso corazon, que como él decia, no habia en el mundo mas que una felicidad, la de ser útil a los suyos; i una desgracia, la de carecer de trabajo para ganar el sustento.

Mucho preguntó por su madre, su abuelita i hermanos i cuando Mme. Gamond hubo respondido a todo con su complaciente bondad, concluyó por decir que estaba contentísimo de que el Sr. cura i su compañía se hubiesen perdido.

—Es el buen Dios, dijo José, el que nos ha reunido espresamente para que hableis conmigo i me deis noticias de mi casa, lo que es una alegría para mí.

La jente de por aquí, créame señora, no es jamás como la de Bonchemaine; así habian de ser aquí i entónces estaria mui contento en este valle.

—I Jerónimo, preguntó el cura, está contento contigo, José?

—A fé mia, no lo sé, señor cura; él dice sin embargo que le cuida bien su ganado, que está mui gordo. Solo cuando las gallinas no ponen, dice que yo he de haber entrado al gallinero a tomar los huevos.

—Tú eres mui honrado para hacer eso, replicó vivamente el cura, respondo de tu inocencia.

—Esa es la pura verdad, señor, pues yo no soi capaz de engañar en un ochavo a él ni a nadie. Ademas nunca he asomado las narices por el gallinero, i el patron tiene la llave siempre en su bolsillo i para poder entrar, seria necesario hacer lo que hacen los pollos, pasar por debajo de la puerta.

—Es preciso darle esta buena razon hijo mio, dijo

Mme. Gamond.

—Ah! señora, es tan rudo este patron; i ademas siempre tiene sorda la oreja del lado que se le habla. Dice que los ladrones son mas astutos que los honra los, i que cuando quieren pasar por alguna parte se hacen mas lisos que una gaza.

El cura, que reconoció con esto el carácter sospechoso del anciano Jerónimo, no pudo dejar de sonreirse, añadiendo:

—Crec, sin embargo, que no te va tan mal, pues tu fisonomía revela salud, lo que hace honor a la cocina de tu patron.

—Oh! eso es verdad, señor cura, que se está en «Encina Verde», como masa en arteson, así es, que estoy contento a medias con el señor Jerónimo; pero si me despide, no volveré a verlo jamás.

Nuestros viajeros instados por el tiempo, se despidieron del pastorcito; i éste al verlos alejarse, les gritó:

—Hasta la vista, señor cura i su compañía, tengan la bondad de decir muchas cosas a mi madre, i a mi abuelita, i que enido mucho mi ropa para que pueda servirle a mi hermanito.

—Sencillo e infantil corazón, dijo alejándose el cura, él ignora que encierra en sí lo que niugun filósofo puede enseñar. Estar resignado con su suerte i el amor a sus semejantes.

---

## Capítulo Sétimo.

---

Siguiendo las indicaciones de José, nuestros viajeros llegaron a la granja en algunos minutos; los ladridos de un enorme perro los acogieron a su entrada en el patio.

—Hace dos siglos, dijo Mr. Voizal, que un paje habria anunciado nuestra llegada a son de cuernos, i la señora castellana, seguida de sus súbditos, habria salido a recibirnos; pero dudo que el antiguo feudo de entónces estuviese mejor cuidado que lo que es hoy esta alquería, por ese perro tan bravo que reúne las funciones de paje i de vijilante.

Advertido Jerónimo por los ladridos, no tardó en llegar. Al ver a los propietarios de su granja se puso a gritar:

—Paz, pues, Perillan! Te callarás sopenco?

—Avanzando hácia el vehículo:

—Pido a Vd. perdon por este animal, señor cura, es tan bestia que no sabe ni distinguir los ladrones de la jente honrada.

—I Vd. sabe distinguirlos, Jerónimo? repuso Mr. Voizal.

—Señora, señor cura, es lo mas natural del mundo, pensar que los que tienen algo no tienen tanta necesidad de robar como los que nada tienen.

—Entónces Vd. cree, dijo Mme. Gumonl sonriéndose, que se roba siempre; la diferencia seria entónces en el mas o ménos.

—No digo eso por ofenderlos, no señora, repuso Jerónimo un tanto avergonzado; pero Vd. sabe bien, que en los tiempos que corren hai mas jente mala que buena; no sucede como ántes, que los jendarmes no tenían

nada que hacer mas que pasearse con las manos en los bolsillos.

—Ah! Jerónimo, añadió el cura, Vd. nos calumnia. Por qué hemos de ser mas malos que nuestros padres? no somos to los hijos de Dios, i su espíritu no está entre nosotros?

Jerónimo sacudió la cabeza con aire incrédulo.

—El señor cura, dijo, sabe mejor esas cosas que nosotros, pobres ignorantes, pero lo que hai de cierto es que existen ahora mas ladrones que ántes.

Enriqueta i Federico no pudieron dejar de sonreirse del modo como el viejo arrendatario reconocia que su tío tenia razon.

Entraron a la granja, donde Jerónimo siempre dispuesto a recibir bien a aquellos de quienes nada podia temer, hizo los honores lo mejor posible.

Mme. Gamond i su hermano se informaron con mucha bondad del estado de sus negocios.

Jerónimo era un honrado arrendatario, pasaba bien; pero como todos los labradores, estaba poco dispuesto a convenir en el precio de los arriendos.

Ademas, la idea fija de que le robaban le impedia quedar satisfecho con sus ganancias, pensando que podia haber ganado aún mas.

—Cómo ha ido de cosecha este año? dijo Mme. Gamond.

—No falta quien diga que bien, señora, repuso Jerónimo con ese tono peculiar de los labradores; pero aunque los trigos hubiesen sido mejores i las viñas se hubiesen visto en mejor estado, eso no daría mas leche a las vacas, i casi estoy por creer, al ver el mal resultado, que la fatalidad me persigue.

—Lo que Vd. llama fatalidad, Jerónimo, no es otra cosa que la distraccion o negligencia, en que nos vemos envueltos a menudo por solo nuestra culpa.

—Es mui posible lo que Vd. dice, señor cura, los hombres de trabajo son tan mal servidos! No atinan sino a robarles. No es de balde como la vaquera ha comprado un

vestido nuevo en la última Pascua, i además lo compró hecho!

Viendo Mr. Voizal que el anciano volvía a sus sospechas, que ninguna razón podía destruirlas, trató de dar otro jiro a sus ideas hablándole de sus tierras.

—Está Vd. siempre contento, Jerónimo, con el abono para las tierras que le hice conocer? le dijo.

—Oh! por esa parte, sí, por ejemplo, señor cura, repuso el labrador, es mejor i mas barato que los otros, i le estoi muy agradecido de haberme enseñado cosa tan buena. Pero es raro, no comprendo que un cura sepa mas cosas de éstas, que nosotros que somos del campo.

—Por qué es raro? No vivo yo acaso en medio de vosotros? Quién me impide observar las esperiencias que se hacen a mi alrededor?

—Eso es lo raro que yo tambien admiro, como Jerónimo, exclamó Mme. Gamond, que estás siempre trabajando para hacer aprovechar a los demas. De ninguna mejora material goza el pais sin que tú seas la primera causa, i esto sin dejar de cumplir rigurosamente todas tus obligaciones relijiosas.

—Es que estas dos partes de la vida tienen mas acción la una sobre la otra, de la que se piensa jeneralmente, repuso Mr. Voizal. Además, yo no soi pastor a medias, i no debo dar mi vida por mis ovejas? Qué haría sin esto? Me he fijado, continuó, dirijiéndose al arrendatario, que el campo que Vd. ha comprado en San Martín, últimamente, se encuentra en muy buen estado, i creo que ha hecho una adquisición excelente.

El labrador movió las espaldas con desden.

—Hai otros mejores, mire Vd., señor cura, contestó.

—¡Cómo! diez hectáreas de buena tierra cálida, por quinientos francos, repuso Mr. Voizal, es un mercado de oro.

—Sí, si pudiésemos aprovecharlo, pero los pobres como yo, qué pueden saber de esto?

— Pero Vd. tiene sus títulos.

— Mis títulos! un monton de papelotes donde hai mas

tinta que verdad! i ademas yo no soi capaz de distinguir la *A* de la *B* en esos garabatos.

—Vea Vd. Jerónimo, las ventajas de la instruccior, repuso el prelado, si Vd. hubiese hecho aprender a leer i escribir a su hijo, como yo se lo aconsejaba, ahora podria ayudarle a desembrollar todo eso i a conocer sus títulos legales.

—Casi tiene razon el señor cura, repuso el labrador, pero los que son instruidos pueden ser robados con la misma facilidad que los ignorantes... i talvez ellos mismos puedan robar con mas desvergüenza.

Esta vez, aún, no pudieron los niños contener la risa, viendo en qué punto de vista apreciaba Jerónimo la necesidad de la instruccion.

El labrador regocijado, decia, de tener a sus propietarios en su casa, pidió permiso para llevar a los jóvenes al jardin, para que probaran unos racimos de uva moscatel, que tenia empapelados, de los que les daria un canasto para el camino.

Todos aceptaron gustosos la proposicion, i se dirijieron al extremo del jardin. Miétras iban en esa direccion, Jerónimo alababa lo esquisito de su viña, que tenia nombre, decia, de ser la mejor del pais.

—Despnes de todo, añadió, no se tiene algo por nada en este mundo, i si mi moscatel es bueno, yo no omito sacrificio, por mas que me cueste; lo polé en el mejor tiempo, lo abrigo en los inviernos i desde que los granos principian a madurar, los cubro de telas que tengo a propósito para este objeto.

Llegaban a la viña, cuando el buen hombre dejó escapar una exclamacion de sorpresa: los cordelitos habian sido cortados, i la mayor parte de los racimos comidos.

—Oh! los golosos! los rateros! exclamó, me han robado mis uvas!

—Nó, Jerónimo, replicó Enriqueta, si son los pájaros.

—I ellos han desatado los cordelitos? pardiez, nó, esto no es obra de los pájaros. Cree Vd., señorita, que los pájaros tienen tijeras?

— Pero mire Vd. de este lado, Jerónimo, dijo el cura, la cuerda que unía el cordel con el palo está completamente podrida i ha bastado un golpe de viento para cortarla; es así como sus racimos han quedado en descubierto.

El buen hombre sacudió la cabeza con aire de una tenaz incredulidad, en tanto que Mr. Voizal i su hermana se alejaron para inspeccionar los terrenos, dejándolo con los dos niños.

— Mire, Jerónimo, fijese Vd. bien, aun se ven las semillas en los racimos, i en algunas partes las envolturas de los granos que los pájaros han picoteado.

— Sin embargo, no sería imposible que se hubiesen internado hasta aquí, para tomar estos racimos, dijo Federico con esta deplorable pretencion de colegial astuto, que no solo se esfuerza por creer lo malo sino que se vanagloria de ser bastante audaz para cometerlo.

— I cómo pueden llegar hasta aquí? repuso Enriqueta; el jardín está rodeado de murallas o palizadas, i la puerta cerrada con llave que el mismo Jerónimo guarda.

— I cómo te imaginas, continuó Federico con una marcada convicción, que cuando quieren entrar a un jardín, van a pedirle la llave al propietario? Estas señoritas, solo conocen las puertas para entrar a cualquier parte.

— I tú, dime, conoces otros medios?

— Pero me parece que hai ventanas i techos en las casas i murallas en los jardines.

— I podrian subir con facilidad este muro que es tan alto?

— Para manitos de colegiala como tú, sería muy difícil, en efecto; pero para un hombre qué es esto? Yo podría escalarlo con facilidad.

— Pero, una vez arriba cómo bajarías?

— I ese tejado, que está ahí como expreso i del cual avanzando la mano, se puede bajar al emparrado? No te acuerdas, que cuando nos detuvimos a preguntar el camino al pastorcito, te hice notar que el muro estaba carcomido i que sería fácil subir?

—El pastor José! exclamó Jerónimo, como herido de un rayo: ah! Vd. me hace pensar bien, no es otro sino él quien ha hecho esto.

Federico comprendió al momento a donde lo habia conducido su fanfarronada; acababa de despertar las sospechas del labrador; i ántes que pudiese combatir las, el cura i su hermana se les rennieron advirtiéndoles que era tiempo de partir, pues aún faltaban cuatro leguas para llegar a «La Finca» propiedad de Mr. de Mauroy.

Como este camino tenian que hacerlo a pié, pues Mme. Gamond ocuparia el vehículo para volver a Bonchemaine, era indispensable hacer una estacion, i con esta demora les quedaria el tiempo necesario para llegar de dia a la casa del amigo de M. Voizal.

Se despidieron de Jerónimo dándole las gracias por su buena acogida i se separaron, no sin que Mme. Gamond renovase a los niños sus recomendaciones, de aprovechar bien el tiempo de la ausencia que a ella le iba a parecer tan larga.



---

## Capítulo Octavo.

---

Despues de haber recibido los últimos besos de Mme. Gamond nuestros jóvenes viajeros signieron con su tío por el camino de Rablay. Atravesaron la villa del Puente de Cé i pronto se encontraron en el mismo puente que da su nombre a ese lugar.

Jamás habia visto Enriqueta sino los sólidos puentes de Nantes, i viéndose obligada a pasar por éste, tan carcomido i casi en ruina, lo hacia con tanto miedo, como si fuese suficiente el peso de sus piés para derrumbar lo que subsistia desde hacia muchos siglos.

—Tío! Por Dios! exclamaba a cada paso, mire Vd! se ve el agua por entre las tablas, i se divisan los barqueros que pasan por debajo de los arcos: está Vd. seguro deque el puente no se derrumbará?

—Seguro, nó, pues solo Dios sabe lo que puede suceder en el instante que va a venir; pero yo creo que aquí no tenemos mas peligros que en cualquiera otra parte. Además, si quisiéramos evitar toda clase de accidentes, reduciríamos nuestra vida a muy poca cosa. Lo que podemos hacer, es aprovechar lo que debemos a Dios i al trabajo de los hombres, poniéndonos bajo el amparo del Hacedor, seguro de que nos protegerá mejor que lo que puede hacerlo nuestra pobre prudencia. Tus temores son infundados; lo que te asusta es el movimiento del agua por entre las tablas mal unidas. Así, en lugar de mirar constantemente a tus piés, mira aquel magnífico espectáculo que tenemos a nuestra vista, i ocupándonos de grandes cosas, olvidaremos pronto las pequeñas.

Enriqueta se resistió con pena a dejar de contemplar el agua que corria bajo sus piés i que la tenia fascinada, i tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para fijar

su atención en el espléndido paisaje que se extendía ante su vista.

El sol, ya bastante elevado sobre el horizonte, se hallaba completamente despejado de las nieblas de la mañana i reflejaba sus destumbradores rayos de oro sobre las aguas en cuyo fondo relucía la arena. Los barqueros se dispuntaban a los parroquianos que deseaban pasear por las islas, en tanto que los vaporcitos se colocaban en medio del lecho del río haciendo chispear las ondas i empujándolas imperiosamente hácia la orilla.

Reinaban ahí como soberanos, indiferentes a las debilidades de los demás, como todos los poderosos de este mundo, i sin ocuparse, si con sus evoluciones podían sumerjir a un pobre barquichuelo, navegaban siempre, dejando un surco en las aguas i en los aires un penacho de humo caprichoso.

Hasta donde podía alcanzar la vista de nuestros viajeros, se distinguía la misma profusion de islas cubiertas de verdura i las velas que cruzaban el río en todas direcciones; i más allá, dominando el Loira, el gran ribazo de Erigné, donde el sol parecía detenerse.

—Jamás he visto nada más hermoso! exclamó Enriqueta, la que había olvidado todo temor para dar lugar a una verdadera admiración.

—Es precioso, en efecto, repuso Federico, i se goza más viviendo aquí, que no en una gran ciudad. Siempre me pregunto a mí mismo, cómo pueden acostumbrarse a vivir entre cuatro murallas habiendo tantas cosas que admirar bajo el cielo.

—Es que la vida tiene sus necesidades, hijo mío, repuso el cura, i que a menudo no debemos elegir nuestro lugar en el mundo, sino resignarnos al que la Providencia nos depara. Veo, sin embargo, con satisfacción la necesidad que esperimantas de una vida a todo aire. Aunque nuestras reflexiones nos adviertan que el Ojo de Dios penetra por los más gruesos muros, parece que uno se siente más en su presencia cuando entre Él i nosotros no hai más que el azul del cielo. Es indudable que la

vista de la creacion ejerce sobre nosotros una accion bienhechora, pues se nota, en igualdad de condiciones, que la moralidad de la vida es mayor en los campos. Por mi parte, yo os aseguro, que a menudo bendigo la suerte que me cupo de abundar en la ciudad para vivir en medio de estos lugares.

Se comprende por estas conversaciones que el cura no omitia ninguna ocasion para dirigir a los niños por el sendero del bien, aprovechando cualquier incidente para despertar en ellos sentimientos nobles i elevados.

Como todas las almas religiosas i activas, en todo creia ver una mision útil, i buscaba la causa i el efecto; estaba íntimamente persuadido de que la bondad divina se manifiesta en todas partes i que deben tocarse todos los recursos del corazon i la intelijencia para propagar esta conviccion. Espíritu verdadera mente apostólico, se consideraba un instrumento que no debia cesar en sus funciones entre las manos de Dios.

Desde que algun alma se aproximaba a la suya, trataba de penetrarla de alguna verdad.

Todo vivia i hablaba para él, en todo encontraba una fuente de enseñanza.

Despues de haber reconocido a Dios en el fondo de cada rayo de sol i haberle hecho amar, le reconocia en cada insecto que nace i muere cada dia, en el haz de yerba que abriga esta efímera existencia i así como lo sentia lo daba a conocer en toda su grandeza.

Su palabra, como la de todos los seres sinceros i entusiastas, era abundante i variada; sabia apoderarse del corazon de los hombres para dirigirlos al bien; jamás era causado, pues tan pronto como se hacia comprender sabia variar con talento de una a otra conversacion.

Nada se le escapaba al buen tio durante el viaje, la mas pequeña ruina le daba material para una relacion histórica. Los viajeros que atravesaban el camino, el labrador que se divisaba en sus faenas, daba ocasion a mas de una interesante historia de que él habia sido testigo.

Así caminaban los dos niños, bajo el ardor del día, no solo sin quejarse, sino también sin notar la fatiga.

El sol parecía detenerse sobre el sombrero de Enriqueta, la tierra había encontrado nicho en todos los pliegues de su vestido i de su fichú; sus zapatitos se rompían en las ásperas piedras del camino; pero ella no pensaba siquiera en quejarse ni en el desorden de su traje con que tenía que presentarse en una casa estraña. Federico, por su parte, iba empapado de sudor, sin haber hecho a su tío la molesta pregunta con que algunos mortifican a sus conductores:

—«Llegaremos pronto?»

Mr. Voizal fué el primero que habló de descanso, i propuso a los niños detenerse en la primera casa cuyo aspecto les agradara. Como se aproximaban a la aldea del Cañaveral, distinguieron en una situación encantadora, una cabaña que solo distaba del pueblo algunos tiros de fusil.

—No es de creer, dijo el cura al llegar, que esta casita está colocada aquí espresamente para recibir a los viajeros fatigados? Tiene un aire de hospitalidad que convida. Ni una muralla, ninguna puerta cerrada; los parrones cargados de fruta, nadie los defiende de la mano del viajero.

—I qué fresco debe sentirse ahí, tío mio, añadió Federico. Vea Vd. el techo, de qué mnsgo tan espeso está cubierto.

—I esa higuera tan hermosa que estiende sus ramas en todas direcciones, i tan cargada de fruto! continuó Enriqueta, I esas peras que han puesto a secar al sol, qué frescas se conservan! Qué leche tan sabrosa debe saborearse en esta granja!

—Entremos, dijo el cura, estoy cierto de que encontraremos aquí a alguna buena campesina que vos recibirá.

Al aproximarse a la casa, que tenía un aspecto muy diferente de la de Jerónimo, notaron que carecía de las comodidades de aquella; pero en cambio, no encontraron esas precauciones de desconfianza que hacen retroceder

al que pone el pié en el umbral de semejantes casas. A la vista de personas estrañas un perrito, tendido a lo largo, en la puerta, dejó oír un gruñido que fué aquietado por la voz de una anciana de aspecto bondadoso.

Esta al ver al cura i a sus dos jóvenes compañeros, no les dirijió esa pregunta de dudosa hospitalidad:

—Qué se le ofrece a Vds?

Comprendió al ver su aire fatigado, lo que tenia que hacer, i se apresuró a recibirlos, cediéndoles el lugar mas cómodo de su cabaña i preparándoles una buena comida.

Miéntas que nuestros viajeros, así cuidados, tomaron algunos instantes de reposo, pedimos permiso a nuestros lectores para conducirlos a la aldea del Cañaverál, a la entrada de la cual se encontraba la cabaña de la señora Carmona, i hacerlo presenciár una escena que ahí tenia lugar.

Como ya hemos dicho, el sol estaba en toda su fuerza, los ganados ocultaban sus cabezas entre la sombra de los árboles; el estanque bordeado de hayas, estaba casi seco. De tiempo en tiempo, el relincho de un caballo atormentado por las moscas, el bramido de una vaca molestada en su apacible sueño, se mezclaba al murmullo de los insectos: era en una palabra, uno de los dias mas calurosos que desde largo tiempo se sentia en el Cañaverál. Las mujeres, sentadas en sus puertas jugaban con sus niños o cosian, en tanto que algunos hombres sentados en la taberna de la señora Bernarda, bebían i jugaban.

Entre ellos se notaba el sochantre Gregorio i el maestro de escuela Juan Millot, este el hombre mas charlatan i el otro el mas hablantín de la parroquia; todos guardaban silencio desde hacia largo rato, como si el calor del dia les hubiese quitado la facultad del pensamiento i hasta el deseo de hablar.

Es cierto, que hacia tiempo que el material estaba agotado en el Cañaverál. Nada memorable habia sucedido en esos dos últimos meses, ni un muerto, ni un ma-

trimonio, ni un bautismo; ni aun se decia de algun marido que hubiese pegado a su mujer i que estuviese en conocimiento de los vecinos!

No habia ningun acontecimiento, i era preciso resignarse a vivir ocupándose de hechos ya comentados i que la curiosidad los habia estudiado en todo sentido.

Hacia rato que estaban en silencio cuando entró el peluquero. Ricardo era la gazeta viva del lugar. Gracias a él, las noticias se trasmitian en un instante de un extremo a otro de la parroquia, i sabe Dios cuántas trasformaciones experimentaban en el viaje! La llegada de Ricardo fué celebrada por los bebedores.

—I bien, le preguntó el sochantre, qué hai de nuevo?

Pero el calor habia quitado al peluquero su locuacidad. Contestó que nada sabia, i se hizo servir un vaso de vino, sentándose cerca de la puerta.

Santiago el carretonero, un jorobado maligno i revoltoso, levantó las espaldas i sacudió la cabeza.

—No me admiro, dijo, que el calor haya disecado nuestro pozo, ha hecho mas, si ha agotado las palabras en el gonzate de Ricardo.

—Quieres que te cuente la historia de un jorobado a quien su mujer hizo acostarse sin comer el juéves santo? le replicó este.

—Cuente mas bien la de un peluquero al cual el agente del alcalde lo puso en la puerta, i le dejó la medida de su zapato marcado en alguna parte.

—Vamos, vamos, exclamó el maestro de escuela, entrometiéndose, van Vds. a decirse injurias a propósito del buen tiempo? No tenemos todos nuestros defectos i nuestras enfermedades?

—Es verdad, repuso el peluquero, pero las llevamos entre las dos paletas... como cierto adorno de uno de nuestros conocidos... lo que hace que no lo notemos jamás.

—Lo que estais diciendo es mui filosófico, Ricardo, repuso el maestro: Esopo ha escrito algo semejante. Ha dicho, creo, que todos los males de la tierra se encie-

rran en los dos bolsillos de una alforja; el bolsillo que va adelante, que hiere nuestra vista, guarda los vicios ajenos; el de detras, nuestros propios vicios.

—De lo que hai que deducir, añadió el maligno peluquero, que miétras mas elevado es el bolsillo de detras, es porque somos mas viciosos. Qué piensa Vd. de esto, don Santiago?

Este, que finjia conversar con otro bebedor, no respondió, pero lanzó a Ricardo i al maestro una mirada de odio; estaba irritado, sobre todo contra este último, que queriendo cortar la querella, habia dado a su adversario un tema de crítica sobre su deformidad.

Despues de un instante de silencio, fué a sentarse a la puerta de la taberna. Ricardo acaba a de pedir su segundo vaso de vino.

—Vd. al ménos no es rabioso, dijo el maestro, riéndose, porque bebe de mui buenas ganas.

—Eso podria suceder en uno de estos dias, contestó agriamente el jiboso; pues el señor alcalde i sus consejeros no se inquietan por evitar el mal: los perros corren por todo el pueblo como si no estuviésemos en el mes de Diciembre.

—Es un hecho, repuso el peluquero, que tomaba siempre con ardor la ocasion de apoyar una crítica, eso no es prudente; i Vd, señor Millot, que es secretario del alcalde, Vd. debia hablarles a esos caballeros.

—Así lo hemos pensado, pero qué hacer?

—Ordenar que los perros no salgan sino con bozal.

—Envenenar aquellos que se encuentren en los caminos.

—Encargar al guardia campos que mate a todos los que no estén amarrados.

Todos estos medios fueron propuestos a la vez, por el herrero, el chanfre i el peluquero.

—Qué, señores, repuso el maestro de escuela, Vds. se olvidan de las utilidades que nos prestan los perros de la parroquia. Si los embozan, si no los dejan verse en los caminos, si los tienen amarrados, quién ayudará a

conducir los ganados?

—Voto a... qué los pastores se pasen sin ellos!

—Vd. es herrero, Santiago, repuso Mr. Millot, sonriéndose.

—I bien, en buena hora, dijo el jorobado, es mejor que estar espuesto a ser mordido i volverse loco.

—Está gracioso!... vale la pena de nombrar un alcalde en union con un consejo municipal para proteger a los perros de los pastores.

—I mire Vd., añadió el peluquero, mostrando a gran distancia un perro que bajaba al pueblo corriendo: su pongamos que ese perro estuviese loco, sabemos todos los males que podía acarreamos?

Un niño que se habia aproximado a la taberna para oír la discusion, oyó las últimas palabras, i corrió a la casa de su madre que conversaba con otras mujeres.

—Mire, exclamó, el perro que viene allá al extremo del pueblo, dice el peluquero que talvez estará rabioso.

—Santo Dios! es posible?...

Todas las mujeres se separaron i se fueron corriendo a sus casas.

—Qué hai? preguntaban los vecinos.

—Un perro rabioso, respondieron a una voz.

Ese grito «Un perro rabioso», repetido por cada prójimo, llegó en un momento al extremo del pueblo. Las madres hicieron entrar a sus hijos, todas las puertas se cerraron, algunos hombres que trabajaban en un camino vecino fueron llamados i llegaron armados de azalones, de palancas, de piedras; encontraron al perro que atravesaba el pueblo i asustado al ver tanta jente, quiso retroceder.

Venia cerca de la puerta de Bernarda, cuando advertidos por los clamores del pueblo, el sochantre, el peluquero i el herrero salieron a la calle.

—El perro rabioso!... mátenlo! mátenlo! gritaban los que los perseguian.

—Quién lo ha dicho? exclamó Santiago, tomando una caña; la administracion quiere la muerte de todos...

—Pegadle, pegadle; si se escapa, estamos perdidos!

En ese momento el perro llegó a la puerta de la taberna, una lluvia de piedras le impidió el paso, quiso volverse pero los camineros lo recibieron con sus azadones i lo ultimaron.

Todo esto tuvo lugar en pocos segundos, así es, que cuando el maestro de escuela llegó en medio de ellos, el pobre perro acababa de dar el último suspiro.

—Dios mio! dijo, es «Vijilante», el perro de la vinda Carmona. Están Vds. seguros de que estaba rabioso?

—Vean el incrédulo, a lo Santo Tomas, dijo el jiboso, no ha oido Vd. que todo el pueblo lo decia, cuando venian en su persecucion hace un momento?

—Ademas, hace un calor capaz de poner rabioso a todo el mundo, dijo un caminero.

—Hola! la señora Bernarda, déme Vd. un vaso de vino.

—Miren, como le sale la espuma por la boca!

—I la lengua! es seguro que si no lo matan habia puesto rabioso a todo el mundo!

—Felizmente el pueblo vela mas por sus intereses que la administración, dijo Santiago, tomando un vaso de vino; por mi parte, puedo jactarme que yo le dí las cuentas a ese quiltro.

—Eso si que nó, dijo el sochantre, he visto cuando mi piedra le partió la cabeza, que fué entónces cuando se dió una vuelta como un zueco.

—Todos estos niños son mui buenos para la piedra, exclamó riendo un caminero; eso no le habria impedido volver a su ganado, si nosotros no hubiéramos estado aquí. Miren mi azadon, está bañado de sangre.

La discusion iba animán lose por la cuestion de saber quien habia tenido mas parte en esta triste ejecucion, cuando una anciana, seguida de Mr. Voizal i los dos niños, abriéndose paso entre la multitud.

—Vijilante, exclamó, qué habeis hecho con Vijilante?

I notando el perro inmóvil i ensangrentado, dió un grito.

—Vds. lo han muerto!... Es posible? Vds. lo han muerto... Pero desde cuándo tienen el derecho de matar los perros de cualquier persona! Quién ha hecho esto?

Todos guardaron silencio.

—¡Bien, Vds. no quieren responder? exclamó la anciana entre el dolor i la cólera... Es una brillante acción haber muerto el perro de una viuda! Vds. no lo habrían hecho cuando tenía a mi hijo, holgazanes... caro os habría costado a todos... Ah! malvados! matar un pobre perro que no les hacía ningún mal!

La anciana se puso a llorar.

—Perdon, señora Carmona, dijo el maestro de escuela, dulcemente, han dicho que estaba rabioso.

—Rabioso!... Vigilante rabioso!... Pregunten al señor cura que está ahí, i que descansaba hacia mas de una hora en mi granja, si la pobre bestia parecia rabiosa. Mientras que yo mostraba mi ganado a este buen caballero i que Vigilante cuidaba en la puerta, he oido que unos malos niños lo atormentaban, i cuando entramos a la casa, habia huido. Corrí tras él, pero ya no era tiempo. Cuando he visto este tumulto de jente, no dudé que sucedia una desgracia. Es porque yo soi sola, porque no tengo quien me defienda, que todos los malvados del pueblo se creen con derecho de hacerme mal i de afligirme.

Despues de esta esplicacion hubo un momento de silencio, durante ese tiempo todos los espectadores se miraron como avergonzados.

—Los camineros tienen la culpa, dijo el jorobado, ellos llegaron aquí persiguiendo a Vigilante i gritando: Al perro rabioso!

—Tú no debes hablar, porque fuiste el primero en pegarle.

—Eso no es verdad, dijo el sochantre.

—De todos, es ese con azadon.

La misma querella que habia tenido lugar un rato antes, volvió a principiar, pero esta vez, para saber quién no habia muerto al perro de la viuda; ésta los ins

terrumpió bruscamente:

—Esto ha sido entre todos, les dijo, i a todos os desto: no puedo vengarme, porque soi una pobre mujer sin parientes, ni amigos; pero rogaré a Dios que os castigue.

—Rogadle mas bien que los perdone, dijo Mr. Voizal, con dulzura, tomando la mano de la pobre mujer.

La viuda se alejó, dejando a nuestros viajeros en medio del grupo que continuaba agitándose.

Todos hablaban a un tiempo, todos querian justificarse de la parte que tenian en la muerte de Vigilante. Se buscó la causa del accidente i vino a descubrirse que la suposicion manifestada por el herrero se habia transformado, pasando de boca en boca, llegando a ser una realidad. Cuando todo se hubo esclarecido, Mr. Voizal sacudió la cabeza.

—Esta es una gran leccion, amigos míos, les dijo; Vds. solo han muerto hoi un perro, pero están Vds. seguros de no haber muerto jamás a uno de vuestros semejantes de la misma manera? Este ejemplo debe haceros prudentes i ménos lijeros en vuestros juicios. La verdad, pasando por muchas bocas, acaba por llegar a ser mentira. No creamos el mal sin pruebas, por temor de asociarnos a una injusticia, i tengamos siempre presente que no basta para matar un perro haber oído gritar que estaba rabioso.

Cada uno se alejó avergonzado de oír las palabras del sacerdote, pues ninguno se consideraba enteramente al abrigo de sus reproches.

Los grupos se dispersaron poco a poco i Mr. Voizal iba a continuar su camino con sus dos sobrinos, cuando reconoció una voz que le hablaba a su espalda.

—Lo que Vd. nos dice, señor cura, nó es sino la pura verdad, que es preciso no matar un perro solo por que álguien diga que está rabioso.

—Tú aquí, José, repuso Mr. Voizal, reconociendo al pastoreito; Jerónimo te da comisiones para mí lejós.

—Han concluido para mí las comisiones del señor

Jerónimo; al presente no tengo mas comisionæs que las mias, señor.

—Tus comisioneros, José!

—Sí, estoi a mi servicio, ahora, i al de Vd. si gusta, señor cura.

—Esta mañana, aún, parecias contento en tu destino, dijo Mr. Voizal; por qué has dejado a tu patron tan repentinamente?

—No soi yo, repuso el niño, es él quien me ha dejado; mas que eso, me ha arrojado de su casa.

—Pero por qué te ha arrojado, hijo mio? continuó el sacerdote con inquietud.

—Ah! cáspita! Señor cura, no estoi mas al corriente que Vd. sobre ese motivo, dijo José. Vd. sabe bien que esta mañana me dejaron pastando mis bestias. I bien, cuando llegué a comer, al medio dia, hé aquí que el señor Jerónimo me recibió llamándome holgazán, ladrón. Estoi acostumbrado a estas dulzuras; pero cuando me dijo que en el momento tomara mi saco i mi caña, esto me cayó como una teja en la cabeza. Le pregunté lo que habia robado, pues conocí que me culpaba de veras, i queria defenderme. Me dijo que queria hacerme el inocente, pero que solo yo habia podido tomarme sus racimos.

Al oír estas palabras, Federico se enrojeció i se turbó en extremo. Su embarazo no se escapó a Mr. Voizal, que no pudiendo comprender la causa, lo miró con estrañeza, como si esperase una esplicacion.

—Ah! tío, dijo Federico con trémula voz, pero sin titubear, temo ser yo la causa de que el buen José haya quedado sin destino!

—Tú, Federico! dijo el cura, qué razones tienes para suponerlo?

—Ninguna, ninguna, tío mio, i os lo aseguro que no he pensado en él, cuando dije al arrendatario que era fácil robar sus racimos subiendo por el muro; i ha sido necesario tener el espíritu sospechoso de Jerónimo para aplicar a José estas palabras dichas sin intencion.

—Federico, dijo Mr. Voizal con tono grave, no bus-

ques la justificacion de tu propia falta, en los errores de otros. Esta excusa ademas, se vuelve en contra tuya, pues estando advertido del carácter sospechoso del labrador, debias haber tenido mas cuidado con tus palabras. Hace poco tenias lástima de un perro que malas cabezas habian muerto sin exámen, i tú lo has hecho peor; tú, que acabas de arrojar la duda sobre la honra de un niño, cuya probidad es su única herencia.

—Oh! tío, mi buen tío, no me diga Vd. todas esas cosas; le aseguro, siguió Federico, con triste acento, siento tanto el mal que he ocasionado! pero indíqueme Vd. solo los medios de repararlo, estoy pronto a todo.

—Reparar el mal, dijo Mr. Voizal no es cosa fácil, la falta depende de nosotros i de nosotros solo, en tanto que la reparacion pocas veces está a nuestro alcance!

—Pero tío, no podré al ménos encontrar una colocacion i darle recursos si no la consigne? Oh! daría por él todo cuanto poseo!

—Dios mio! señorito; no se aflija Vd. por esto, repuso José. Lo que mas me apena es por mi buena madre, i además temo que la jente crea lo que dice el señor Jerónimo cuando lo se queje que yo le he robado sus racimos.

—Pero yo mismo diré en todas partes que no es verdad, repuso Federico con viveza.

—Quiera Dios que te crean cuando asegures el bien, con la misma facilidad que Jerónimo cuando suponias el mal, dijo el sacerdote con dulzura. Además, como tú dices, tenemos obligacion de colocar a este niño.

—Caramba! señor cura, repuso alegremente José, cuya naturaleza franca tomaba fácilmente la delantera, es por eso que he venido por este lado. Me han dicho que el labrador Bruno tenia necesidad de un pastor i voy a preguntarle si me necesita, pues yo deseo colocarme ántes que mi madre sepa que el señor Jerónimo me ha despedido.

—Bien, José, eres un muchacho muy guapo, dijo Mr. Voizal i confio que Dios te protegerá. Anda donde el labrador Bruno i si no tiene ocupacion para tí, te vas a

Bonchemaine; yo estaré de vuelta en cuatro o cinco días, i me ocuparé de tí.

El pastor llegaba en ese momento a un camino que enfrentaba a la deseada granja i se despidió del cura, rogándole, que si llegaba a Bonchemaine ántes que él, contase a su madre cómo habian tenido lugar estos acontecimientos i que podia asegurarle que él no habia obrado mal.

Monsieur Voizal, estaba convencido de la impresion que esta escena habia producido en Federico, para creer necesario recordársela de nuevo, i solo aprobó la valerosa resignacion de José.

El resto del camino se hizo sin ningun incidente i la noche se aproximaba cuando nuestros fatigados viajeros llegaron a casa de Monsieur de Mauroy que los esperaba a la entrada de una avenida de hayas.

---

---

## Capítulo Noveno.

---

A la mañana siguiente de su llegada a la «Quinta», Federico i su prima se levantaron ántes que el sol; para ellos, como para todos los niños, una casa estraña que visitar, nuevos jardines que recorrer, fisonomías desconocidas que observar i nombres que aprender, les parecia el lado mas interesante del viaje. Principiaron su tarea con ardor para reconocer todos los rincones de la casa i sus dependencias.

Veian con pesar que su inspeccion estaba terminada cuando se encontraron con Monsieur Voizal i Mr. de Mauroy, mui ocupados en examinar un nuevo arado del que este último aseguraba haber obtenido las mas grandes ventajas.

Los dos niños sabian perfectamente que una de las razones que habia llevado a su tío a Rablay, era el deseo de examinar las mejoras que Mr. de Mauroy habia implantado en su granja modelo.

Con este motivo cada año hacia su visita a la Quinta. Partidario del verdadero progreso, Mr. Voizal tenia al mismo tiempo el sentido tan justo i recto, que creia mui natural que un pobre aldeano pudiese aprovechar anticipadamente de los descubrimientos de la ciencia, i que era un deber de los ricos estar al corriente de las nuevas invenciones i hacer sus experimentos por su cuenta i riesgo.

Mr. de Mauroy, que participaba de estas opiniones i que se ocupaba de la agricultura en cuerpo i alma, podia suministrar al cura los mas útiles conocimientos; i éste, con esa preciosa facultad de sacar partido de todo, encontraba siempre los medios de hacer aprovechar a

los de mediocre fortuna, lo que en un principio necesita grandes capitales.

Su visita anual a la granja modelo, era para él de gran importancia, porque desde ahí resultarían grandes beneficios para sus labradores.

Federico i Enriqueta sabían muy bien que nada podía distraer la atención de su tío cuando se preocupaba de ésto, i solo se le reñieron porque no encontraban qué hacer.

Enriqueta, sobre todo, no estaba halagada con gratas distracciones en un exámen agrícola. Habituada a no mirar la vida sino por el lado supérfluo, tenía miedo de lo sério i las miraba con disgusto. Desdeñaba toda ocupación práctica, como lo hacen los seres frívolos, no había pensado jamás que algo podía aprovechar de la conversacion de un obrero o de un labrador. No dudaba, sí, que el desarrollo de la inteligencia aumentase con el trabajo en tal o cual empleo, con tal que no se le dejase en la ociosidad.

Aprender era para ella empeñarse en dar cumplimiento al programa de sus clases i saber llevar en seguida el pintoresco traje de la ilustracion con los recortes mal hilvanados de la ciencia. No comprendía esa instrucción precisa i verdadera que Dios pone con profusion en el camino del niño aun del mas abandonado.

Cuando llegó a casa de Mme. Gamond, manifestaba su desprecio por lo que ella llamaba jente del pueblo i sobre todo por los destinos que ocupaban.

Las sábias lecciones de sus tíos i el espíritu de igualdad verdaderamente evangélica que profesaban, iba poco a poco estinguendo en ella ese despotismo para con los hombres, que en cuanto a las cosas, las miraba con la mas completa indiferencia.

Federico era activo i turbulento, consideraba los trabajos del campo como un medio de emplear la fuerza; su utilidad no la apreciaba en nada; era, en fin, a sus ojos, una diversion de que ningún provecho esperaba sacar.

Con gran admiracion suya los dos niños se dejaron ganar poco a poco por el entusiasmo que su tío experimentaba en estas cuestiones.

Como todas las almas verdaderamente anhelosas por el bien, Mr. Voizal hacia asociar a sus preocupaciones a los que le escuchaban. Jamás miraba las cosas sino como enviadas por Dios i siempre en provecho del bien o de la moralidad del hombre i sabia hacerlas amar como obras jenerales del universo.

Continuamente habia notado las falsas ideas de Federico i Enriqueta sobre la vida práctica, i se prometia en primera ocasion no omitir medio alguno para conjurar esa ignorancia.

Ayudado por Mr. Mauroy, que jamás hablaba sin entusiasmo sobre la agricultura, consiguó su objeto, i despues de responder a las diferentes preguntas de los niños, con su acostumbrada lucidez, declararon que debia ser una ocupacion encantadora dirigir una granja.

Federico decidió que, si no se recibia en la Escuela de Marina, se hacia agricultor i Enriqueta le prometió dirigir la lecheria i sus establos.

Los niños obtuvieron permiso para seguir a su tío i a Mr. Mauroy en las escursiones que debian hacer diariamente en distintas clases de explotaciones. Estos paseos, léjos de disminuir el ardor que sentian por la vida del campo, no hizo mas que aumentarlo.

Todo era para ellos de interés i solo el apetito les hacia regresar al castillo, cuando costeano el Leyon, precioso riachuelo que atraviesa la comuna de Rablay, llegaron al pié de una colina en que se alza una aldea de aspecto gracioso i animado.

El sendero que se divisa por ese lado era tan escabroso que parecia imposible su ascension.

—No es este lindo sendero el que Vd. ha denominado Escala de Jacob? dijo el cura a Mr. de Mauroy.

—Sí, respondió éste, i es el lugar mas pintoresco del pais; mire Vd. en lo mas alto de la cima, ese pequeño campanario que es como un guía para dirigir a los es-

traviados viajeros; luego, alrededor, todas esas casas esparcidas en los diferentes planteles de la verde colina, como primorosos nidos suspendidos en las ramas de un gigantesco cedro.

—Lo que mas me agrada en este paisaje, reposo el cura, son esas dos lindas casitas, situadas al pié de su *Escala de Jacob* i cuyas tierras se estienden hasta el rio. Al ver sus techos parecidos, sus ventanas de iguales dimensiones i sus murallas de sin par blancura, se diria que son dos hermanas gemelas, nacidas en el mismo dia i con sus trajes cortados de la misma tela. Por eso me gustan mas, pues me recuerdan la union de los hermanos Raimbault sus propietarios, que deben su prosperidad a vuestros saludables consejos.

—En efecto, dijo Mr. de Mauroy, esas dos casas se construyeron en la misma época hace tres o cuatro años por Esteban i Sinforiano Raimbault. Ningun disgusto los separaba entónces, el camino era franco entre las dos casas como el corazon de los dos hermanos. Cuando Vd. los vió hace un año, se encontraban en esas felices disposiciones; pero despues, la amistad se ha alterado i ahora se separan por todos los medios posibles. Vea Vd. esa hilera de sances que no existian el año anterior i que han plantado ahí como un primer cercado entre las dos casas. Esteban i Sinforiano han dejado de amarse, pues los corazones que se separan disgustados se agrian mas con el silencio.

—Así es nuestra pobre humanidad, dijo Mr. Voizal, ocupamos con reproches i recriminaciones el vacío que nos deja la afeccion en nuestra alma i a fuerza de quejarnos de los que tanto hemos amado, llegamos a creer que estamos en nuestro derecho de aborrecerles. ¿Pero cuál es la causa que ha podido turbar la paz entre estas buenas jentes?

—Contrariedades de poca importancia, aumentadas con habladurías; luego, algunos reproches mal dirigidos i peor interpretados. No faltó un árbitro que tentase una reconciliacion i entónces las disenciones dieron por re-

sultado un rompimiento definitivo. Para colmo de desgracia, la particion de unas tierras en que los hermanos no habian podido entenderse, los condujo ante el juez de paz; éste reglamentó los derechos de cada uno segun el testo de las leyes i los despachó aconsejándoles la concordia i los dos volvieron del tribunal mas irritados que ántes.

—Lo creo sin dificultad, pues no es la justicia, sino el amor el que puede nuir los corazones resentidos, continuó el cura; pero, no será posible tentar un arreglo entre estas buenas jentes?

—La imposibilidad de esta reconciliacion ha llegado a ser de pública notoriedad; yo mismo lo he tentado i he salido tan mal como los otros.

La llegada al castillo cortó esta conversacion entre el cura i Mr. de Mauroy.





---

## Capítulo Décimo.

---

A la mañana siguiente, Mr. Voizal, a quien la relacion de Mr. Manrey habia preocupado sobremanera, dejó el castillo muy temprano, acompañado de sus sobrinos i se dirigió a casa de los hermanos Raimbault. La víspera en la tarde, habia tomado algunos datos a los arrendatarios de la Quinta sobre la actual posicion de los hermanos i tenia su plan combinado.

Antiguas relaciones entre él i los dos hermanos, relaciones que él habia tratado de conservar en sus diferentes viajes a Rablay, daban a su visita toda la naturalidad, i la presencia de los niños impedía que se creyese que se trataba de algun negocio.

Primero fué donde Estéban; éste lo recibió como se le recibia en todas partes, el gorro en la mano i la sonrisa en los labios. Le presentó a los niños, que al reconocerlo levantaban hacia él sus cabeccitas rubias con miradas temerosas i tiernas.

El los acariciaba sonriéndose, les hacia algunos encargos i como Jesús, los llamaba a su lado, los besaba en la frente i decía: «dejadlos venir a mí.»

Luego, tomando al mayor de la mano, le dijo:

—Voi a pedirte un favor, Gustavo; el niño lo miró asustado. Vds. saben que mañana se inaugura la capilla de Mr. de Manroy, i te he elegido para la distribucion del pan bendito.

—Yó! exclamó el niño, que se puso rojo de alegría.

--Tú, anda muy temprano para darte mis instrucciones.

Gustavo, lleno de emocion, quiso dar las gracias, pero no pudo hacerlo, solo retorcia su gorro entre las manos i zapateaba de gusto. Esteban se encargó de dar los

agradecimientos por su hijo al señor cura.

Como éste manifestaba deseos de ver sus terrenos, el propietario no tuvo inconveniente; los examinó detenidamente, preguntando a Raimbault sus proyectos indicándole muchas mejoras de consideracion. Esteban estuvo de acuerdo en su utilidad, pero recordó su falta de dinero.

—Me bastaria un adelanto de cien luises, dijo, para anmentar el trabajo de mis tierras; desgraciadamente, las cosechas han sido malas, las ventas flojas i léjos de poder anmentarlas, trabajo me costará dar cumplimiento a los compromisos que tengo contraidos.

—Al ménos, Dios concede a Vd. la salud, dijo el cura; en eso es mas feliz que su hermano que languidece desde hace mas de un mes.

—Está mas enfermo? preguntó Esteban sorprendido.

—No lo sé; Mr. de Mauroy está inquieto por él. Temoque no vele lo suficiente por su salud, trabajando como de costumbre. La esperiencia, sin embargo, podria haberle hecho guardar sus precauciones, pues si no me equivoco, una imprudencia semejante ocasionó la muerte de vuestro padre.

—Eso es verdad, dijo Esteban algo conmovido, por qué Sinfioriano no consultará a algun médico?

—Así se lo aconseja Mr. de Mauroy; pero como aquí no hai ninguno, i él cree que su enfermedad es poca cosa, que no vale la pena hacer venir un doctor de la ciudad vecina, espera que pase alguno por casualidad o que algun otro lo haga venir. Desgraciadamente, ámbas cosas se hacen esperar largo tiempo i la enfermedad de Sinfioriano se agrava. Espero, sin embargo, que la juventud i su buena constitucion lo harán triunfar.

Hablando así el cura llegó a la puerta del jardin. Se despidió de Esteban i pasó a casa de su hermano.

Al entrar encontró a la pequeña Juanita, a la que anunció, que a la mañana siguiente ella distribuiria el pan bendito en la capilla.

Juanita no se sintió ménos orgullosa ni ménos feliz

que Gustavo i corrió a contarle a su padre el honor que le dispensaba el señor cura.

Sinforiano vino a darle los agradecimientos i él se informó de su salud con el mayor interés.

El labrador se sentia siempre mal; pero mucho ménos preocupado de su enfermedad que de una pequeña herencia que su mujer acababa de recibir.

Tenia necesidad de consultar al cura sobre el grado de confianza que debia tenerse en los diferentes bancos donde pensaba colocar el dinero.

El cura lo aconsejó que debia desagravar ante todo su fiuca, i ejecutar cambios ventajosísimos que él mismo le indicaba.

—Otro tanto he dicho a su hermano, añadió el sacerdote, i habria seguido mis consejos si no le hubiesen falta lo los recursos.

—En efecto, dijo Sinforiano; hace dos años a que está perdiendo en sus negocios.

—Temo que al fin llegue a la indijencia, añadió el cura, i a juzgar por las apariencias, la herencia que acabais de recibir le habria venido a él mejor que a Vd. Pero Dios obra segun su eterna sabiduría en tanto que nosotros juzgamos con nuestra igaorancia. Lo que ha sucedido es lo mas justo i lo mejor puesto que Él lo ha querido así

Quando se hubo ido el cura, Sinforiano se puso pensativo.

Su hermano carecia de dinero en tanto que él tenia una suma que no sabia que hacer de ella. Si en otro tiempo hubiese sucedido esto, él habria llevado la bolsa de cuero don le guardaba sus escudos i habria dicho a su hermano: «Toma todo lo que necesites i apunta en tu libro de cuentas».

Pero ahora esta oferta habria sido rechazada como una injuria o una limosna, lo que él no queria de ninguna manera.

Sin embargo, dejar sin recursos a Esteban, si verdaderamente estaba en la indijencia, era para él mui duro!

Aunque se hubiese estinguido todo cariño en el corazon de los dos hermanos, el honor de los Raimbault no podia ser indiferente para ver espuesto a la vista de todos la miseria de uno de ellos i dejarlo faltar a sus compromisos.

El corazon no es ménos ingenioso para buscar pretextos en los momentos de jenerosidad que en los arranques de cólera, i manteniendo sus resentimientos contra Estéban, Sinfioriano pasó toda la noche soñando encontrar los medios de serle útil.

Estéban, no estaba ménos preocupado acerca de la salud de su hermano, lo que era para él un motivo de reflexion. A fuerza de pensar en la enfermedad de Sinfioriano, concluyó por creer que fuese de peligro i se sobresaltó por los pocos cuidados que se le prodigaban.

Siempre Sinfioriano habia sido imprudente no tratando de cortar las enfermedades, las dejaba agravar i luego las aceptaba como un huésped muy difícil de despedirlo.

Antes era Estéban el que lo obligaba a tomar sus precauciones; era algo médico i en el pueblo se le consultaba sobre las fiebres, los sabañones i las bronquitis de los niños i fabricaba tisanas muy renombradas en toda la aldea. Sin embargo, esta instruccion medicinal la habia aprendido de un cuñado médico que todos los años pasaba una temporada en Rablay.

Estéban pensó que no era difícil escribirle para hacerle ir a la granja, donde veria a Sinfioriano i podia juzgar de su estado; pero cómo recibirian al doctor?

No creerian ver en esto una humillacion de su hermano para hacer las paces? Este pensamiento era para Estéban insoportable.

Así pasaron la noche ámbos hermanos, en incertidumbres i combates.

Despues de separarse de los Raimbault, Mr. Voizal, i sus acompañantes tomaron el camino del castillo.

Várias veces rodó la conversacion sobre las agradables casas que acababan de visitar i el perfecto orden que

en ellas se notaba.

Enriqueta, sobre todo, se admiraba de los buenos modales i de la jentileza de los niños, que decia: «tienen, casi todo ese aire de niños *comme il faut*.»

Su tío le preguntó sonriendo por qué empleaba la palabra *casi*, pues él encontraba a toda la familia muy bien educada, reuniendo todas las buenas cualidades de su posicion.

— Estas dos familias serian un modelo, repuso el cura, si la buena armonía que ántes las ligabapudiese restablecerse.

De vuelta al castillo, se prosiguió el exámen agrícola principiado la víspera. Despues de haber visitado los terrenos se ocuparon del interior de la granja.

En todas partes se notaba el mismo orden i los nuevos descubrimientos aplicados sin ningun entorpecimiento.

En cada nueva máquina que visitaban, los niños preguntaban su uso, i su tío no dejaba de satisfacerlos haciéndoles observar, que el fin de la ciencia agrícola, como en el de todas las industrias, se estimaba ménos por el aumento de la produccion, que por el aniquilamiento de fuerzas que se ahorra al físico del hombre, aprovechando sus ventajas.

Les añadía que la máquina no debia ser empleada sino donde los brazos trabajaban demasiado; pero que era peligroso por el bien i la moralidad del obrero, colocarla en lugar de su intelijencia, pues entónces el hombre dejeneraba en una rueda.

Este dia como los anteriores fué para los niños lleno de novedades i diversiones, i se admiraban de mas en mas al ver cómo la instruccion invita a observar un sin número de objetos en que ántes no se habian fijado.

A la mañana siguiente, Gustavo i Juanita, los hijos de los hermanos Raimbault, despertaron al despuntar el dia, preocupados únicamente de la ceremonia en que ellos debian ser los héroes.

Se vistieron con sus mejores trajes i se fueron a la

capilla del castillo con sus familias que debían ocupar en ese día los escaños de honor cerca del altar.

Estéban i Sinforiano tenían cuidado de colocarse en la iglesia a alguna distancia; así es que se sorprendieron sobremanera cuando se encontraron en primera línea.

Cada uno de ellos se ruborizó i dieron un paso atrás para retirarse; pero un sentimiento igual los contuvo.

—Mi hermano está enfermo! pensó Estéban.

—Mi hermano está en la indijencia! pensó Sinforiano.

I ámbos se sentaron juntos.

Entre tanto, Gustavo i Juanita, que apénas se habían visto despues de la discordia de las dos familias, se encontraban arrodillados el uno al lado del otro i cambiaban mui quedo algunas palabras i sonrisas.

Los Raimbault, hacian toda clase de esfuerzos para no mirarse, pero sus ojos se encontraban a cada instante en sus hijos; era como un terreno neutral colocado entre ellos, una especie de anillo vivo por el que se aproximaban insensiblemente.

Los dos, estaban ademas preparados para la emocion.

Con cada movimiento i cada sonrisa de Gustavo i Juanita, se disipaba un algo el rencor de sus corazones.

Hasta entónces los habia retenido un falso pudor, la naturaleza era mas fuerte.

Luego, cada uno de ellos se miró disimuladamente.

—Qué triste lo encuentro! pensó Sinforiano.

—Cuánto parece sufrir! pensó Estéban.

I al hacer estas reflexiones se miraron de nuevo.

En este momento Mr. Voizal subia al púlpito i principiaba su sermón.

Fué corto como de costumbre, pues el cura opinaba que los discursos largos no son jeneralmente los que mas impresionan, i ántes de concluir, señaló a los asistentes a Gustavo i Juanita que entre los dos sostenian un gran canasto lleno de pan bendito.

—Todos Vds. saben, les dijo, que fué un abuelo de Mr. de Mauroy, quien al morir estableció con un legado,

el uso de esta distribucion en la capilla. El queria, sin duda, daros en esta ceremonia el símbolo con que los primeros cristianos se animaban a vivir en una vida comun amándose como hermanos. Cuando esos dos niños recorran la iglesia presentándoos su canasto, i repitiendo, segun los deseos del testador: *Paz i union entre los vecinos*, cada uno de Vds. haga un exámen de su conciencia, i cuando sus manos avancen para tomar la parte del pan comun, que sea para sus enemigos un emblema de olvido i perdon.

A estas palabras el cura bajó del púlpito en tanto que Gustavo i Juanita principiaban su distribucion.

Despues de haber hecho su ofrenda a los habitantes del castillo, se detuvieron ante el escaño ocupado por las dos familias.

«Paz i union entre los vecinos» repitieron los niños presentándoos su canasto.

Los dos hermanos parecian turbados, pero levantaron los ojos; Sinforiano vió la tristeza de Estéban, éste la de Sinforiano.

Ambos se conmovieron.

«Paz i union entre los vecinos» repitieron a media voz i tomaron el pan bendito.

Concluidos los oficios, todas las familias salieron, los dos hermanos parecian confusos i avergonzados i llegaron al patio del castillo,

—Acabamos de hacer una promesa delante de Dios, dijo Sinforiano, con los ojos bajos i por mi parte deseo cumplirla.

—Yo lo deseo tanto como tú, respondió Estéban, i en prueba de ello, te ruego que permitas a los niños ir a comer con los míos el domingo próximo en mi casa.

—Con mucho gusto, Estéban.

—Ojalá que pudieses acompañarlos, pues espero a mi cuñado el doctor, el que puede darte algunos buenos consejos.

—Acepto, Estéban, pero con la condicion de que tú te encargarás de colocarme en seguridad esos cien luises

que acabo de recibir en herencia i de los que no sé qué hacer.

A estas palabras, Estéban levantó la cabeza como movido por un resorte i sus miradas se encontraron con las de su hermano.

—Ah! el cura de Bonchemaine te ha dicho que yo estaba atrasado! exclamó.

—I a tí, que yo tenia necesidad de un médico! respondió Sinforiano.

Los dos exalaron un ¡ah! de dulce sorpresa i abrieron los brazos al mismo tiempo.

*Paz i union entre los vecinos*, murmuró una voz al lado de ellos.

Estéban i Sinforiano saludaron; era el cura que pasaba sonriéndose, acompañado de sus sobrinos i de Mr. de Mauroy.

—Sabe Vd., mi querido cura, dijo Mr. de Mauroy al entrar al salon, que Vd. ha inaugurado mi capilla con un milagro, operado en la reconciliacion de los hermanos Raimbault, que todos la creian imposible?

—Es decir, todos los que la habian intentado, dijo el cura sonriéndose.

—En fin, como se lo decia ayer, el maestro de escuela les ha hablado inútilmente en latin. El labrador Rouilla se ha embriagado tres veces tratando de hacerlos beber una copa; la señora Blandin, ella misma habia reunido a las dos esposas Raimbault con el pretexto de que les iba enseñar su secreto para preparar unos ricos quesos i no pudo decidir las a que se abrazasen; i por mi parte, he empleado inútilmente mis mejores razonamientos.

—Es que sin duda, ninguno de Vds. se ha acordado repuso el cura, que las reconciliaciones necesitan su misterio i que mas bien se consiguen por las impresiones que por razonamientos. Para aproximarse las almas separadas, no solo es menester empujar una a la otra, sino prepararle secretamente una emocion comun que sea para ellas como un lugar de cita.

Una gran comida, dada con motivo de la bendición de la capilla, la última tarde que los niños pasaron en la Quinta, fué triste, comparada con la mañana i los días precedentes.

Como debian salir mui de madrugada para volver a casa de Mme. Gamond, se retiraron temprano a sus dormitorios.

Despues de haber trazado en su memorial los acontecimientos del día, añadieron a la conclusion:

«Cuando tú no quieras a alguno, piensa que talvez esa persona sufre sin que tú lo sepas; i no tendrás valor para aborrecerlo».





## Capítulo Undécimo.

---

Los negocios de Mr. de Mauroy lo llamaban a Angers, el mismo día de la salida de nuestros viajeros i les ofreció lugar en su cabriolé hasta el Puente de Cé. No se despidieron sino despues de haber atravesado el Loira.

Ahí Mr. de Mauroy recibió nuevamente los agradecimientos de sus huéspedes por sus amables atenciones i la promesa de Mr. Voizal de no faltar el año próximo a su acostumbrada visita.

Una vez solos con su tío, los niños principiaron a recordar todos los acontecimientos del viaje.

Sentian no haber podido detenerse en el huertecito de la señora Carmona, para saber como estaba la pobre mujer; se pasó revista a las ingeniosas maquinarias de la granja modelo; se habló detenidamente de los hermanos Raimbault, de su reconciliacion que se esperaba fuese duradera, i del gozo que se experimenta apaciguando el rencor de que se apoderan las buenas almas.

Mr. Voizal veia con placer que Henriqueta i Federico se preocupaban vivamente de lo que habían visto, i él mismo trataba de avivarles esos recuerdos, pues estaba persuadido de que las lecciones verdaderamente fructíferas no son las que el hombre prepara con sus pobres recursos, sino las que están encerradas por Dios en los acontecimientos de la vida.

Gracias a los excelentes caballos de Mr. Mauroy nuestros viajeros habian hecho cerca de tres cuartos del camino en ménos de dos horas.

Como habian salido mui temprano, podian llegar Bonchemaine al medio día, en lugar de llegar en la tarde, que era la hora en que los esperaba Mme. Gamond.

Los niños se regocijaban de antemano pensando en la sorpresa que iba a experimentar al verlos.

—Llamaremos mui quedito, para que ella no se imagine que somos nosotros.

—Con tal que Margarita no se ponga a gritar en cuanto nos vea, como tiene de costumbre, dijo su primo.

—Le haremos señas de que se calle, dijo Enriqueta, i avanzaremos en la punta de los piés hasta la puerta del salon, donde daremos un golpecito, como cualquier extraño.

—¡Eso es! exclamó Federico. No cree Vd. oír, querido tío, el grito de júbilo que va a lanzar mamá?

—Lo difícil será sorprenderla, dijo el cura, pues Vds. saben que siempre nos vé i nos oye desde mui léjos: i es de temer que si nos espera en la tarde, desde la mañana esté en observacion hácia el camino.

A pesar de los malos augurios del cura, se prometieron tomar todas las precauciones posibles para no ser apercibidos. Se calculó además, que si el bote para pasar el rio no estaba del lado del campo de César, se contentarian llamando con señas o esperarían otro viajero, a fin de no gritar i ser reconocidos por la voz.

Sin embargo, desde que estuvieron cerca de la ribera para distinguir las casas de la aldea, Enriqueta notó que se veía una persona en la ventana de Francisca. Después de discutir quien podía ser, tuvieron que resignarse a confesar que reconocían la gorra de Mme. Gamond.

—Pero habitualmente a esta hora lee o trabaja en su cuarto, dijo Federico.

—Es verdad, pero esta pieza da al frente del camino real, dijo el cura, i tu madre no tenía ningun motivo para permanecer en ella hoy dia.

Al instante, la persona sentada ante la ventana levantó la cabeza, puso su mano ante los ojos como para dar a su vista mayor intensidad, i dejó la pieza súbitamente lo que no dejó lugar a duda alguna.

En efecto, cuando nuestros viajeros, después de haber atravesado el Maine, saltaron de la pequeña embarca-

cion, se encontraron en los brazos de Mme. Gamond, que corrió fuera de sí para salir a recibirlos.

—Qué bien habeis hecho, exclamó, regalándome algunas horas! creia tener una provision de valor para cinco dias mortales, pero se me ha concluido mas pronto de lo que pensaba.

—Querida Maria, dijo el cura, consentiste en pasar tristes horas de soledad por el divertimento de tus niños; alégrate, entónces, pues te los vuelvo muy contentos i traen que contarte para largo tiempo.

—Repetidme que esta ausencia, que me ha sido tan penosa, la habeis aprovechado todos, respondió Mme. Gamond, pues en verdad que la ausencia seria muy triste si el placer de los ausentes no indemnizara de su soledad a los que quedan. Decidme todo lo que habeis hecho, contadme todo lo que habeis visto.

Principiaron las confidencias, todos querian contar a un tiempo i estas mezclas ocasionaban una encantadora confusion.

Contaban que habian hecho un verdadero curso de agricultura i que se encontraban capaces de dirigir una granja. Enriqueta aseguraba que ella sabia ahora a este respecto, tanto como su tia.

—Estoi tentada por creer en tus disposiciones, mi querida niña, dijo Mme. Gamond, pues vuelves a mi lado quemada como un campesina.

—Entre otros elojios, debo decirte, añadió el cura, que Enriqueta ni se ha apercibido de que el sol, en la quinta, quemaba su tez.

—El sacrificio me costaba poco i me reportaba grandes beneficios, repuso alegremente Enriqueta i lo hacia de todo corazon.

Llegados a la casa, se pusieron a recorrerla; querian tomar posesion del rinconcito mas insignificante i dar a todos los buenos dias. Hicieron una larga visita a Francisca que tuvo su buena parte en los relatos referentes al viaje, los que la encantaban. Buscaron los juegos, los libros, donde tenían costumbre de dejarlos, hicieron un

escrutinio en los cajones i cajas de trabajo

Enriqueta se sentó al piano para asegurarse que no habia perdido sus acordes. Federico corrió a su jardin a contar las flores marchitas en su ausencia i ver si las peras estarian luego en estado de tomarlas.

En fin, era la alegría del regreso despues de las experimentadas durante el viaje.

Consideraba cada cosa con el doble interés de la novedad i del hábito i las acariciaban como antiguas amigas que se vuelven a encontrar.

—¿Qué bien estamos aquí! exclamaron a una voz Enriqueta i Federico; nada nos falta!

—¿Cómo! añadió Mme. Gamond, sonriendo, despues de dejar un castillo es cuando Vds. se aperciben de las comodidades de la humilde casa? ¿Qué les faltaba allá?

—Oh! muchas cosas, cuya ausencia nó se notaba estando allá, dijo Federico, pues en verdad me he divertido mucho.

—I yo tambien, repuso Enriqueta, i sin embargo, ahora veo todo lo que me faltaba.

—Puede ser, los lugares desconocidos como los semejantes estraños, dijo Mme. Gamond, aburren; nno no sabe cómo tratarlos i una vez experimentado ese placer del exámen que se tiene por lo desconocido, nno se reciente de no encontrar su lugar en ninguna parte. Nuestra vista tiene, por decirlo así, las mismas exigencias que nuestro corazon i para amar las cosas es preciso haber vivido con ellas, saber donde tomarlas i que nos traigan algun recuerdo. En casa de Mr. de Mauroy, todo era estraño a nuestros sentidos, aun el bullicio no os traía ningún recuerdo ni os anunciaba la llegada de ningún ser querido.

—Es verdad, dijo Enriqueta, lo que hacíamos era ir de una linda habitación a otra mas elegante, pero jamas encontrábamos una persona a quien contarle lo que habíamos visto. No estábamos como aquí, querida tia, que siempre estamos seguros de encontrarla para contarle todo.

—En el castillo no podrian Vds. tenerme tan a la mano como en esta pequeña casa, mis queridos niños, i habríamos tenido que renunciar a la intimidad que nos hace tan felices.

Una circunstancia habia anmentado para nuestros viajeros el placer del regreso.

Mme. Gamond quiso prepararles una sorpresa i aprovechando su ausencia hizo renovar la pieza de estudio.

Un lindísimo papel claro habia reemplazado en las murallas a una pintura antigua que representaba un paisaje sin perspectiva a la moda china, en el que las diferentes combinaciones se sobreponian como peldaños de escala i se veia todo mezclado, un rozal i una cadena. Las cortinas de sarga verde que no garantizaban del ardor del sol, aunque impedian toda claridad, se reemplazaron por cortinas de percal blanco que dejaba penetrar la luz hasta los rincones de la pieza. Dos lindas cajas de nogal estaban colocadas delante de las ventanas: rayos unidos de la misma madera con puertas de alóe, formaban dos pequeñas bibliotecas en las que Federico i Enriqueta tuvieron el placer de arreglar ellos mismos sus libros; en fin, para completar el amoblado, delante de cada cajon se encontraba una silla tapizada, obra de Mme. Gamond hecha a escondidas en las largas noches de invierno.

Las exclamaciones de júbilo no cesaban en esta encantadora habitacion. Se decian que era imposible no estudiar con el mayor empeño en tan lindo gabinete de trabajo.

Apesar de las buenas disposiciones de los niños, Mme. Gamond declaró que solo desde el dia subsiguiente podrian instalarse, porque aun se sentia un poco de olor a pintura.

Uno de los primeros cuidados de Federico al volver a casa de su madre, fué informarse de José; pues su arrepentimiento era sincero i comprendia que su imprudencia le habia hecho contraer una obligacion para con el pobre muchacho.

Supo que habia llegado a Bouchemaine al día siguiente que él partió.

Mme. Gamond ignoraba completamente la participacion de su hijo en la despedida de este niño, que se contentó con decir que el señor cura, a su vuelta, explicaria lo que habia pasado.

Fué de boca de su mismo hijo que Mme. Gamond supo estos acontecimientos. Despues de haber confesado su falta con toda sinceridad, sin buscar falsas escusas, añadió Federico con tono firme, que comprendia que su honor estaba obligado en que José encontrase una buena colocacion i que hasta entónces, estaba resuelto a protegerlo aunque para ello fuese menester gastar todas sus pequeñas economías.

—Creo inútil reprenderte por tu ligereza, le dijo dulcemente su madre, cuando hubo espresa lo su resolcion; la firmeza con que te decides a reparar una falta, me es casi una garantía de que tú sabrás evitar otras. Solo se persiste en los defectos, cuando por negligencia no se calculan las consecuencias. Pero cuando uno las confiesa con franqueza i no retrocede ante los deberes que impone, seria mui raro esponerse de nuevo a las molestias de la reparacion. Comprendo, que aunque tu resolcion con respecto a José no fuese mas que por justicia, es mui bien hecho, porque es una leccion que te impones tú mismo. Veremos lo mas pronto posible lo que podemos hacer por este niño; en la comida hablaremos de esto a tu tío

—Me permite, mamá, ir esta tarde a verlo? dijo Federico.

—No lo encontrarías, hijo mio, José es un niño lleno de actividad, no se parece en nada a esa jente que pone su pereza al abrigo de su pretendida ignorancia, i que se cruzan de brazos ante cada nueva necesidad diciendo: «No me han enseñado a hacer eso.» Jamás rehusa el trabajo. A la mañana siguiente de su llegada, supo que Besnard, el herrero de la Punta, necesitaba un aprendiz para el fuelle de la fragua i fué a ofrecerse al mo-

mento. Besnard lo ha contratado por la comida hasta nuevo orden, i José ha aceptado gustosísimo, por no tener, decia él, que satisfacer su apetito a costillas de su madre. Esta es la única ocasion, desde la muerte de su padre, que deja de socorrer a la pobre viuda i tú debes reemplazarle.

En la comida Mme. Gamond preguntó a su hermano cuál era opinion respecto a una colocacion para José. Mr. Voizal, que habia hecho ya sus indagaciones, respondió que un campesino que vivia cerca de Epiré necesitaba un pastor, i que tenia el proyecto, aunque no lo conocia personalmente, de ir a verlo a la mañana siguiente.

La herreria de Besnard se encontraba precisamente en esta misma direccion, i los niños pidieron permiso de acompañar a su tío para ver a José.

Como la prudencia de Mme. Gamond les habia dado el dia en libertad, con tal que no ocuparan su linda habitacion, podian aprovechar la mañana i el cura consintió en llevarlos consigo. Aun mas, la señora prometió ser de la partida, con gran satisfaccion de los niños que estaban poco acostumbrados al placer de tenerla por compañera en sus escursiones.

A la mañana siguiente se desayunaron de prisa i mui temprano, a fin de poder estar de vuelta ántes del gran calor, que era lo que mas fatigaba a Mme. Gamond i se dirijieron hácia la Punta.

La fragua de Besnard se encontraba situada al otro extremo de esa linda aldea i Mme. Gamond llegó mui cansada a pesar de las precanciones que los niños tomaron de andar mui despacio.

--Es imposible, mi querida Maria, que tú puedas llegar a la granja donde tengo que ir, dijo el cura, pues aun queda un trayecto bastante largo; quédate con Enriqueta i Federico en casa de Besnard, tardaré una hora a lo sumo en estar de vuelta, i en ese tiempo pueden ver a José.

Mr. Voizal continuó solo su camino hasta Epiré, en

tanto que su hermana i los niños quedaron en casa del herrero.

Un hombre de buena presencia i cuyo traje bien forrado segun la expresion usual, daba a conocer que era un labrador rico, llegó al mismo tiempo que ellos conduciendo su caballo por la brida.

—Mire, dijo al herrero, aquí tiene Vd. una bestia que escoje para desherrarse, los dias en que mas necesidad tengo de ella. En cuánto tiempo puede Vd. herrarla?

—Vd. sabe bien, señor Ricon, que los que llegan primero son servidos con preferencia, respondió Besnard, tanto sucede con las bestias como con las jentes, i ahí tiene Vd. dos caballos que han llegado ántes que el suyo.

—Eso quiere decir que Vd. me dará lugar al calor de su fuego por dos largas horas.

—A sus órdenes, señor Ricon, añadió el herrero.

—Gracias: viendo la hora i el tiempo bueno, prefiero sentarme en la puerta, en vuestro banco, si la señora, dijo, volviéndose a Mme. Gamond, que ya estaba sentada, quisiera escusarme de esta libertad.

—Oh! de muy buena gana, dijo Mme. Gamond estrechándose i con un tono muy amable: Vd. vé que hai demasiado lugar para los dos.

Durante esta conversacion, Federico se habia adelantado hasta la tienda para ver si divisaba a José en la fragna, pero con gran disgusto suyo no lo encontró. Se volvió donde su madre que decia a Besnard:

—Creia encontrar en su casa a José Béchu.

—Oh! ese es uno de tantos, respondió el herrero con acento de mal humor; siempre está listo cuando no se le necesita.

Mme. Gamond se sorprendió con esta respuesta i le aseguró que ella conocia a José desde hacia largo tiempo i siempre lo habia visto exacto en el cumplimiento de su deber.

—Es verdad, repuso Besnard, que durante tres dias ha trabajado con gran empeño en sus tareas i solo desde

ayer tarde se le ocurrió ir a correr el mundo. Me prometió estar de vuelta al despuntar el día para abrir la tienda. Promesas al viento! Han pasado ocho horas i nadie para hacer funcionar el fuelle i tendré que multiplicarme, pues será necesario que yo haga el trabajo de los dos.

—Pero ¿por qué se fué ayer tarde?

—Por qué? continuó Besnard, levantando las espaldas con aire de lástima, porque es un imbécil, que quiere inmiscuirse en asuntos ajenos i que se pone a correr tras de los ladrones como si no fuese para eso que se paga a los jendarmes. En cuanto a mí, soi de opinion de que en cuestion de negocios, es preciso ocuparse de los propios i dejar a cada uno cuidar de lo que le pertenesce.

—Pero ¿por qué circunstancias ha ido José tras de los ladrones?

Besnard, siempre trabajando, contó que la víspera, un hombre de mala catadura se habia presentado en su casa, solicitando le herraran su caballo. José, al ver la bestia, creyó reconocer el de su antiguo patron i aproximándose concluyó por decir al forastero:

—Hola! ese caballo que Vd. tiene ahí es el Negro del señor Jerónimo.

—Quién ha dicho eso? le respondió con tono brutal; desde cuándo los caballos llevan su nombre entre las dos orejas?

—Sí! no solo entre las dos orejas, llevan las bestias escrito su nombre, respondió José, sino desde la cabeza hasta la cola: no hai otro caballo que se le asemeje, lo colozco mui bien, he vivido largo tiempo con él i es como de mi familia. Lo que mas me admira, es que el señor Jerónimo lo haya vendido, pues él decia siempre, que preferiria perder su mujer i nó su caballo i que no lo venderia ni aunque le dieran su peso en escudos.

El extranjero pareció turbado con las habladurias del muchacho, continuó Bernard, i yo tambien principié a sospechar de él i a interrogarlo; pero el pillo se enredaba mas a cada momento en sus contestaciones i al

fin, queriendo concluir, montó apresuradamente en su caballo i se avalanzó hácia el lado del camino de Nantes, donde debe haber llegado al presente, si corrió tanto todo el camino. Como nada me importaba esto a mí, pues aún no le habia herrado el caballo, lo dejé ir tranquilamente; pero José no ha visto las cosas con la misma calma, i sostuvo que el caballo era de su antiguo amo i que a toda costa queria ir a avisarle. Le hice notar que no creyera que yo le pagaba durante el tiempo que demoraria en su visita a distancia de dos leguas. Solo iré cuando Vd. cierre la tienda, señor, me dijo, i estaré de vuelta al aclarar para abrirla. No es mui léjos para ir i volver al puente de Cé, sobre todo habiendo luna; i ademas, no puedo estar tranquilo cuando pienso que le roban a un hombre pudiendo yo evitarlo i que ese mismo hombre me ha dado pan durante largo tiempo.

En fin, añadió Besnard, como el niño no me debe mas que un medio dia, i que él puede emplear la noche como quiera, lo he dejado ir, diciéndole, sin embargo, que era un simple; pero el simple era yo, pues mientras él vela por los intereses del tal Jerónimo los míos van al revés.

Largo tiempo tardó el herrero en concluir este relato, interrumpido con las idas i venidas que hacia desde la vigornia al caballo.

Mme. Gamond trató de defender a José, diciéndole que su accion era de hombre honrado; pero él insistia en sus ideas i en que no habia mas para él que su fragna i que no exijia a sus aprendices, mas, que mover bien el fuelle.

Mme. Gamond se puso a conversar con su hijo, que se manifestaba mui impresionado de la conducta del muchacho Béchu, i se admiraba de que pudiesen vituperarlo.

—Eso lo verás en mas de una ocasion en tu vida, le dijo su madre, el sentimiento del egoismo hace dar una falsa idea del bien i del mal. Nosotros aplandimos esta accion porque comprendemos su mérito, pero al egois-

ta no le es permitido ver ni oír sino sus propios intereses i siempre tratará de tonto al que obre calculando el bien para los demás i que no le redunde en propio beneficio. La acción de José, que no puede darle otro resultado que la fatiga, la considerará como una locura aquel que en todos los acontecimientos solo mira la ventaja personal. Pero lo que mas admiro en este niño, es ese natural sencillo i recto de que nadie puede hacerlo desviarse por mas que traten de conseguirlo. Otros muchos en su lugar habrían cedido a las falsas razones que le oponían; otros se habrían acordado de las injusticias de que fué víctima i habrían tenido un motivo de venganza; pero lejos de eso, este honrado niño, vió que debía obrar así i nadie pudo impedirselo.

—Mire, tía, exclamó Enriqueta, señalando a un individuo que iba a todo correr en dirección de la herrería, ¿no es nuestro pastorcito?

Era José, en efecto, e instantes después llegaba a la tienda casi sin respiración.

Antes que tuviera tiempo de saludar a Mme. Gamond, el herrero le había dirigido una larga lista de reproches.

—I sin embargo no he perdido el tiempo, le dijo José, no he descansado un minuto desde el puente de Cé, casi tiene la culpa el pastor Simon, que no quiso dejarme venir sin desayunarme.

—Cómo, holgazán, repuso Besnard, de más en más irritado, te jactas aun de haber andado haciendo visitas a los vecinos?

—Escúsame, señor, no ha sido por divertirme que he estado donde Simon, es que..., continuó José algo turbado, el tiro del fusil lo recordó i me llevó a su casa para curarme.

—¿Cómo! un tiro de fusil! una herida! repuso con viveza Mme. Gamond; ¿qué quieres decir, hijo mío?

—Oh! no es nada, señora, es la mano izquierda i eso no me impedirá mover el fuelle hasta que encuentre un plaza de pastor, dijo José sacando su mano de debajo su gabán i mostrándola aún fajada.

—Pero en fin, que te ha sucedido, pobre niño?

—No es gran cosa, señora, Vds. saben que el señor Jerónimo es mui bellaco, yo fui ayer para avisarle que le habian robado su caballo.

—Lo sabemos.

—Era mui tarde cuando llegné a Encina Verde, la luna estaba ya mui alta i todos dormian hacia largo tiempo en la granja. Entónces me fui por el lado del establo i grité a Guillermo el cuidador que duerme en el granero al lado del camino. Guillermo no me oyó, pero el señor Jerónimo, que siempre tiene el oido listo, abrió la ventana i creyéndome un ladron, me gritó que me fuese al momento si no queria que me diese un balazo. Creí que lo hacia por asustarme i quise hacerle entender lo que sucedia, diciéndole que venia avisarle que yo sabia donde estaba su caballo. Lo que me oyó hablar, montó en cólera, me llamó bribon i el tiro salió a la vez con las palabras. Tuve suerte, sin embargo, pues aunque el fusil solo estaba cargado con municiones, pudo herirme en la cabeza o en la cara i solo me tocó en la mano. Aunque era poco, me dolia horriblemente i no sabia qué hacer, cuando Simón, que habia oido el tiro, fué a ver lo que sucedia. Le conté todo i me llevó a su casa, donde me hizo la primera curacion i me vendó el pobre hombre con un lienso mui fino.

Apénas concluia José su relato, cuando Besnard dió una gran carcajada.

—Imbécil, tres veces imbécil, le dijo, no te decia yo que no fueras! es una buena leccion que espero te aprovechará.

—Al contrario, dijo Mine. Gamond, espero que José no se desanimará tan fácilmente i que obrará bien a pesar de todo; pues él sabe que el bien no se hace por esperar recompensa.

—Por eso nó, dijo José; me daba pena ver que robaran al señor Jerónimo; pero todos no son testarudos como él i pueda ser que otra vez me escuchen, i esto no me impedirá gritar ¡Alerta! a aquel a quien van a ofender.

—I bien! entónces puedes renunciar a hacer fortuna, pobre bobo, repuso el herrero i conténtate con un lugar en el paraíso despues de tus días; eso es todo lo que ganarás.

—Pueda ser que gane tambien una buena colocacion en este mundo, replicó el señor Ricon, que habia escuchado en silencio el relato de José con sensibles mueras de interés. Cuánto ganabas donde tu antiguo patron, valiente niño, continuó volviéndose a José.

—Dos camisas, dos pares de zapatones i diez buenos escudos por año, respondió, era un gran sueldo, mire, i bien quisiera tenerlo de nuevo.

—Te tomo a mi servicio i doblo el sueldo, dijo el caballero.

—Veinte escudos! replicó José sorprendido, eso no es posible, lo que el señor dice es por reirse de mí.

—Lo digo de veras, repuso Ricon, no hai con que pagar una honradez como la tuya. Mis ganados estarán en seguridad bajo tu cuidado i estoi cierto de que los defenderás hasta del mismo lobo, ántes que dejarlos perderse.

—Es por el incidente de mi mano que Vd. dice eso? repuso José. Dios mio! Maese Jerónimo me ha hecho un gran servicio con el tiro de su fusil! que contenta va estar mi madre! ganar 20 escudos i bastantes camisas para repartirlas con mis hermanos!

—Vd. da mui linda idea a este muchacho, dijo el herrero. Va a creer ahora que, cuidando los intereses de los demas, cumple sus deberes, i eso es una bobería, pues yo tengo razon al decir, que no se puede servir a dos amos a la vez.

—Vd. se equivoca, dijo Mr. Voizel que habia llegado al fin de la escena i al cual algunas palabras de su hermana habia bastado para ponerla al corriente de lo que pasaba; Vd. se engaña, maestro Bernard, pues si ante todo, debemos hacer el bien por un deber, es un error pensar que nos perjudicamos siempre por un acto de desprendimiento. Hai en el fondo del corazón, hermano, bastante justicia, bastante amor al bien para poder de-

jar de verse atraído hácia el que lo cumple. Acabo de hacer una larga escursion para colocar a este niño; ¡bien! lo que mis recomendaciones no habrian podido obtener si no a la larga su buena accion la ha hecho al instante. Me alegro, dijo Mr. Voizal, volviéndose al propietario, que mi viaje haya sido perdido ¡que la ausencia de Ricou me haya impedido haberlo colocado; pues estoi convencido de que José no podia encontrar mejor patron que el que se decide a la vista de tales garantías.

—Vd. viene de la granja de Ricou, repuso el labrador sonriéndose, entónces es a mí a quien Vd. buscaba. Creo, en verdad, que Dios ha puesto mano en todo esto, ¡que ha permitido se deshierre mi caballo para hacerme encontrar a este valiente niño. A juzgar por lo que veo, es vuestro protegido, señor rector. Si Vd. me permite lo llevaré a Bouchemain de donde creo que es, para cerrar el contrato con su madre ¡esta tarde cuando vuelva de Angeres, me lo llevo a Epiré.

—I si Vd. quiere tomar el paso de su cabalgadura, repuso el cura, haremos juntos el viaje.

—Con mucho gusto, añadió Ricou, tiempo tengo para hacerlo galopar mas tarde, ¡como es un animal mui manso, ¡que la señora parece estar fatigada, añadió dirijiéndose a Mme. Gamond, si quisiera montar, creo que iria perfectamente.

Mme. Gamond, aceptó la proposicion del labrador todos emprendieron alegremente el camino de Bouchemaine.

---

---

## Capítulo Duodécimo.

---

La recompensa que José había obtenido por su buena accion, mostrándole a Federico que el bien encuentra tambien sus admiradores entre los hombres, había quitado a éste un gran peso del corazon; pues, a pesar de su premeditada resolucion de indemnizar al jóven Béchu de la pérdida de su destino, comprendia que no solo le había privado de su sueldo por su lijereza, sino que tambien había herido su reputacion.

Tuvo por algunos dias ese ardor por el trabajo que da un gran alivio al corazon. Además su salon de estudio, como él decia, era tan encantador que la aplicacion venia sola.

Pero poco a poco ese celo fué decayendo i le sucedió lo que a toda imajinacion turbulenta; hechó de ménos el descanso, i despues de haber estado orgulloso de su nueva habitacion, no supo como aumentar sus comodidades, ni como arreglar a esos objetos, con los atractivos que dan mas interés por ser obras en que uno toma parte. Una vez colocados sus cuadernos en el escritorio i sus libros en la biblioteca, no encontraba otra cosa que hacer que desarreglarlos, i el fastidio para el trabajo principiaba por la dificultad de encontrar los objeto.

Enriqueta, al contrario, se complacia de mas en mas en su linda habitacion, tan diferente de las salas de estudio del colejio; se encontraba satisfecha en sus instintos de comodidad i elegancia; perfeccionaba todo, se proporcionaba la comodidad donde le hacia falta; pero fiel a la naturaleza que había demostrado desde un principio, todos esos adelantos eran solo en su propio provecho i su primo no gozaba de tales beneficios.

Jamás daba a sus ocupaciones la atencion del despren-

dimiento, i poco a poco, se debilitaron las sanas ideas que su tío habia tratado de inculcarle; llegó a encontrar muy fastidiosos los cuidados domésticos i a no someterse a ellos sino por obediencia.

Su tía que, como toda persona de corazón e inteligencia, encontraba un encanto infinito en todos esos detalles domésticos que constituyen el bien de los demás, trataba en vano de hacerle comprender que las ocupaciones toman el carácter poético que se les quiere dar, i que todo lo que se hace en beneficio de las personas queridas no tienen nada de vulgar.

Un día que nuestros dos niños habian pasado el recreo de la mañana cada uno según sus gustos: Federico tirando al arco a orilla de la ribera, Enriqueta trabajando una delicada tapicería para los pies de su escritorio, llegó la hora que las llamaban al salón a recibir las órdenes de sus parientes para el trabajo del resto del día.

Encontraron a Mr. Voizal i su hermana ocupados en el arreglo de cuentas de esta última; uno de los inquilinos retardado en el pago, habia hecho advertir que vendría a pagar en la mañana.

El cura advirtió a Federico lo que tenia que traducir de sus libros latinos, i le recordó que tanto él como su prima debia traerle al medio día una composición en frances.

—No te olvides, Enriqueta, dijo Mme. Gamond, que entre tus deberes para tu tío i para mí, tienes que revisar la última ropa que trajo la lavandera.

Recibidas estas recomendaciones, Enriqueta i Federico recogieron algunos objetos que habian dejado olvidados en el salón, i principiaron a cambiar sus reflexiones, en tanto que Mme. Gamond i su hermano continuaron haciendo sus arreglos.

—Tan contenta que estaba yo trabajando en la guarda de mi tapicería, dijo Enriqueta, i esperaba concluir la hoy. Es por demás fastidioso dejar ese lindo trabajo para hacer las veces de mayordoma.

—Por qué? repuso Federico; no es mucho mas diverti-

do componer la ropa, que hacer una tira de tapiceria que no será nunca mas cómoda que una estera?

—Una estera, repuso Enriqueta, se tira a la puerta de la cocina; pero a mí me gustan las tapicerías i cuando tengo una bajo los piés, me creo en un salon.

—Esa es una de tus ambiciones, siempre quieres jugar a la gran señora.

—Porque no sería tan divertido como jugar al arco como los salvajes en los campos.

—Oh! ese placer, yo no lo cambiaria por ningun otro. Cuando veo mis flechas perderse en el aire o alcanzar al último árbol de la salina, me figuro ser un Robinson i te aseguro que me es necesario usar de tolo mi valor para ir a tomar mis libros; i así me pregunto siempre, por qué Omar, cuando vivia no echaria al fuego a todos los autores latinos?

—Pero el latin es encantador, repuso Enriqueta, en dias pasados oí a mi tio traducir la conspiracion de Catilina, era soberbio.

—Sí, cuando es mi tio el que lo traduce; si yo pudiera hacer lo mismo, no me cansarian las lecciones; pero cuando eres tú la que traduce i tienes que sacar una a una cada palabra del diccionario, eso es mui diferente.

—Hablas por hablar, en cuestion de versiones no has salido jamas de tu italiano, en el que traduces *bontá* por *bondad*, *venire* por *venir*. No me debanaria los sesos si mis traducciones fueran así. Al oírte, era de creer que no hay nada mas fastidioso en el mundo que el estudio del latin; mas me gustaria pasar las mañanas estudiándole, que contando ropa, arreglándola, juntándola.....

—Tú dices eso porque jamas has tenido que batallar con estudios sérios. Quisiera encontrarme en tu lugar i no tener que jugar mas que a la gran dueño de casa.

—Sí; bien, no desearia verte sino zurciendo un par de medias despedazadas.

—Qué cosa tan difícil, en efecto! Oh! si yo fuese mujer, que feliz sería!

—I yo tambien si fuese hombre!

Mr. Voizal i su hermana, que habian escuchado este diálogo sin ser vistos, no pudieron dejar de sonreirse. Ambos reconocieron en los deseos recíprocos de los dos niños esta manía humana que siempre nos hace creer mejor que la nuestra las circunstancias de los demas.

Federico i su prima se disponian, a pesar de sus re-  
criminaciones, a cumplir con sus deberes, cuando entró  
el inquilino de Mme. Gamond. Como los dos lo conocian  
i Federico iba allá algunas para verlo trabajar, Mr.  
Voizal les permitió se quedaran ahí hasta su partida.

El inquilino era el carpintero del pueblo, maestro  
obrero, que gozaba de comodidades, que ocupaba la ma-  
yor parte de una casa i el resto lo arrendaba un viejo  
militar.

La amputacion que habia sufrido de una pierna, habia  
obligado a este último a dejar el servicio i volver a Bou-  
chemaine a tomar de nuevo su destino de zapatero, cu-  
yos beneficios unidos a una pequeña pension, apénas le  
bastaban para subvenir a sus necesidades i las de su es-  
posa.

—I bien! maestro Ronillet, dijo Mme. Gamond al car-  
pintero, creo que los negocios van bien, pues hai muchos  
edificios nuevos este año en la comuna.

—No sé si se gana mas por eso, señora, repuso el  
maestro; es tan mala profesion la mia.

—Yo no lo veo así, continuó Mme. Gamond, pues to-  
dos los carpinteros de los alrededores viven desaho-  
gados.

—No sé como pueden hacerlo, continuó Ronillet, eso  
será que otros tienen buena suerte; pero yo no soi de  
ese número; i si hai una plaga en el pais, es a mi bos-  
que donde cae primero; si hai incendio, no será jamas en  
Bouchemaine o bien lo apagarán instantáneamente.  
Ademas de esto, señora, hai una cosa que nos arruina,  
a nosotros los pobres, esto es los malos pagadores. No  
es como el trabajo de tierra, no hai nada perdido para  
los agricultores, con una mano dan su trigo i con la otra  
reciben la plata.

—Es verdad, repuso Mr. Voizal, no tienen que temer mas que a las heladas, el granizo, el gorgojo, la muerte de los animales! etc., etc. Hé ahí un lindo negocio, Rouillet, dé mas bien gracias a Dios en lugar de quejarse.

—Vd. cree mui bueno mi oficio, señor cura; es que Ud. no sabe cuánto hai que trabajar para ganarse un pobre escudo. Si yo fuese como mi vecino el zapatero que no tiene mas que cruzar las piernas i tirar los dos cabos, hé ahí un destino en que no se gana una fluxion al pecho.

—Su vecino es un hombre sabio i digno, repuso Mme. Gamond, considerándose feliz en una posición que haria la desgracia de muchos otros, i que cuando no tiene mas que pan da gracias a Dios de habérselo dado. En fin, maestro Rouillet, añadió sonriendo, le aconsejo le tome en todo por modelo, pues desde hace cinco años que es mi inquilino, no ha dejado de pagarme el dia de San Juan a pesar de su pobreza.

Este reproche pareció turbar al obrero que respondió, dando vueltas a su gorra, que no sod pobre los que tienen una buena pensión del gobierno; que habian personas que nacen con la boca llena de plata, i de seguro que él no se encontraría atrasado en sus pagos si estuviese en las condiciones de su vecino.

—Te olvidas, hermana, repuso el cura, que la pensión del pobre Ricard es una espina en el talon del maestro Rouillet, acusa al destino de haberle dejado sus dos piernas i se queja de que Dios no se las compró al mismo precio que a su vecino.

—Talvez habria sido para mí un mal negocio, objetó el carpintero; pues soi de esos a quienes la suerte le vuelve las espaldas; yo tambien serví en el ejército, como Ricard, i nunca pude sacar un rasgão de la mis pequeña bala.

I Vd. cuenta por na-la la enfermedad de ese pobre hombre? dijo Mme. Gamond, piensa Vd. que no es una pesada cruz llevar una pierna de palo?

—Vd. llama a su pierna, pierna de palo? dijo Ronillet, yo la llamaria mas bien, pierna de plata, por el precio que ella le da! 25 escudos por año. Por mi parte yo no conozco mas que una pesada cruz i es estar obligado a ganar el salario con el sudor de su frente.

Mr. Voizal hacia tiempo que conocia el espíritu descontentadizo i envidioso de Ronillet.

Era un vicio en él esa mania de quejarse, cuyos jérmenes aparecian de vez en cuando en el ánimo de su sobrino. Resolvió darle una leccion que si no aprovechaba el obrero no seria perdida para sus discipulos.

—Si yo estuviese en el lugar de mi hermana, le dijo, le propondria un negocio, maestro Ronillet, Vd. pretende que la cruz de Ricard es fácil para soportarla, i bien! —yo me comprometeria a no cobrarle el arriendo si Vd. consentia en llevar una mucho mas liviana.

—Pero ¿qué clase de cruz me pondria Vd. sobre las espaldas? preguntó Ronillet, con inquietud, temiendo no poder aceptar la propnesta.

—Esta, dijo Mr. Voizal, i tomando un pedazo de creta trazó una cruz blanca sobre el paletot de Ronillet; durante todo el tiempo que Vd. la lleve, si mi hermana lo permite, Vd. no pagará un centavo de arriendo.

—Acepto con todo mi corazon, repuso Mme. Gamond sonriéndose; ademas le dispense del tiempo vencido, hasta que él mismo venga a decirme que prefiere su vieja cruz a la nueva.

El carpintero creyó al principio que Mme. Gamond i el cura querian engañarlo, pero habiéndose asegurado que hablaban formalmente:

—Por san Sinfiriano, exclamó, pueden Vds. estar seguros deque no volverán a ver el color de mi dinero, pues llevaré toda mi vida cruces semejantes.

Guardó apresuradamente en su bolsillo el dinero que habia traído, i salió en seguida, como si temiese que Mme. Gamond se arrepintiera de semejante negocio.

—Pero tío, dijo Federico, cuando el obrero se hubo alejado; me parece que Vd. no le ha hecho con eso, un

buen negocio a mamá; la nueva cruz del maestro Rouillet es muy soportable para que él la renuncie.

—Espera, dijo el cura, i no juzgues las cosas con tanta lijereza; pues en cuestion de cruces, todas las que están sobre la espalda de los demas nos parecen lijeras.

—Por mi parte, dijo Enriqueta, estoi tan persuadida de que mi tia acaba de hacer un regalo al maestro Rouillet, que si ella quisiera, pues que está tan dispuesta para regalar, otorgarme a mí una cantidad igual en cambio de una cruz, esto me cansaria mucho p'acer.

—No hago, así no mas, dos operaciones comerciales, repuso la tia, i quiero ver el resultado de la primera, ántes de proponerme una segunda. Id los dos a vuestros trabajos i mas tarde hablaremos sobre tu proposicion.

En tanto que Enriqueta arregla la ropa i que Federico hace su version latina, acompañemos a Rouillet hasta su casa.

Al salir de la quinta de Mme. Gamoud, se felicitaba de su suerte, i se reia entre sí de la torpeza de aquellos que le dispensaban del pago con tanta facilidad.

Nunca habia vuelto a su casa tan contento, asi es que lo hizo sin murmurar, i su perro vino a echarse a sus piés sin que él pensara en castigarlo por su familiaridad.

Como se habia sentado al llegar, su mujer no habia notado de pronto la cruz blanca que tenia en la espalda, pero habiendo pasado tras él para arreglar la péndola del reloj, exclamó de repente con voz agria:

—Ai, Dios mio, Rouillet, dónde has ido?.....tienes en la espalda una cruz de un pié de largo..... parece que vienes de la taberna, donde algun camarada borracho te ha jugado esta farsa para darte el aspecto de un necio..... como si hubiese necesidad de esas farsas para creerlo.....! Levántate i tente quieto para borrarle esa cruz.

—Andate a paseo, exclamó Rouillet, mi fraje no necesita de tí para estar limpio, ocúpate mas bien de pegarle los botones cuando le falten i déjame en paz.

—No te dejaré, exclamó la mujer con voz de trueno, no quiero que mi marido venga a ser el hazme reir de todo el pueblo, i limpiaré el paletot hasta dejarlo en la trama, ántes de dejar ahí esa bestial cruz.

Al hablar así, la esposa se esforzaba por limpiar las espaldas de Rouillet, i éste que sabia que toda resistencia era inútil, se retiró blasfemando i cerró la puerta tras él con violencia.

—Qué furia! murmuró alejándose. Si hubiese sido mas paciente, le habria contado la felicidad que acaba de sobrevenirme; pero no merece saberlo.

—Oh! oh! Rouillet, le gritó el zapatero al momento de pasar por su puerta: qué hermosa cruz de honor tiene Vd. en la espalda!

Rouillet le dirigió una mirada que tenia mucha semejanza a la de un toro al mostrar sus cuernos a un perro.

—Mézclese en sus cueros, el soldadote de Satanás i déjeme en paz, le dijo continuando su camino.

—Maestro Rouillet, dijo Juanita Sureau, la hija del especiero, agúardese un momento, para borrarle una gran cruz que le han puesto sobre la espalda.

—Anda a vender tus arenques podridos, perezosa, respóndame el carpintero, i no te ocupes de los transeuntes.

Toda sorprendida, la pequenuela se apresuró a entrar en la tienda de su madre.

En ese momento llegaba Rouillet delante de la casa del carnicero, que conversaba con el herrero su vecino.

—Es a Vd. justamente, al que necesitaba, le dijo deteniéndolo, i se puso a hablarle de un negocio, pero apenas habia principiado, cuando la anciana Marta Sechet, vendedora ambulante del país, pasó con su jubon rayado de blanco i lacre i su delantal de mezclilla azul.

—Jesús! maestro Rouillet, exclamó ella, da horror mirar vuestras espaldas: qué pícaro colejial os habrá hecho ésto; la juventud no es nada respetuosa en estos tiempos, i doblando su delantal, se dirigió a él.

El carpintero se volvió para decirle que lo dejara tran-

quilo; pero el herrero vió entónces la marca hecha por el cura.

— Han visto un parroquiano mas gracioso, exclamó riéndose, podria mui bien servir de divisa en la taberna de la Cruz Blanca.

— Bien puede ser tambien, dijo el carnicero, que su mujer le haya puesto esa señal en la espalda por temor de que se le pierda.

Rouillet comprendió que no habia mas medio que escapar, tanto del delantal de Marta como de las burlas del carnicero i del herrero i se volvió apresuradamente, no sin haber tratado a la buena mujer de vieja loca i a los dos vecinos de tontos desocupados; pero la cruz principiaba a pesarle mas de lo que él habia sospechado.

No fué esto to lo, pues parecia que el destino llevaba al desgraciado Rouillet a sufrir encuentros desagradables, pues apénas habia dado algunos pasos se encontró al frente de la escuela.

Concluian las clases de la mañana i los colegiales se abalanzaban en ese momento hácia la calle, dispuestos como siempre a aprovechar todas las ocasiones que se presentan para hacer picardías.

Rouillet fué preso de una horrible inquietud, ya le parecia oír los ¡hurras! detras de él. Sus temores no tardaron en realizarse. Apénas habia pasado la puerta de la escuela, un prolongado grito de burla se dejó oír i mas de treinta escolares lo persiguieron señalándolo con el dedo i tirando al aire sus gorras i sombreros.

— Míralo, míralo bien, decia uno, tiene el aire de un carnero marcado para beneficiarlo.

— Fíjate, su traje parece un trapo mortuorio: ¿viene Vd. a invitarnos para asistir a su entierro, maestro Rouillet?

El carpintero se puso pálido de impaciencia i se volvió como un perro rabioso cuando se vé perseguido; i sin duda se habria vengado sin piedad de sus perseguidores si el señor Gouart, el maestro de escuela, no hubiese salido en ese momento a la puerta.

Rouillet se adelantó hácia él, para quejarse de que su colejio era compuesto de muchachos osados e insolentes. Mr. Godart le respondió con dulzura, que él no queria por nada alentar la impertinencia de sus discípulos, pero que la cruz que él llevaba a la espalda, era para hacer reir a personas mas sérias que sus alumnos.

--Por qué se admiran tanto de esta cruz? dijo Ronillet con tono irritado; no puedo hacer lo que me plazca con mis espaldas, ahora?

El maestro se inclinó sonriéndose i el carpintero continuó su camino, pero la cruz era cada vez mas pesada para él.

Principió a reflexionar que no le era tan fácil librarse del pago que debia hacer a Mme. Gamond.

Si tantas burlas lo desesperaban ya, qué seria cuando se supiese la causa del hermoso adorno que llevaba? Mas bien hubiese querido que la propietaria le hubiese puesto a la espalda un recibo jeneral.

Reflexionando así llegó Rouillet delante de la puerta de la taberna. Iba a pasar, cuando divisó a Mr. Voizal a algunos pasos i al otro lado a su vecino Ricard arrastrando su pierna de palo i conversando con Ravineau el tornelero.

Este era el tipo mas bromista del lugar, i por nada en el mundo Ronillet hubiera querido verse burlado por él delante de Ricard. Se refugió entónces en la taberna.

Los bebedores no tardaron en apercibir la cruz i a reirse del carpintero, que se enojó. La querella seguia i el tabernero, temiendo que sucediera algo sério, con toda política puso a Ronillet en la puerta.

Al dejar su casa, tenia Ronillet la intencion de ir a ver un trabajo que le proponian en la «Punta»; pero su espíritu habia sufrido tantas contradicciones con el viejo zapatero, Juanita Surean, el herrero, el carnicero, Marta Sechet i los colejiales, que se decidió a volver a su casa pensando, que despnes de todo, ahí estaria mas tranquilo.

Han visto Vds. en el mes de Setiembre la última

perdiz de una bandada, herida por un tiro de fusil, como corre a esconderse en los montes, llevando una ala herida?

Así iba Rouillet, divisando su casa situada al otro extremo del pueblo. A veces marchaba rápidamente para no ser alcanzado, otras veces daba un paso a cada minuto, a fin de esperar que los otros pasaran adelante; i tanto en el camino como en la calle, iba restregándose en los muros para evitar las miradas, como un bohemio que ha robado una gallina cerca de la casa de un inquilino. En ese momento, la cruz blanca era para él de un peso insoportable.

Al fin llegó a su morada, esperando encontrar en ella un poco de tranquilidad; pero desde que su mujer lo vió se puso a gritarlo:

—¿No es una vergüenza verte volver como te has ido? toda la jente del pueblo viene en procesion a preguntarme si se te ha trastornado el cerebro; ven, para borrarste eso, es tiempo que concluya esa farsa.

—No te acerques, mujer! exclamó Rouillet exasperado.

—Aunque me pegues, no te dejes en ese estado, Rouillet; no quiero que los que son de mi familia se hagan señalar con el dedo. Quitate ese beston, quitatelo lijero; me entiendes?

Al decir esto, la esposa Rouillet quiso tomar el brazo de su marido. Este la rechazó con violencia, i élla, que no brillaba por la paciencia, le dió un bofetón, con lo que principió un verdadero combate entre los esposos con gran escándalo de los vecinos que llegaron a separarlos.

Era de creer que todos se habían comprometido para hacer sufrir a Rouillet que estaba muy irritado a causa de este acontecimiento i sacaba fuerzas de su mismo furor; pero mientras arde el fuego con impetuosidad, mas rápidamente consume lo que alimenta del mismo modo que las pasiones agotan pronto la energía por la violencia de las emociones.

Una vez que Rouillet se hubo calmado, no se sintió con valor para continuar tan penosa lucha i comprendió que para él no había mas esperanza de tranquilidad, sea fuera o dentro de su propio hogar, en tanto que llevara sobre sus ropas esa cruz, i se decidió a borrarla él mismo en esa noche.

A la mañana siguiente, a la hora en que la familia del cura estaba reunida para el desayuno, entró Rouillet al comedor con la cabeza baja i llevando en las manos el dinero que la víspera se llevaba como una conquista.

—I bien! Rouillet, dijo el cura, viéndole entrar, viene Vd. a darle los agradecimientos a mi hermana por haberse mostrado ayer tan buena propietaria?

—Sí, dijo, ese aviso que el señor cura ha dado como un consejo a la señora, estaba muy bien calculado para lo que iba a suceder; él conoce mejor que yo cómo son las jentes de este pueblo.

—Cómo es eso, maestro, qué tienen que ver nuestros negocios con la jente del pueblo?

—Por eso mismo que no tienen nada que hacer sucede que se mezclan en todo. Una pila de ociosos que no saben trabajar mas que con la lengua i que no pueden dejar vivir en paz a un vecino honrado.

—Pero todos esos defectos, maestro, pesan tanto sobre los unos como sobre los otros i hai necesidad de tolerarse para vivir en paz.

—Green Vds. que con los demas son tan odiosos como conmigo? están muy engañados, señor cura; además, aborrecen a los carpinteros en este maldito pueblo, porque soi el único en el oficio i que no puedo defenderme. Si hubiesen visto a otro i no a mí, con esta cruz que Vd. me hizo ayer, lo habrían dejado pasar su camino muy tranquilamente. Acaso se burlan del zapatero porque lleva una pierna de palo?

—Déjos de eso, repuso sonriéndose Mme. Gamond, ese es un título de honor para él.

—Tal como Vd. dice, señora, hai muchos que los sa-

Indan solo por eso, i a mí me desprecian por todo lo que hago i hasta si me olvido de hacerme la barba los domingos, es un motivo para que chillen las comadres. Qué mal les hacia esta cruz? quién los obligaba a mirarla?

—Oh! dijo el cura riéndose, era demasiado grande para no verla. Eso sí, que otro en su lugar habria sido el primero en reirse i así habria hecho callar todas las burlas.

—Reir, señor cura, cuándo la cruz ha sido un charivari? entónces no hai mas que condenar a todos los santos de vuestro paraíso!

Rouillet se puso entónces a contar con tono exasperado, todas las burlas, inocentes en el fondo, que la víspera habia tenido que soportar i cuyos detalles nos son conocidos.

—En fin, dijo, al concluir su narracion, tanto han hecho conmigo, que no puedo soportar semejante infierno i prefiero pagar el arriendo toda la vida ántes que rescatarlo a ese precio.

I tirando su dinero con mal humor sobre la mesa,

—Esto no impide, añadió, que todas esas lenguas de víbora puedan decir que me han arruinado i me lo pagarán algún dia.

—Oh! no se queje Vd. de los demas sino de Vd. mismo, dijo el cura. Vd. encontrará siempre pesadas todas las cargas de la vida, porque un espíritu celoso es para el hombre una perpétua causa de sufrimiento, es un veneno que se esparce en todas sus alegrías.

—Sé bien, que siempre me harán sufrir, murmuró el incorrejible carpintero, cuyo mal humor aumentaba con el vago presentimiento de que habian querido darle una lección.

Luego, quitándose su gorro con una inueca de disgusto, refunfuñó una especie de adios i salió del comedor.

—I bien, Enriqueta, dijo Mme. Gamond, algunos instantes despues de la partida del carpintero, ahora que sé con exactitud el resultado de mi primer negocio, quíeres que reanudemos el que me proponias ayer? Ve-

mos que cruz vas a pedirme?

—Oh! queridatia, dijo Enriqueta sonriéndose, si la leccion no le ha aprovechado a Rouillet, creo que no será perdida para todos.

—Sí, repuso Federico, empiezo a creer que Dios sabe tan bien como nosotros lo que nos hace falta, i me contento con el rol que me ha tocado a pesar de los temas i las versiones que de ello se desprenden.

—I yo, tia mia, dijo Enriqueta, acepto de todo corazon mi cargo de mayordoma, i espero aprender de Vd. a cumplirlo convenientemente.

—Tienen Vds. razon, amigos mios, dijo Mr. Voizal, la historia de Rouillet será para nosotros como para todos los espíritus impacientes que se quejan de la vida, una leccion útil i durable. Acordáos que aquel que nos ha creado ha proporcionado las prnebas segun las fuerzas de cada uno i no os quejéis de ser ménos felices que los otros, pues Vds. ignoran lo que sufre el vecino. I pueden Vds. escribir en su memorial, que todas las crnces son pesadas i que lo que las alijera es la paciencia, el valor i la buena voluntad.

---

---

## Capítulo décimo tercio.

---

Así como todas las lecciones precedentes, la pesada cruz produjo su efecto momentáneamente en Enriqueta i Federico.

La primera, arregló cantando todos los armarios de la casa i ayudó con bastante gracia a su tía a preparar las conservas i las provisiones para el invierno. Dirigida por las afectuosas lecciones de Mme. Gamond, llegó a encontrar una distraccion en las tareas domésticas que constituyen la soberanía de la mujer, soberanía tanto mas preciosa, cuanto es mejor ejercitada, que tiene por primera ley utilizar cada cosa en beneficio de todos i de cada uno en particular: poder justo, ante todo, que trata de dar entre los que gobiernan, una armonía perfecta de derechos i cargos, i que mui diferente de las ideas de Luis XI, que trataba de dividir para reinar mejor, trata al contrario de establecer el mútuo amor por la reciprocidad de los buenos servicios.

Mme. Gamond pudo al fin felicitarse de la marcha que tomaba la actitud de su sobrina, pues el espíritu de conservacion, el órden jeneral i el arreglo elegante de la casa, habian tomado el lugar de sus exigencias personales i de sus pequeñas coqueterías. Veíanla ir, ya a la repostería, ya a la lencería para asegurarse que nada faltaba i proveyendo las necesidades de cada uno.

Los modales altivos que gastaba con los criados, habian desaparecido, se mostraba reconocida a sus buenos servicios, tratando ella misma de aliviárllos del peso de sus trabajos, i en fin, parecia comprender que si las ocupaciones son diferentes, los deberes son iguales ante los ojos de Dios, i que el amo no debe ménos a su servidumbre en cuidados i buenos consejos que a lo que és-

tos están obligados en atenciones i obediencias.

Su conducta para con su primo habia mejorado considerablemente. Cuando en su habitual aturdimiento cansaba Federico algun deterioro en su traje, ella al momento le proponia repararlo; los botones arrancados eran repuestos en seguida, las blusas destrozadas eran zurcidas inmediatamente sin que la niña hiciera la objecion que habia manifestado várias veces, que ella no estaba en vacaciones para semejantes trabajos.

Nuestro estudiante, por su parte, persuadido por algun tiempo, al ménos, de que tódas las crucez son ligeras sabiéndolas soportar, se puso a trabajar con tanto celo, que Mr. Voizal lo alababa mucho; i sucedió lo que acontece jeneralmente, que cuando el espíritu está en vía del bien, no se limita a un progreso parcial, obtuvo en toda su conducta una mejoría mui notable.

Se mostraba un tanto cortés i reservado en sus juicios, respetaba la tranquilidad i el placer de los demas i evitaba, sobre todo, tanto como estaba en su mano, la ostentacion del egoismo i la afectacion de manifestar desprecio por lo que no tenia la fuerza de imitar.

Todo marchó perfectamente en casa de Mme. Gamond durante algunos dias, lo que le ocasionaba una consoladora alegría; veía mejorar por su buena direccion i por los incesantes cuidados de su hermano, a esos dos niños cuya felicidad era la única ambicion de su vida.

Sus buenos instintos sofocados por malas compañías, parecian revivir en la santa atmósfera que lo rodeaba. Preveía la posibilidad de reparar durante esos dos meses de estadía a su lado, los defectos morales que se habian operado en ellos. Esperaba que fortificados por las lecciones del cura i las suyas, esas dos tiernas almas podrian alejarse de ella nuevamente sin peligro.

La excelente madre creia en la seguridad de esta obra, cuyo cumplimiento, era, por decirlo así, la sola ancla de salud que calmaba su herido corazon.

Desgraciadamente, el mal no es un huésped al que

sea tan fácil dar salida una vez que tiene su albergue, puede retirarse momentáneamente; pero no tardará en volver.

La crisis bienhechora operada en Federico i Enriqueta, no fué de larga duracion. Poco a poco reaparecieron los primeros hábitos, las quejas se reprodujeron, se mostró el descontento ante el menor obstáculo; las múltiples vanidades de Enriqueta tuvieron ocasion de presentarse i sus cuidados personales la hicieron desatender el cuidado de los demas.

Es verdad, que a cada nueva caída sucedia una feliz reaccion i los defectos perdian algo de su fuerza; pero los progresos eran tan lentos, que Mme. Gamond, en su deseo de extirpar el mal, se desconsolaba cada vez que lo veia reaparecer.

Cuanto mas grande habia sido su esperanza i se creia al término de sus fatigas, mas profunda era su afliccion al verlos retroceder.

—Dios mio, decia entónces a su hermano, será posible que estos dos niños nos dejen aún llevando solo en ellos las semillas del bien, que serán esparcidas al soplo del primer viento?

—Deja al tiempo, mi querida Maria, le respondia Mr. Voizal, con su religiosa paciencia, el cuidado de hacer jerminal i fructificar las semillas; no pertenece al hombre apresturar mas la obra moral que la obra fisica. El labrador confia su grano a la tierra i espera que Dios ordene que salga la espiga; no esperemos mas que él; pero tengamos la seguridad que de ese campo que hemos sembrado, Aquel que vela por todos nos prepara una cosecha.

—Participo, como tú sabes, de tu fé en el porvenir, repuso Mme. Gamond, i no me inquietaria por el resultado, pues creo, que confiadas al cuidado de Dios, las almas se inclinan hácia el bien; pero me asusto al pensar a qué grado pueden llegar estos defectos, estos tristes hábitos del corazon i del espíritu de que yo pensaba curarlos i que pronto se verán en medio de malas compa-

ñas. Ves tú cuan poco hemos avanzado hasta ahora i el poco tiempo que nos queda para trabajar.

—La mejoría vendrá a fuerza de remedios, añadió el cura; ¿pero qué son dos meses, mi querida Maria, para semejante curacion? Tú quieres ver las cosas llegar tan pronto como lo deseas. Los malos hábitos, esas enfermedades crónicas del alma, son como las enfermedades crónicas del cuerpo; la perseverancia de un régimen saludable solo puede destruirlos, a ménos que una de esas grandes crisis en que el enfermo juegue el todo por el todo no venga a dar una solucion. Pero la eleccion de los medios no depende de nosotros, i lo que tenemos que hacer en esta obra de rejeneracion es utilizar con fé i paciencia lo que Dios deja a nuestra disposicion, i sobre todo, debemos convencernos de que el ardor que ponemos en hacer el bien es un sentimiento que jamás queda estéril.

Las circunstancias no tardaron en probar la verdad de lo que habia anunciado Mr. Voizal, i la curacion llegó, en efecto, por uno de los dos grandes medios que él señalaba; pero la crisis que la decidió sobrepasó en sufrimientos a toda prevision, i Dios, al permitir que los defectos combatidos por Mme. Gamond tuviesen en ella misma sus fatales consecuencias, parecia querer dar a los niños una imperecedera leccion.

A la pereza en que habian vuelto a caer Federico i su prima, sucedió, aunque sin causa aparente, una nueva crisis de actividad. Se levantaban mucho mas temprano que de costumbre, i sin embargo, no se perdía un solo instante. Parecia que un solo objeto unía a los niños. Cambiaban disimuladamente miradas i sonrisas, se hacian confiancias cada vez que se encontraban en las escaleras o en los corredores. La alegría era la causa de estos movimientos ocasionados por la aproximacion de una fiesta de familia, i los atraía al camino del bien, la esperanza del placer.

El dia de Mme. Gamond caía en una época en que los niños estaban léjos de ella i convinieron en celebrar el

aniversario de su nacimiento que tenia lugar durante las vacaciones. Ese dia no estaba léjos i Mr. Voizal aprovechó esta circunstancia para estimular a sus discípulos en el trabajo.

Habian tambien organizado, con la aynda del buen tio, un pequeño programa de fiesta. Convinieron en que Federico arreglaria en verso una escena dialogada para ser representada entre él i su prima,

Nuestro colejial cantaria en alexandrinos las virtudes de su madre, su piedad para con los dioses, su caridad sin límites i concluia intercediendo con los habitantes del Olimpo por la guia de su juventud.

Al oír su súplica, Enriqueta vestida de hada, con su varilla mágica en la mano, vendria a anunciarle que sus votos serian cumplidos, que ella se encargaria en adelante de la felicidad de su madre que el gran Júpiter habia confiado a su cuidado.

Gozaba el cara con esta mezcla de hadas i de dioses mitológicos, aunque no eran contemporáneos; pero el jóven retórico debia producir efectos tan poéticos con esta combinacion que su tio se decidió a admitir ese anacronismo.

Federico se puso a la obra con todo el ardor de que era capaz i Enriqueta de su parte trabajó en su traje de hada para el que consultó todos los libros que pudo procurarse.

No es preciso decir que Mme. Gamond, cuya mirada materna estaba siempre alerta, no tardó en apercibirse del misterio que se trataba a su alrededor.

Con su gracia maternal se prestaba a todo. Finjiendo estar engañada se alejaba siempre a propósito, no pidiendo cuenta del tiempo pasado léjos de ella i dando una interpretacion tranquila a las palabras indiscretas que a veces se le escapaban a Federico.

Los niños, léjos de sospechar estas pequeñas astucias del corazon, se felicitaban cada dia de las ocasiones que les prestaba la casualidad i agradecian inocentemente a Mme. Gamond cuando en lugar de emplear dos horas en

visitar a sus pobres, empleaba cuatro.

Las señoras de Berneuil i de Villiers, invitadas con sus familias a esta pequeña fiesta, habian sido encargadas para entretenerla i estaban convenidas en terminar la velada con unas contradanzas.

Hasta aquí todo habia marchado mui bien. Mr. Voi-zal, persuadido de que tenia que habérselas con mujeres de buen sentido, se habia no solo prestado gustoso a todos sus proyectos, sino que él mismo habia tomado gran parte en esas alegres invenciones.

Queriendo ante todo, que esta reñion fuese un motivo de placer i no de vanidad, las dos madres decidieron que sus hijas no cambiarían en nada su traje de diario i que un sencillo vestido blanco seria todo el adorno que las niñas debían llevar al baile.

Pero Enriqueta, abandonada a sí misma en esta circunstancia, sintió renacer sus antiguos gustos de coquetería i no supo triunfar de una tentacion tan fácil de satisfacerla.

Recordó esta frase de salon a propósito para ella que, «la sencillez no escluye la elegancia»; i partiendo de un principio tan elástico, al que cada dia daba mas estension, llegó poco a poco, sin notarlo, a dar un doble objeto a la reñion que se preparaba. Al deseo tan puro de festejar a una persona amada, se mezcló el de brillar i los preparativos de toilette concluyeron por absorber una parte de su tiempo.

Aproximábase ya tan deseado dia, cuando la víspera, mui temprano, recibió Mme. Gamond mui malas noticias de la abuela de José. Preparó una pocion calmante i rogó a su sobrina la llevase luego a los arrabales de Landes que era donde vivia la viuda Béchu.

Enriqueta prometió hacerlo; pero como aun faltaba una hora larga, subió a su cuarto para concluir un adorno de su vestido.

Llegó la hora indicada sin que ella lo notase i no viéndola salir Mme. Gamond i temiendo con su habitual bondad interrumpir los preparativos de la fiesta, <sup>h</sup>tizo

avisar a su sobrina, que habia cambiado de parecer i que pensaba ir ella misma donde la enferma.

En ninguna otra circunstancia, Enriqueta habria permitido a su tia hacer semejante excursion a la hora mas calurosa del dia i todo habria dejado por evitarle esa fatiga; pero no le faltaron razones especiales para quedarse justificándose ella misma de su conducta.

Los calores eran ménos fuertes, su tia no tenia apuro para volver i sobre todo, esta visita era una felicidad para la enferma. Sin embargo, cuando oyó a Mine. Gamond cerrar tras ella la puerta de calle, cuando la vió pasar delante del curato i subir con paso penoso el rudo sendero que conducia a los arrabales de Landes, tiró su costura sobre su lecho i se avalanzó hácia la escalera para correr a detenerla. A consecuencia del desórden, su sombrero no se encontraba en el vestíbulo en el lugar acostumbrado, i lo buscó inútilmente en todo el piso bajo.

Volvió a su cuarto para ver si habia quedado ahí, cuando en presencia su traje, del que no pudo quitar la vista, la hizo olvidar por algunos instantes el motivo porque habia subido i cuando lo recordó, pensó que su tia habia avanzado demasiado para alcanzarla i volvió a tomar su obra.

Una hora despues, Federico, a quien su madre habia dado orden de ir a encontrarla, tomó el camino de Landes, con el brazo pasado por un magnífico arco americano i llevando la cartuchera llena de flechas salvajes, cuyas cinceladuras iluminadas lo llenaban de admiracion.

Este equipo de caza indio, era un regalo del padre de Enriqueta, que en su calidad de armador, podia procurarse fácilmente estas preciosas curiosidades. Poseedor de este tesoro, hacia solo veinte i cuatro horas, Federico gozaba con su inconstancia habitual, olvidando todo lo que lo habia divertido ántes i desatendiendo hasta los preparativos de la fiesta, que sin embargo, acusaba al tiempo por su lentitud para llegar a ese dia.

Para él, como para todas las naturalezas irreflexivas, el placer del día hacia disminuir el placer de la víspera o del día siguiente. Tirar el arco, i tirar siempre, era el pensamiento dominante por esta vez i con tal de satisfacer su deseo, lo demás le importaba poco.

Tan pronto como su madre hubo dejado a la enferma, le propuso, en lugar de volver inmediatamente a Bouchemaine, caminar un poco a la izquierda hácia las orillas del Maine para tirar el arco mas a su gusto. Mme. Gamond, pronta siempre a acceder a lo que solo para ella tenia inconveniente, cedió a las instancias de su hijo, apesar de la fatiga que experimentaba.

Aunque estaban ya a principios de otoño, aun hacia mucho calor. El aire era pesado i cargado de los sofocantes vapores que preceden siempre a la tempestad. El sol que habia llegado a lo mas alto del cielo inflamaba con sus rayos i aun las jentes mas robustas experimentaban esa sensacion penosa producida por una atmósfera a la vez cálida i húmeda.

Llegada a la cúspide de la ribera, Mme. Gamond se vió obligada a sentarse i pareció asustada del aspecto amenazante del horizonte que se estendia ante su vista.

—Tengo miedo, dijo a su hijo, que la lluvia nos sorprenda ántes que volvamos a casa.

—Oh! nó, mamá, repuso lijeramente Federico, que por temor de faltar al objeto de su escursion, no queria fijarse ni en el cielo cargado de nubes ni en la fatiga de su madre. Vd. sabe bien que el tiempo está tempestuoso desde hace algunos dias, un viento fuerte disipará todo eso.

—I si, en lugar de disipar las nubes, el viento nos las trae, qué haremos entónces? preguntó Mme. Gamond.

Esta cuestion, que debia haber sido una advertencia para Federico, no lo hizo desistir de su preocupacion.

Hizo lo mismo que habia hecho su prima una hora ántes, buscó i encontró un motivo razonable en su conducta. Su madre estaba mui fatigada para emprender al momento el camino de la casa.

—Venga, querida mamá, le dijo, venga aquí a la sombra de este seto, voi a acomodarle un asiento con la paja que los segadores han dejado en el camino; descansaré i partiremos en seguida.

Mme. Gamond cedió a los deseos de Federico, i cuando él la vió sentada cómodamente, tendió su arco i lanzó sus flechas unas tras otras.

—Mamá! mamá! ve Vd. a qué altura llegan? Apostaría con un jefe indio, i quiero, en mi primera escursion, llevarle a Vd. un águila muerta por mi mano... Mire, ahí cayó una en el campo de César; apostaría que si la encuentra algun anticuario hará honor a los Galos.

Mme. Gamond gozó al principio con esta distraccion de su hijo, pero poco a poco aumentó su inquietud.

Las nubes se agrupaban de mas en mas sobre ellos i algunos pálidos relámpagos se desprendian de diversas partes del horizonte.

Quiso hacer notar estos fatales anuncios a Federico, que como tenia la ceguedad del aturdimiento, declaró que el tiempo no era mas malo que a su llegada.

—Si se aproximara la tempestad, le dijo, nos lo advertiria algun trueno, i no oimos mas que el canto de los bateleros i el choque de los botes.

—Sin embargo, dijo Mme. Gamond, no se siente ni el canto de un pájaro, ni el grito del grillo, todos los seres débiles han buscado un asilo, i nosotros, a quienes advierte Dios, nosotros solos somos los que carecemos de sabiduría! Queremos que el mal sea sin remedio para creer en él.

Mme. Gamond, tenia mucha razon al decir esto, pues así como sucede de continuo en las tempestades latentes, las nubes se habian agrupado en el espacio sin anunciarse por ningun sordo trueno i estalló de repente con tal violencia que Federico quedó espantado.

Miró a su alrededor como para darse cuenta del lugar en que se encontraba i como dudando de su memoria; luego exclamó con voz turbada:

—Nó, no hai nada, ni una cabaña, ni una granja don-

de mi madre pueda abrigarse.

Vuelto así repentinamente a la realidad de lo que lo rodeaba, todo le fué visible, el alejamiento del lugar, la certidumbre de una prolongada tempestad, el abatimiento de su madre, su palidez aun mas marcada que de costumbre i sobre todo, la triste conviccion de que su loca lijereza era causa de todo.

Si Federico cometia sus imprudencias por su poca reflexion i su debilidad para desechar un deseo, al ménos, cuando el mal venia, sabia soportarlo i evitar las quejas inútiles. Desembarazándose de su arco, tomó el brazo de Mme. Gamond, lo pasó sobre el snyo, i le rogó se apoyara sobre él con todo su cuerpo, diciéndole que se encontraba con fuerzas para sostenerla hasta Bouchemaine.

Se dirijió por medio del torrente de lluvia hacia su casa, que era una de las primeras del pueblo i redoblaba sus fnerzas a medida que veia disminuir las de su madre.

No se escapaba a Mme. Gamond el arrepentimiento de su hijo i trataba de tranquilizarlo; pero miéntras mas grande habia sido su ceguedad, mas claro veia ahora para comprender las consecuencias que tal accidente podia tener en la salud de su madre bastante quebrantada ya.

Llegaron por fin al pié del descenso sin que la tempestad disminyera. El escabroso camino que por este lado separaba la iglesia del curato i de la casa de Mme. Gamond i que era preciso atravesar a toda costa, estaba repleto con el agna que descendia de las alturas. Viendo Federico que su madre estaba ya al humedecerse los piés lijeramente calzados, encontró fnerzas para levantarla mas en sus brazos hasta dejarla en el umbral de la puerta donde golpeó apresuradamente, pero nadie vino a abrir, pues Enriqueta i las dos sirvientas, persuadidas que Mme. Gamond estaria en casa de la anciana enferma, habian tomado todos los paraguas disponibles i se distribuyeron por los distintos caminos que conducen a

Landes.

Federico tuvo que dar la vuelta por la terraza a fin de poder entrar para abrir la puerta a su madre: la condujo con lijereza a su habitacion i le prodigó los primeros cuidados necesarios con una prevision que no le era habitual.





---

## Capítulo décimo cuarto.

---

Aunque la excursión i la tempestad habia dejado muy maltratada a Mme. Gamond, por no asustar a la familia, se sentó con ellos a la mesa aunque haciendo grandes esfuerzos; pero se dejaban ver síntomas alarmantes.

Cuando Mr. Voizal supo la causa de su malestar, se manifestó muy inquieto.

Rogó con insistencia a su hermana que se recojiese tan pronto como se levantase de la mesa, asegurándole que tenia fiebre. En vano quiso ella tranquilizarlo, diciéndole que solo tenia un resfrio i que durmiendo bien se pasaria.

Acostumbrados a verla negar sus propios sufrimientos, el cura no se dejó engañar de esa tranquilidad aparente. Además, su experiencia le hacia distinguir perfectamente los síntomas de una indisposición de los de una enfermedad. Le manifestó que estaba dispuesto a no ir a rezar esa noche a la iglesia mientras no la viese recojida.

Mme. Gamond subió a su pieza acompañada de Enriqueta, a quien el pesar de ver a su tía enferma, i sobre todo, de haber contribuido a este sufrimiento, le devolvió toda su actividad. Adivinaba todo lo que podia necesitar i cuando Mr. Voizal, ántes de salir, fué a ver si necesitaba algo, no tuvo mas que aprobar lo que estaba hecho.

Federico pidió i obtuvo permiso de compartir con su primo los cuidados que requería su madre.

Ambos se sentaron al lado del lecho de Mme. Gamond, espionando en silencio sus menores deseos, satisfaciéndolos sin ruido, evitando esa oficiosidad de mal tono

i sobre todo, esas rivalidades que fatigan en vez de aliviar.

Apénas se atrevían a cambiar entre ellos algunas palabras por temor de interrumpir el sueño que la fiebre provocaba ya en la enferma, pudiendo así repasar en su memoria los acontecimientos del día, i es de presumir que sus conciencias salieran muy turbadas en ese exámen.

La tarde se pasó en casa de Mme. Gamond sin ningún cambio aparente para su hijo i su sobrina. Ellos, como todos los niños de su edad, se figuran que el peligro es proporcionado, sino a las quejas, al ménos a los signos exteriores de dolor. La tranquilidad aparente de la querida enferma los habia tranquilizado; si no hubiesen oído a Mr. Voizal, poco despues de su regreso de la iglesia, que daba órden a un sirviente de prepararle una pieza al lado de la de su hermana. Era la primera vez que su tío no volvia en la noche al presbiterio, aunque Mme. Gamond habia tenido varias indisposiciones.

Si él se inquietaba así, hasta hacer tal cambio en sus costumbres, cómo no alarmarse?

Habiendo llegado la hora de dormir, despues de rezar con ellos las oraciones de la noche, los mandó acostarse sin dejarles tiempo para dirigirle ninguna pregunta sobre el estado de la enferma.

Las primeras horas de la noche fueron para ellos de bastante agitacion. Sin embargo, el sueño concluyó por triunfar de esta inquietud i Enriqueta estaba aun dormida, cuando recordó al ruido de las herraduras de un caballo. Alarmada por este ruido, saltó de la cama, abrió la ventana i vió al jardinero de su tía, que ayudaba a desmontarse del caballo a Mr. Garnier, hábil i antiguo médico de Angers, al que no se recurría sino en graves circunstancias. Se vistió apresuradamente, fué a recordar a su primo que no habia sentido nada, pues sus ventanas daban al jardín i corrió a la pieza de su tía a la que llegó al mismo tiempo que el doctor.

—I bien, querida señora, dijo éste con un tono el mas

amable al entrar a la pieza de Mm. Gamond, se complacen en estar enfermos para probar si el viejo médico puede hacer aun el camino de Angers a Bonchemaine.

—Sus visitas, querido doctor, me son siempre preciosas, repuso la enferma con afable sonrisa, que las pagaria gustosa con un acceso de fiebre; i sin embargo, puede Vd. estar cierto que yo no habria consentido que lo hubiesen hecho hacer una escursion tan larga i a semejante hora, si mi hermano, que se inquieta siempre de todo, no lo hubiese exigido.

—Ah! ah! dijo riéndose Mr. Garnier que con su prudente bondad trataba de distraer a los enfermos, saben Vds. que es una galanteria la de este cura, de llamarme para consultar conmigo? pues yo sé que me hace en todos estos pueblos una terrible competencia.

—Trato, en efecto, repuso Mr. Voizal de poner en práctica las nociones que debo a vuestra buena voluntad, i habiese querido, en esta circunstancia, sobre todo, que el discípulo hubiese podido reemplazar al maestro; pero temo que el caso requiere vuestra ciencia mas bien que la mia.

—Alarmista, como todos los médicos jóvenes, continuó el doctor, que ven una congestion cerebral donde no existe mas que un constipado lijero. Apostaria que es por un caso de esta gravedad que Vd. me ha hecho llamar.

Mr. Garnier continuó hablando en tono de broma un rato mas, pero a medida que examinaba a Mme. Gamond, cambiaba su fisonomía i su alegre charla cedió el lugar a una visible preocupacion.

Hizo muchas preguntas, casi todas al cura, como para no fatigar a la enferma, a la que aconsejó guardarse silencio.

Despues de un largo exámen recetó muchos remedios recomendando no tardaran en aplicárselos.

Cuando bajaba la escalera, los niños oyeron que anunciaba a su tio, que a la mañana siguiente muy temprano estaria en Bonchemaine, rogándole en caso que

hubiese algun nuevo accidente, le mandase avisar inmediatamente.

La transicion operada en el anciano médico a medida que examinaba a la enferma, no escapó a Federico i Enriqueta. Su última determinacion vino a confirmarles sus temores.

Aunque sin esperiencia para dar en semejantes casos a los hechos i a las palabras, un valor real, los niños comprendieron, sin embargo, que se trataba de algo grave i ámbos se sintieron turbados i no se atrevian a comunicarse sus inquietudes. Por otra parte, el tio subió inmediatamente, i siguiendo las prescripciones del doctor, hizo preparar en el acto los remedios indicados, vijiló escrupulosamente la ejecucion de cada órden i ocupó de tal manera a los niños que no les dejó tiempo para que le hicieran ninguna pregunta.

Sin embargo, en medio de una violenta fiebre, Mme. Gamond, no se preocupaba ménos de los que la rodeaban i trataba sobre todo de alejar de ellos todo pensamiento que pudiese inquietarlos. Les aseguraba que daban demasiada importancia a una enfermedad que solo era una indisposicion pasajera i aun insistió en que nada se cambiase, que ella, decia, habia sorprendido los preparativos.

Enriqueta i su primo le dijeron que no se trataba de fiesta, pues si ella no podia asistir i el principal objeto era festejarla, no habia que pensar en tal cosa.

—Queridos hijos, continuó la enferma, no es bastante triste para mí no poder asistir a esas distracciones preparadas para mí, para privaros tambien de toda alegría? Los cuidados de la buena Margarita que veis ahí tan llena de celo, me bastan. Id, queridos niños, que oiga vuestros gritos de júbilo, eso será para mí el mejor remedio.

—Permítanos quedarnos a su lado, querida mamá, repuso Federico, alejarnos cuando Vd. sufre, es darnos un pesar en vez de una alegría.

—Vd. sabe bien, querida tia, continuó Enriqueta,

que hoy solo tenemos un goce, el de cuidarla lo mejor que podamos; no se oponga Vd. a ello.

—Cuán niños sois, repuso Mme. Gamond con esa viva impaciencia que da la fiebre, a la fuerza quieren tratarme como enferma. No necesito nada, ya os lo he dicho, solo deseo veros contentos.

Ms. Voizal, que espiaba a la enferma con esa delicadeza del corazón a la que nada se escapa, vió que esta lucha la fatigaba, e hizo seña a los niños para que no la contrariasen.

—Tienes razón, María, dijo él, Federico i Enriqueta irán a recibir a nuestros amigos, en tanto que yo me quedo a tu lado.

Mme. Gamond quiso obligarlo a alejarse también, prometiendo llamarle al menor malestar; pero él cortó todo debate con ese tono de dulce autoridad que le era habitual i se instaló cerca del lecho.

Alejados así de su querida enferma, don le no se atrevían a entrar sino a largos intervalos, los niños pasaron una tarde muy triste. Sufrían no solo por la separación, sino por la necesidad de manifestarse tranquilos en presencia de sus amigos; al sospechar su inquietud se habrían necesariamente retirado i su despedida hubiera aumentado la agitación de Mme. Gamond.

Incapaces de tomar una parte activa en los juegos que trataban de organizar, sus distracciones manifestaban a cada instante la turbación de ámbos.

Cuando uno de ellos podía escaparse, subía ligero, en la punta de los pies, ponía el oído a la puerta del dormitorio para espiar lo que pasaba en el interior. Cuando ésta se abría, se avalanzaban a la escalera para interrogar al que bajaba i su fisonomía, al volver al salón, decía bien claro la respuesta que habían recibido.

La agonía en que estaban los pobres niños, fué notada muy pronto por las buenas vecinas, que quisieron retirarse apesar de los esfuerzos de los niños. Pidieron permiso para despedirse de Mme. Gamond, quien les rogó con tantas instancias que se quebraran a la comida, que

cedieron por temor de agitarla ante una negativa.

La comida, la que presidió Mr. Voizal a ruegos de su hermana, concluyó pronto i los dos niños, cansados con la dolorosa lucha que habian sostenido, pudieron, al fin, tomar posesion de esta pieza de donde les parecia habian estado desterrados.

Encontraron a Mme. Gamond mui fatigada. La animacion febril que habia tenido en la mañana, habia sido reemplazada por ese entorpecimiento que entrecortaba los accesos de fiebre.

Trató de hacer a su hijo i su sobrina algunas preguntas sobre cómo habian pasado el dia, pero luego cedió a las instancias que le hizo su hermano de no hablar. Se contentó entónces con atraer los niños hacia ella tratando de sonreirles, estendiendo su mano para acariciar su frente o jugar con sus cabellos, dirijiéndoles miradas que revelaban sus deseos i manifestándoles, en fin, a pesar de su abatimiento, que se encontraba feliz al volver a estar con ellos.

Siu darse cuenta exacta del estado de la enferma, Enriqueeta i su primo estaban como espantados de estas manifestaciones de ternura.

Llegada la noche, pidieron permiso a su tío para pasarla al lado de la enferma; pero él los hizo desistir con su tierna bondad, asegurándoles que su presencia seria no solamente inútil, sino peligrosa para la enferma por lo que podia alarmarse.

—Margarita i yo la cuidaremos, añadió, i esto será suficiente.

Acostumbrados a mirar los deseos de su tío como regla de conducta, obedecieron alejándose con el corazón lleno de angustia, presintiendo algo funesto.

En vano trataron de dormir el resto de la noche, la inquietud se obstinaba en quitarles el sueño. Cada uno de ellos se levantó mas de veinte veces para ir a escuchar a la puerta de la enferma, várias veces se encontraron en la escalera i se comunicaban lo que habian observado, lo que no hacia mas que aumentar sus in-

prietudes. La tos aguda de Mme. Gamond, que parecia haber asustado al doctor léjos de disminuir, no hacia mas que anmentar i las idas i venidas del cura i de Margarita demostraban bien claro que no tenian un instante de reposo. Várias veces los niños estuvieron por entrar, solo el temor de alarmar a la enferma pudo retenerlos.

Por fin amaneció i se presentaron en la pieza de Mme. Gamond.

La fisonomía del tío, era triste e inquieta i contestó los buenos días con una ternura mas viva que de costumbre. Respondió afectuosamente a las diferentes preguntas que le hacian; pero pronto notaron con terror que evitaba las respuestas directas i que sufría con sus preguntas.

El doctor llegó muy de madrugada, como lo tenia prometido. Despues de haber examinado detenidamente a la enferma i tomado los menores detalles de cómo habia pasado la noche i la tarde precedente, habló de emplear medicamentos mas activos que los que se le habian aplicado hasta entónces i se despidió anunciando a Mme. Gamond, que como tenia que pasar el dia en Savanier, volveria a la tarde de pasada a Angers a verla un momento.

Los dos niños seguian esta escena con mútua ansiedad. Ni la atencion dolorosa con la cual su tío parecia estudiar la figura del doctor ni la triste gravedad de éste, se les habia escapado.

Cuando Mr. Voizal acompañó al doctor a la salida de la pieza, Federico creyó notar que en lugar de abrir la puerta de la calle habrian la de la terraza i en efecto, casi al mismo instante oyó ruido de pasos bajo la ventana de su madre. Levantó con cuidado la cortina i vió al cura que caminaba con aire ajitado conversando en voz baja con Mr. Garnier.

Imposible le fué oír su conversacion, pero el aspecto turbado de su tío era una prueba suficiente del peligro que amenazaba a su madre. La actitud del buen doctor era la de un hombre que trata de dar valor a otro.

A tiempo que pasaban bajo el emparrado, Federico se avalanzó a la ventana que daba al camino real, a fin de seguirlos con la mirada tanto como le fuese posible, i pudo notar que el doctor en vez de tomar el camino de Sa-veniers, como habia anunciado, se volvió directamente a Angers. Era una precaucion que habia tomado para no alarmar a la enferma, que sin duda la encontraba muy mal, pues se decidió a hacer a su edad dos largas escursiones en un mismo dia. Comunicó a Enriqueta sus observaciones i ámbos bajaron rápidamente la escalera a fin de poder interrogar a su tio ántes que volviese a las habitaciones.

Lo encontraron en el vestíbulo i se asustaron de su palidez.

—Mi madre está muy enferma! dijo Federico con la voz ahogada por la emocion.

—En peligro, talvez! continuó Enriqueta enjugando sus lágrimas para poder leer mejor en la figura de su tio.

—Está gravemente enferma, en efecto, repuso Mr. Voizal, que trataba en vano de tranquilizar a los niños, mostrándose tranquilo, sin embargo, el doctor no ha hablado aun de peligro.

—Pero Vd. lo conoce, tio mio, repuso el jóven pali-deciendo, pues el acento de Mr. Voizal decia mas que sus palabras.

—No nos mortifiquemos los unos a los otros con tales preguntas, mis queridos niños, repuso el cura; si la hora de la prueba ha llegado para nosotros, lo que debemos hacer es confiarnos a Dios i emplear nuestras fuerzas en combatir el mal, pues las quejas i las lágrimas no nos son permitidas, en tanto que los enfermos tienen necesidad de nuestros cuidados.

Oprimió con efusion las manos de los niños i encargó a Enriqueta la preparacion de diferentes remedios; envió a Federico a traer al curato algunos objetos i subió a las habitaciones haciendo un llamado a su valor para disimular su emocion.

Una vez solos, los niños pudieron abandonarse a su desesperacion i desahogar sus corazones con los reproches que desde hacia algunos dias les tenian mortificados. Las palabras «conjestion al pecho» que habian oido a su alrededor, les probaban que el accidente de la antevíspera era causa de todo su mal.

—Dios mio! exclamó Federico, en medio de un torrente de lágrimas, no puedo dudarlo, es mi funesta locura la causa de todo.

—O mas bien mi insensata vanidad, añadió Enrique-  
ta, pues Dios no me ha negado sus advertencias. ¿No he visto desde mi ventana partir a mi tia sosteniéndose apénas?... Por qué no la detuve? Por qué?... porque entón-  
ces, mis ojos no podion ver mas que ese vestido... Oh Dios mio! Dios mio! tu leccion es mui cruel!!

—Y yo, repuso Federico, he podido verla agoviada sin tener piedad de ella!... Rehusé creer en todas sus advertencias... en su debilidad... en esa tempestad que nos amenazaba! Necesitaba una hora de placer, no importaba a qué precio!... Me la has vendido mui cara, oh Dios mio! pues la he pagado talvez con toda la felicidad de mi vida!

Bajo el golpe funesto que los oprimia, en medio de ese dolor que se habian, por decirlo así, preparado por sus propias manos, los pobres culpables encontraban aun algun consuelo en confesar mútuamente sus faltas i deplorar su fatal lijereza; pero era necesario hacer desaparecer hasta la espresion del arrepentimiento, pues así como acababa de decirlo el digno cura, su tiempo no les pertenecia, i ocuparlo en repasar infructuosamente el pasado era una ciega debilidad.

Se separaron para ejecutar cada uno las órdenes que habian recibido de su tio.

Este dia fué para ellos uno de los mas dolorosos. Los cuidados que se prodigaban a Mme. Guimond bajo la esclarecida vijilancia de su hermano, no parecian, sin embargo, dar ningun alivio a su mal. La tos no cedia, la respiracion era de mas en mas opresiva i silvante. Nues-

tros niños veían claramente que los síntomas no disminuían en su gravedad. Y como para aumentar su desesperación se veían obligados a cada instante a dejar la pieza de la enferma, pues la noticia de esta enfermedad se había esparcido en los contornos y los labradores corrían en tropel a pedir noticia de la querida y buena señora. Todos querían ver al caballero o a la señorita para saber con verdad cómo estaba la enferma. Por otro lado, Mme. Gamond, que a pesar de sus sufrimientos conservaba toda su razón, se ocupaba sin cesar de sus pobres, inquietándose de los que quedarían sin sus cuidados, conjurando a su hermano que fuese a verlos y como él se negaba a dejarla, daba a Enriqueta órdenes para que les distribuyera los recursos acostumbrados.

La pobre niña fué obligada, así como su primo, a pasar parte del día lejos del hogar, respondiendo a las preguntas de cada uno y yendo de un lugar a otro.

Se la veía ya ahogando sus lágrimas para no afligir a los ancianos que se arrastraban pesadamente hasta la puerta de la enferma, ya recibiendo los consuelos mal expresados de esas pobres jentes, cuyas preguntas sin límites eran para ella un terrible rayo de luz. Por fin, la llegada del anciano médico que trató de hacerles comprender cuánto afligían a los pobres niños con sus preguntas, pudo poner término a este suplicio.

Muy inquieto se notó a Mr. Garnier al examinar cómo había aumentado la fiebre de Mme. Gamond. Escuchó con una espresion que asombraba de mas en mas el relato que le hacia Mr. Voizal de cómo había pasado la mañana, e hizo señas con los ojos de hacer retirar a los niños. Estos se refujaron en una pieza vecina donde se abandonaron a sus lágrimas; por fin la puerta de Mme. Gamond se abrió para dar paso al médico y se pusieron a escuchar.

—La crisis que debe operarse esta noche, decia Mr. Garnier, decidirá de todo.

—¿I nada podria ayudar, doctor, decia Mr. Voizal, a

que esta crisis sea favorable?

—Nada, añadió tristemente el doctor, estamos en el momento en que solo la naturaleza lo puede todo; pero esperemos, amigo mio, añadió como para consolar al que se dirijia; esperemos que el resultado será feliz: la naturaleza tiene tantos recursos que nosotros los ignoramos!

Los niños dejaron de oír la voz que se estinguia poco a poco. Se avalanzaron hácia la escalera donde encontraron a su tío.

—Mi madre está deshauciada! dijo Federico arrojándose en sus brazos.

Por toda respuesta Mr. Voizal tomó a los dos niños de la mano, los condujo al salon i arrodillándose les dijo con voz conmovida:

—Rognemos a Dios por ella!





---

## Capítulo décimo quinto.

---

Al instante en que el digno pastor, despues de haber hecho a Dios una corta pero ardiente plegaria, salia del salon tratando de calmar la desesperacion de los niños, fué detenido por su criado. Este parecia que dudaba para hablar i concluyó por anunciarle que un moribundo reclamaba sus auxilios en Savaniers.

—A Savaniers! repuso Mr. Voizal con agitacion; pero es imposible, se engañan, yo no administro en esa parroquia.

—Es verdad, señor cura, repuso un jóven que se encontraba a su espalda en la actitud de una profunda tristeza; pero nuestro rector está ausente i mi padre, a quien el doctor solo le dá algunas horas de vida, lo espera a Vd. para morir en paz.

—Vd. no nos dejará en estos momentos, tio mio! exclamó Enriqueta oprimiendo el brazo de Mr. Voizal.

—Es imposible, continuó Federico, i a mi madre, quién la cuidará?... si se muere durante vuestra ausencia! oh tio, tio, por piedad quédese aquí!

—Mi deber es ir donde me llaman, dijo el cura, que sentia que sus fuerzas le abandonaban. Ni aun la escitacion me es permitida, pues el sacerdote se debe ante todo al moribundo que le necesita... Antes de dos horas estaré con vuestro padre, amigo mio. Juan, tan pronto como ensilles mi caballo me lo traes. Lleva a este jóven contigo i él te ayudará.

El acento entrecortado con que el cura pronunció estas diferentes frases, demostraron mui claro cuánto le costaban. Una vez solo con los niños, juntó las manos, se recojió durante unos instantes i dirijiéndoles una mirada llena de resignacion:

—Dios quiere que ésto suceda así, les dijo, que se cumpla su Santa Voluntad; pero vosotros, a quienes ha elegido en esta hora para confiaros lo mas querido que hai en este mundo para los tres, prometedme mostraros dignos de este depósito. No es el dolor el que debe hablar en este momento, sino solo vuestro valor. No os olvidéis, que en la crisis que se prepara para nuestra querida enferma, la menor imprudencia seria funesta i talvez mortal. Quisiera arrancar de vuestros corazones el recuerdo del pasado, i sin embargo, hijos míos, espero en este solo recuerdo, pues quién, si no él os pondrá a cubierto de vosotros mismos?

—Vd. tiene razon para evocar esos recuerdos, querido tío, dijo Federico con súbita enerjía, esa será la salvaguardia de ámbos. La hora que se prepara será para nosotros la de la espiacion, la acepto porque la he merecido... Partid, partid sin temor, pero ántes de dejarnos que vuestra voz atraiga sobre nosotros la proteccion i el poder de Dios.

Tomó a su prima de la mano i ámbos se arrodillaron ante el sacerdote, que estendió su mano en señal de benedicion sobre sus frentes inclinadas.

Antes de partir, Mr. Voizal subió a la pieza de su hermana, a la que dijo algunas palabras que ésta pareció comprender apénas. Hizo muchos encargos a Margarita i sobre todo a los niños, trató de consolarlos nuevamente, recordándoles que nada definitivo pasaria en su ausencia, pues la crisis que debia decidir duraria toda la noche. Por fin las pisadas de un caballo se dejaron sentir delante de la casa i el cura se dirigió a la puerta de la pieza.

Antes de salir abarcó con una mirada esa habitacion que iba a dejar, cruzó las manos sobre el pecho, pareció que hacia un supremo llamado al cielo de donde emana toda la fuerza i bajó rápidamente la escalera como temiendo que su valor le abandonase.

Absortos en sus propios sufrimientos i sus jóvenes además para comprender en to la su plenitud esos dole

res que se aceptan sin quejarse, los niños no pudieron comprender cuan destrozado llevaba su corazón el cura al alejarse. Es que, en efecto, solo los que no han sentido en su alma la poderosa lucha del deber i de las afecciones i en los que el deber ha triunfado, solo pueden comprender lo que tal sacrificio tiene de sublime; solo ellos se inclinarán ante el sacerdote, viéndole ejercer su sagrado ministerio hácia un hermano desconocido i teniendo el presentimiento que ese mismo ministro será talvez útil horas mas tarde, al ser que mas se ama en el mundo!

Aproximábase la noche cuando Mr. Voizal dejó la casa de su hermana.

Los niños escucharon durante un rato los pasos del caballo alejándose, luego el ruido se estinguió insensiblemente i nada se sintió en el silencio de la noche, sino la opresiva respiracion de la enferma.

Enriqueta ayndó a Margarita a preparar todo lo que podian necesitar durante la noche, a fin de no molestar a su tía con ningun ruido. Rogó despues a la buena muchacha, que desde hacia dos dias no tenia ni un instante de reposo, se recostara en un canapé, prometiéndole recordarla en caso que se ofreciera: colocó la lámpara en el rincón mas apartado de la pieza, puso un libro delante para amortiguar aun mas la luz i vino a reunirse con su primo que durante estos arreglos no se habia separado de la cabecera de su madre.

A veces arrodillado delante del lecho, i otras veces de pié, con el cuerpo inclinado sobre su madre para seguir mejor sus movimientos, espiaba cada queja, ahogando en su pecho los sollozos próximos a escapársele. Enriqueta i Federico pasaron la noche en inesplicable ansiedad.

El delirio de Mme. Gamond, que principiaba cuando partió su hermano, iba en aumento. Algunas frases incoherentes pero tranquilas, probaban la turbacion de su cerebro.

Poco a poco la exaltacion se apoderó de ella. Llamaba a su hijo, estendia los brazos como para buscarlo, i

cuando éste tomaba sus manos i trataba de sobreponerse para contestarle: «aquí me tienes, madre mia», parecía no comprenderle i principiaba a llamarle nuevamente.

La fiebre daba a su mirada un resplandor desconocido, que investigaba todos los rincones del aposento i de tiempo en tiempo el nombre de su hermano salia de su boca como un llamado.

La oscuridad de la pieza aumentaba aun en lo posible, la turbacion i agonía de los pobres niños. La fisonomía de la enferma no estaba iluminada mas que por los vacilantes reflejos de la lámpara, que, dando de lleno en el cielo de la pieza, proyectaban sobre ella i aumentaba su palidez.

Vencida Margarita por el desfallecimiento, se habia dormido sobre el canapé, i en los instantes que la enferma guardaba silencio, no se oia mas que el chisporroteo de la lámpara o el grito agudo de algun ave nocturna posada en la solera.

Cuántas veces, en esta terrible noche, los corazones de los niños se elevaron a Dios para rogarle que les conservase esa preciosa existencia i tomara la suya en cambio! Cuántas veces, aún, le rogaron de hacer volver pronto a su tío, comprendiendo que solo él podia darles valor! Qué de miradas dirijieron hácia el péndulo para ver si al fin marcaba la hora de regreso i cuánto sufrían al verle marchar tan lentamente!

Después de haber pasado Mme. Gamond de un objeto a otro en su delirio, pareció que solo un objeto la preocupaba. El nombre de su hijo venia constantemente a sus labios. Al principio fueron frases cortadas pero en las que se distinguia el nombre de Federico; luego, a medida que la exaltacion crecia, las frases fueron mas ligadas entre sí i los niños pudieron comprender que la pobre madre conocia el peligro que la amenazaba.

—Dios mio! esclamaba juntando las manos con ardiente fervor, dejar a este niño tan jóven! dejarle, cuando todos mis esfuerzos no han podido nada contra sus

defectos!... dejarlo espuesto a su lijereza!...i quién, mi Dios, sabrá defenderlo en la vida, cuando él, aun, no ha aprendido defenderse a sí mismo?... I esta hija adoptiva, que su moribunda madre me ha confiado, a quién se la recomendaré, teniendo que dejarla? quién sabrá ponerla en guardia contra sus defectos?...quién podrá prepararla todo el bien que yo soñaba para ella?...

En vano trataban de calmarla los desgraciados niños, sus entrecortadas palabras herian sus oídos i la hacian estremecerse, sin llegar a su espíritu. Los miraba con esa mirada fija que no se da cuenta de nada i les gritaba:

—Id a traer a mis hijos!... Dónde están?... Quiero verlos?

I de repente, como si el delirio le hubiese dado fuerzas, se sentó en su lecho, se puso de rodillas i exclamó con voz conmovida:

—Os he ofendido, señor, cuando cada dia derramaba lágrimas en vuestro seno por antiguos dolores... cuando osaba deciros que me habiais hecho amarga la vida!... Ahora, oh Dios mio, imponedme todos los sufrimientos que querais en esta vida, pero conservádmela en tanto que sea necesaria a estos pobres niños... Conserválmela hasta que sean fuertes para resistir al mal... Ten piedad de ellos, Dios mio...ten compasion de la debilidad de sus corazones i no los hagais doblemente huérfanos.

Este esfuerzo acabó de debilitarla i cayó medio desvanecida sobre su lecho. Federico, loco de dolor a la vista de ese delirio que le recordaba tan enérgicamente sus defectos corregidos siempre en vano, no pudo contener mas tiempo su desesperacion i se arrojó sobre el cuerpo casi inanimado de su madre, exclamando.

—Madre mia, oh madre mia, escuchaime... No temas por vuestro hijo...está arrepentido...arrepentilo desde el fondo de su corazon... Ahora comprendo mi deber...i lo cumpliré... Dios mio, déjala vivir para que goce de mi arrepentimiento, ya que tanto ha sufrido con

mis defectos... Me oyes, madre mia? es vuestro hijo que os habla, vuestro hijo que por única gracia pide a Dios poder espiar su pasado, que no puede vivir sino cerca de vos.

A medida que la voz del niño, vibrante de dolor, dejaba escapar estas frases, la enferma parecia reanimarse, estendia las manos, se oprimia la frente, como para ayudarse a comprenderlas, miraba ya a Enriqueta, ya a Federico como queriendo interrogarlos, los tocaba, los aproximaba a ella, luego los retiraba a fin de verlos mejor. Por fin, la espresion dolorosa de su fisonomía cedió a una especie de ternura, algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos secos hasta entónces, i exclamó:

—Es Federico el que está aquí?...es su voz que habla de arrepentimiento? Oh! cuánto bien me haces, niño! Habla, habla aun.

I levantando la cabeza de Enriqueta que permanecia arrodillada a su lado:

—Tambien te reconozco a tí, le dijo, eres mi hija!...

La pobre arrepentida contestó en medio de sollozos:

—Oh! sí...su hija que no desea mas que hacerla feliz!

—No lloreis, hijos míos, les dijo, Dios es bueno i tendrá piedad de nosotros.

—Mi tia!...mi madre!...esclamaron a la vez los dos niños, decid aún que nos reconocéis, que creis nuestras palabras!... Estamos iluminados para siempre,... Dios nos sostendrá en nuestras resoluciones... El tendrá piedad de nosotros. Hemos sufrido tanto!

Mme. Gamond se habia vuelto hácia los niños i su mirada se iluminaba de alegría a medida que ellos hablaban.

Ambos comprendieron los peligros que podia acarrear a la enferma semejante emocion i supieron sobreponerse a su arrepentimiento.

—Silencio! madre mia, dijo Federico, viendo entreabrirse nuevamente los labios de su madre; es preciso que estés tranquila...estamos aquí para cuidar de vuestro reposo; se lo hemos prometido a mi tio.

Mme. Gamond hizo algunas preguntas sobre su hermano, luego, cediendo a las súplicas de su hijo, se calló despues de haber atraído a sí a los niños i rodeádoles con sus brazos.

Una súbita reaccion parecia haberse operado en ella, su mirada se habia enternecido, su respiracion era mas libre, la tos mas a lo léjos i ménos aguda. Su exaltacion se calmó poco a poco. Sus pesados párpados se levantaban con mas dificultad hácia Federico i Enriqueta i ellos que no osaban desprenderse de sus brazos por temor de molestarla, creyeron distinguir por su respiracion que se habia dormido.

Cuando Mr. Voizal entró en la pieza, los dos niños estaban aun en la misma actitud i casi adormecidos. La fisonomía de su hermana, resplandecia en medio del sueño con una dulce serenidad i un sudor benéfico inundaba todo su cuerpo.

A la vista de tan felices síntomas, elevó a Dios una ardiente accion de gracias, luego desprendió snavemente a los niños de los brazos de la enferma, abrigándola cuidadosamente bajo las coberturas.

Hizo un ligero movimiento, pero no despertó i el resto de la noche pasó para ella en una calma inesperada.

A la mañana siguiente todo habia cambiado en casa de Mme. Gamond. El anciano doctor habia vuelto a sus inocentes bromas. Los dos niños no podian dejar de contemplar a su querida enferma tan diferente en la víspera i de rato en rato iban a depositar silenciosamente un beso en sus manos. Esta, que se sentia feliz de revivir, daba gracias con su mirada a todos los que la rodeaban.

La noble figura del sacerdote, que aun demostraba los surcos i estragos de la víspera, respiraba una dulce satisfaccion i cuando fué a la iglesia a fin de celebrar el sacrificio acostumbrado, no lo hizo como los dias anteriores para implorar la piedad de Dios, sino para darle gracias por haber escuchado sus oraciones.

---

...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...

...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...

...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...

...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...

...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...

...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...  
...de la noche pasó para él en una calma insólita...

## Capítulo décimo sexto.

---

El restablecimiento de Mme. Gamond marchó con mucha mas rapidez de la que tenían derecho a esperar de una organizacion tan delicada como la suya. Confiando en las promesas que habia recibido de su sobrina i de su hijo en la hora suprema del peligro, parecia revivir por el goce i la esperanza.

Los prolijos cuidados de que fué rodeada durante su convalecencia, le probaron que sus promesas no eran el fruto de una emocion pasajera, sino de una verdadera resolucion operada en sus tiernos corazones.

Federico tenia esa gravedad apacible de los seres que se sobreponen a ellos mismos, esa resistencia a sus propios deseos, esa amabilidad encantadora para con los demas que su madre le habia deseado tantas veces.

Enriqueta parecia haber comprendido su rol de dueño de casa en toda su plenitud. El olvido de sí misma i el amor de los demas decidian al presente todos sus actos. La casa estaba vijilada en sus menores detalles, cada uno era feliz i atendido por ella; los pobres de Mme. Gamond eran visitados i socorridos; i cuando la señorita habia cumplido graciosamente sus tareas, venia a sentarse a los piés de su tia i le daba los agradecimientos con mil tiernas palabras por haberla iniciado en los goces tan puros del desprendimiento.

Al cabo de algunas semanas, pudo aprovechar Mme. Gamond de uno de los últimos dias de Octubre para bajar al jardin. Apoyada en el brazo de su hijo, que se eentia feliz i orgulloso con tal peso, rodeada de Enriqueta i del cura, que seguian cada uno de sus movimientos como si quisieran ayudarla con sus miradas, dió la vuelta a la terraza, respirando el perfume de sus flores favo-

ritas, a las que el Otoño imprimía sus matices cálidos i variados. Despnes de haber contemplado todo con amorosas miradas vino a sentarse en un sillón que Enriqueta habia colocado bajo el granado medio desnudo de sus hojas.

—Cómo ha cambiado todo en tan poco tiempo! dijo la convaleciente mirando la tierra cubierta de hojas muertas; cuán ligero marcha todo hácia la destruccion!... ¡ sin embargo, qué dulzura se experimenta al volver a ver las obras de Dios, aún medias destruidas, cuando se ha estado tan próximo a abandonarlas! Qué gozo, cuando la vida se retira de todas las cosas, no participar de la suerte comun i sentir reanimarse en sí misma una segunda existencia!

—Pero toda esa felicidad de hoi, repuso Federico con una gravedad dulce i triste a la vez, con cuántos sufrimientos no la hemos pagado todos! Cuántos reproches interiores no he tenido que sufrir, oh! madre mia, a la vista de vuestro peligroso estado!

—Sí, repuso Enriqueta, Dios solo sabe la amargura de semejantes reproches.

—No nos quejemos, hijos míos, repuso Mme. Gamond, de una desgracia que a todos nos ha iluminado. Si vuestras resoluciones son tan bien cumplidas en adelante como hasta ahora, habré ganado mucho con esta enfermedad.

—Tengo una fé ciega en el porvenir, repuso el cura, pues los dolores profundos hacen desaparecer los malos hábitos i mostrándonos la verdad desnuda, nos dan grandes lecciones. Los sufrimientos que acabamos de experimentar, han sido para Enriqueta i Federico una iniciacion en la vida humana. Garantidos aquí de toda dura realidad, nada les habia hecho comprender que la vida es una lucha i a semejanza de los soldados de Aníbal que en las delicias de Capua, olvidaron el uso de las armas, se habian dormido en la vida feliz, ignorando hasta si Dios les habia dado fuerzas para el día del combate. Acaban de dar una prueba de sus fuerzas i sabrán

en adelante, no lo dudo, emplearlas contra ellos mismos.

—Yo tambien lo espero así, tío mio, añadió Federico, i si alguna vez siento desfallecer mi valor en la lucha que tengo que sostener contra mis defectos, puedo oponer a mi debilidad un recuerdo que triunfará mui pronto. No será en vano, c'éame, que Dios me haya dado la ruda leccion del sufrimiento.

Durante estas últimas palabras, Margarita habia pasado a Mr. Voizal una carta i éste rompió el sobre con una estremada impaciencia; la leyó rápidamente i pasándosela a su hermana:

—Aquí tienes, Maria, le dijo, buscaba un medio de festejar tu convalecencia, ved como la casualidad viene en mi aynda.

Mme. Gamond pasó la vista por la carta que le presentó su hermano; era la admision de su hijo en la Escuela de Marina.

Federico no debia irse a Brest sino a fines de Noviembre, i habiendo obtenido Enriqueta permiso de su padre para prolongar su estadía en Bonchemaine, tanto como fuese necesario para el restablecimiento de Mme. Gamond, este tiempo fué activamente empleado por los dos niños en adquirir hábitos que solo podian afirmar sus buenas resoluciones. Por primera vez en su vida miraron de frente i con sinceridad la vida real, aprovechando todas las lecciones convenientes a sus tiernas inteligencias.

Sacaban partido de tolo, examinando cosa por cosa, escuchando cada palabra, no como la mariposa que por un instante se goza en una flor, respira su perfume i pasa a otra; sino como la laboriosa abeja que no deja el caliz embalsamado donde ha pinchado, sino despnes de haber sustraído toda la miel. Así engrosaban su botín cada dia i cuando llegó el momento de partir, comprendieron que, en fin, en estos dos meses últimos habian adquirido la verdadera ciencia, la que consiste en mirar para reflexionar i sobre todo, la verdadera regla moral que se apoya en el sacrificio de sí mismos.

La víspera del día en que Mr. Voizal debía partir acompañado de Enriqueta a quien llevaba a casa de su padre, i de Federico al que conducía al buque escuela, toda la familia estaba reunida delante de la gran chimenea del salón. Un fuego de cepas, activado por ramas secas de sarmiento que Federico echaba de tiempo en tiempo, iluminaba la pieza con los destellos de la hermosa llama i hacía casi inútil la luz de la lámpara.

La víspera de la partida, como para disipar la tristeza que causa siempre una próxima separación, se entretenían conversando en los atractivos del regreso i en lo que harían en las vacaciones; luego se avanzaron sobre los círculos del porvenir, soñando despiertos sobre el futuro destino de los dos niños; en la carrera que se abría ante Federico, en la posición de Enriqueta, cuando una vez terminado sus estudios, volviera al lado de su padre a tomar la dirección de su casa, i escuchando los sabios i tiernos consejos del cura i de Mme. Gamond, se habló naturalmente sobre el pasado.

—Las máximas que deben servirnos más tarde de regla de conducta, dijo Federico, están unidas a los hechos más importantes de nuestra vida para que podamos olvidarlas.

—I si nuestra memoria fuese infiel, añadió Enriqueta, llevamos con nosotros nuestro «Memorial» que será en adelante el fiel compañero de nuestra vida, i cada día que estemos lejos de nuestros queridos guías, a él le pediremos consejos.

Mr. Voizal aprovechó la insinuación de Enriqueta para pedirles el «Memorial». Los dos niños subieron a sus piezas i trajeron su precioso manuscrito. Los menores acontecimientos, las menores faltas, estaban minuciosamente apuntadas.

Se conocía que el trabajo era hecho lealmente i con pleno conocimiento de los frutos que podían sacar. No fué perdido el consejo del cura, cuando les dijo:

—Un diario tiene por objeto, hacer nuestros apuntes para reflexionar sobre ellos. Son los archivos de la con-

ciencia donde consignamos cada día los hechos de que debemos abstenernos en lo sucesivo i absolvernlos o condenarnos en nuestro propio tribunal.

En una de las últimas pájinas se reasumian las lecciones de esos tres meses en las máximas siguientes:

«Se puede suponer todo el bien, pero respecto al mal es preciso esperar que se pruebe.

«Si tienes mala voluntad a alguno de tus semejantes, piensa que talvez sufre sin que tú sepas i no tendrás valor para aborrecerlo.

«Hagamos siempre el bien i dejemos a Dios el cuidado de la recompensa.

«Sepamos someternos con paciencia a las pruebas de la vida i léjos de compararnos con los demas, pensemos que Dios ha dispuesto todo del mejor modo posible en este mundo.»

—Añadid a esas sábias máximas, continuó el cura, despues de haber leído la relacion de la enfermedad de Mme. Gamond i del arrepentimiento que habian experimentado, que: Dios nos manda el dolor para reconocernos mejor nosotros mismos.





## EPÍLOGO.

---

Doce años después de estos acontecimientos, Mme. Gamond i Mr. Voizal estaban sentados cerca de esa misma chimenea delante de la cual se habia leído el «Memorial». Los dos habian envejecido: la cabellera completamente encanecida del cura, formaba en su cabeza un manto plateado que asemejaba a una diadema en la cabeza del anciano.

Mme. Gamond habia perdido parte de su actividad física i aceptaba con reconocimiento los cuidados de que le rodeaban pensando que la edad se los hacia necesarios; pero el tiempo que habia devastado el cuerpo habia respetado el corazón, i la expresión de esas dos nobles fisonomías, atestiguaba que se encontraba en ellos una hoguera de indestructible juventud.

Ambos seguían con mirada tierna i cariñosa a una niña que colocada entre ellos se ensayaba en dar sus primeros pasos. Protejida por sus manos estendidas, la niña se balanceaba yendo de un lado a otro i volvía riéndose a ocultar su carita de rosa en el traje de Mme. Gamond o en las sotanas del sacerdote.

—Loquita, así vas a fatigar a tu buena mamá, dijo al entrar una joven vestida con sencillez, de voz para i acariciadora; la acompañaba un joven como de veintiocho años que llevaba ya los galones de capitán de corbeta.

—Déjala andar, Henriqueta, repuso Mme. Gamond, sus locuras me rejuvenecen diez años.

—Temo que no nos rejuvenezca demasiado, continuó Mr. Voizal con indulgente sonrisa; esta chiquitina me hará jugar con ella a las muñecas, i qué dirán de mí los feligreses?

—Lo que todos dicen desde hace mas de veinte i cinco años, querido tío, repuso el oficial de marina, que Vd. es bueno por excelencia, bueno para con todos i que os aplican las palabras de Cristo cuando decia: «Dejad venir a mí a los niños.» Además, no es Ud. el segundo padre de Luisa? i cuando no está cerca de nosotros, no es entre mi madre i Vd. donde debe encontrarse?

—Sí, repuso la jóven, espero que nuestra hija sabrá un dia lo que sus padres deben a Vds. i que ella os bendecirá por el porvenir tan feliz que les habeis preparado. Espero, sobre todo, que sabrá encontrar en Vds. las tiernas i sábias lecciones que han prodigado a nuestra juventud.

—Mil gracias, en verdad, continuó el cura con la gracia encantadora de otros tiempos; es decir, que seré un maestro de escuela perpétuo i que me preparais esta nueva jeneracion en reserva?

—Nada mejor podríamos hacer, mi buen tío, añadió Federico. No fué Vd. i mi madre, los que tomando de la mano a Enriqueta i a mí, que éramos pobres ovejas extraviadas, nos habeis puesto en el verdadero camino? No es Vd. el que hace doce años, cuando mi madre fué casi víctima de mi imprudente egoísmo, me hizo comprender que el dolor con que Dios me heria, era un nuevo bantismo para mí, i que mi deber era mirar la vida, nó como una fiesta, sino como una lucha? Cuando me separé de Vds. para tomar esta carrera que mi padre habia recorrido tan gloriosamente, el alejamiento parecia hacerme vuestra proteccion mas activa. Sus cartas me seguian a todas partes, eran la luz que iluminaba mi camino; luego, cuando llegó el dia de elejirme una compañera, no fué Vd., aún, el que me ayudó en mi eleccion? no fué su prudente afecto el que me hizo descubrir los tesoros de ese corazon oculto, formado por los cuidados de mi madre i los suyos?

—Fué necesario para esto, en efecto, que mi tío te pusiera en el camino de los descubrimientos, repuso Enriqueta con suav sonrisa, pues es muy probable que tú

no habrias pensado jamas por tí mismo en buscar tu soñada, sencilla i buena mujer en la egoista colejiala con que habias pasado tus últimas vacaciones.

Luego, poniendo su cabeza con acariciadora gracia, sobre las rodillas de Mme. Gamond a cuyos piés se habia sentado:

—Es que Vd. tiene el don de los milagros, querida mamá, dijo ella, i ha sido necesario que fuese así, para que los dos años que mi padre me ha permitido pasar con Vd. las vacaciones, haya podido aprovechar tan bien mi tiempo... Oh! si no es verdad que Vd. me ayudará a educar a mi Luchita?

I tomando en sus brazos a la niña que jugaba a sus piés, presentó su fresca carita a los besos de su abuelita.

—Queridos hijos, repuso Mme. Gamond, envolviendo en una misma mirada a su nieta, a Enriqueta i Federico que habia ido a sentarse a su lado, sel beaditos, pues si he sido cruelmente probada durante largo tiempo, gracias a vosotros, no dejaré este mundo sin que mi corazón haya experimentado indecibles placeres i deberé, en fin, a vuestro amor una vejez dichosa.

**FIN.**

SECC. CHILENA